This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

HN 2JTJ N

Digitized by Google

KPD 5907

Harvard College Library

FROM

Mrs. George E. Richards

Nov. 1, 1917

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Span 5813.3.43

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

¡MISERICORDIA!

NOVELA ESPAÑOLA

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
CARRERA DE SAN JERÓNIMO, 2.

Digitized by Google

Digitized by Google

¡MISERICORDIA!

Digitized by Google

Obras de Martínez Barrionuevo

EL DECÁLOGO

AMAR Á DIOS (2.ª edición).	1'50	pesetas.
NO JURAR.	1'50	»
SANTIFICAR LAS FIESTAS..	1'50	»
HONRAR PADRE Y MADRE.	1'50	»
NO MATAR..	1'50	»
NO FORNICAR (3.ª edición).	1'50	»
NO HURTAR.	1'50	»
EL FALSO TESTIMONIO..	1'50	»
LA MUJER AJENA..	1'50	»
LOS BIENES AJENOS..	1'50	»

LA CONDESITA.	2	»
EL SEPULTURERO DE ALDOBA..	3	»
LA GENERALA (2.ª edición).	3	»
LA QUINTAÑONES.	4	»
SEÑORES DE SALDIVAR. 2 tomos.	6	»
EL PADRE ETERNO (2.ª edición).	4	»
LOS GRANDES CRIMINALES. Cuaderno. . . .	0'50	»
ANDALUCÍA, edición monumental. Cuaderno. . .	1	»
JUANELA.	3	»
UN LIBRO FUNESTO (12 edición)	1	»
DE PURA SANGRE.	3'50	»
¡MISERICORDIA!		»

Digitized by Google

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

¡MISERICORDIA!

NOVELA ESPAÑOLA

1891

LIBRERÍA DE LÓPEZ, EDITOR

20 — RAMBLA DEL CENTRO — 20

BARCELONA.

Digitized by Google

Span 513.3.43.

HARVARD COLLEGE LIBRARY
THE GIFT OF
MRS. GEORGE E. RICHARDS
NOV. 1, 1918.

KPD 5907

Es propiedad

Barcelona: Imp. de Luis Tasso, Arco del Teatro, 24 y 28.

Digitized by Google

AL

Sr. D. Francisco Seco de Lucena

Cuando escribo tu nombre ó lo pronuncio parece que mi alma se inunda de una oleada de átomos impalpables, imperceptibles, pero que me alientan y me fortifican. Es que á tu nombre va unido, no solamente el recuerdo de nuestra amistad sino el de aquellas plácidas tardes de nuestras excursiones á pie y á caballo, caminito de Dilar ó por las hermosas llanuras de la Vega, tú, con tu cerebro chispeante, reventando de savia, yo, con mi admiración silenciosa por tí.

Digitized by Google

De mis misantropías, de mis nostalgias, salió este libro. De la vieja casa de Carlota en el Salón; de la portería, en la otra casa de Alfonso, en la Carrera del Darro; de los conciertos de aquella época en la Alhambra; del chalet *de la marquesa de Aroles en Valparaíso, nadie, de seguro, tendrá noticias más que yo. ¡Son privilegios que se nos conceden! Pero, ¿qué importa si, como lo demás que hay en el libro, podría ser verdad?*

Aquí, bajo el sudario blanco de la niebla del Norte, cierro los ojos y me parece ver las estrellas del cielo de Granada, melancólicas y puras, como los ojos de aquella pobre Virgen de las Nieves; aquí, á través de la bruma, paréceme ver también los personajes de MISERICORDIA. *¡Ojalá su protagonista sea el tipo que yo soñé! ¡Carlota es de allí, de aquel cielo, de aquella luz! Carlota, en otro sitio, no podría ser. Necesita á Granada, como ciertas flores necesitan su urna de cristales.*

Digitized by Google

Si tengo la desgracia de no saber interpretar ante mis lectores ese personaje, ámalo y respétalo tú, en pago de la admiración y el cariño que te profeso.

El autor.

Digitized by Google

Digitized by Google

¡MISERICORDIA!

I

¡Sola!

La Granada de hace veintitrés años, es la misma de hoy; me refiero á la Granada típica, la hermosa, la monumental, por la obra de Dios y de los hombres; la de la Alhambra y el Albaicín; la de la capilla de los Reyes Católicos y el Generalife; la de la vega esplendente y suave como alfombra de esmeraldas y flores; la de la Sierra, cuyos picos se coronan de nieves eternales, como el misterio Santo de los espíritus. De esa Granada sólo hablo, que la

Digitized by Google

otra, la industrial y fabril, gime y muere en una agonía lenta, como la agonía de los colosos.

¡Junio ha nacido! Junio ha nacido, sonriente, con sus guirnaldas de rosas y con su alegre risa de amor. Invisibles hadas y genios puros, hijos de Mayo, parecen girar en los aires fantásticamente, celebrando en honor de la Primavera una gloriosa saturnal de flores.

Llegó y pasó el Corpus con sus grandes aprestos de colgaduras, de atavíos deslumbrantes, de ricas joyas, de religiosos aparatos, de gigantones, de rezos y de animación febril. Bóvedas de luces, como un ardiente cielo de oro, surgen de entre los árboles para cobijar á las hijas de aquel país, hermosas como la misma luz y buenas como la Virgen.

Las emociones de teatros, de paseos, de rifas, de toros, animan los semblantes. La luna extiende tranquila su beso de paz, sobre las altas copas de la arboleda, sobre los poéticos cármenes, gala y admiración de los verjeles andaluces; presenta á través de la tupida fronda delicados encajes que parecen tejer con oro las

Digitized by Google

ilusiones, y alumbra en fin con blando y puro regocijo las achatadas torres morunas, que fingen erguirse en la oscuridad como extraños fantasmas revestidos de yedra.

Dirigíase á la Alhambra la multitud, á pie ó en carruaje. En el palacio de Carlos V había música; los conciertos son hoy frecuentes allí, en la época del calor; los aficionados á la música, parece que oyéndola en aquel sitio la hallan más honda y les llega al corazón. En el tiempo á que yo aludo, la orquesta en el palacio de Carlos V, constituía una novedad. Era un recreo para los ojos y para el espíritu, ver cómo resbalan los carruajes entre las indecisas penumbras de aquellos bosques, dirigiéndose todos á un mismo punto: las luces de los faroles parecían á lo lejos, en la oscuridad, erráticas y misteriosas estrellas, deslizándose en el vacío. Entrábase de pronto en el gran patio del célebre alcázar. ¡Qué hermoso oasis de flores, de esplendor, de luminarias, de joyas, de mujeres hermosísimas! En aquel perímetro, que parecía arreglado como para el esplendor de las antiguas fiestas romanas, había un silencio de

Digitized by Google

muerte; cerrando los ojos para no ver aquella inmensa multitud, creyérase que no había allí nadie; las respiraciones estaban contenidas, los ojos fijos, ni un rumor de sedas, ni un roce de abanico al abrir ó cerrar; nada, silencio, quietud de muerte: esa quietud del espíritu suspenso, que figura abandonar la materia por un instante; y allá, en lo hondo, surgiendo lentas, tranquilas, suaves como una mirada de Dios, las notas de la música de Mozart.

Hay algo de sutil y de grande, que se nos coge al corazón, oyendo en aquel sitio la música de los afamados maestros; figúrasenos como que toda la vida de nuestro sér se reconcentra y vibra en aquellas notas graves, de melancolías y lágrimas; otras veces, aliéntase el corazón y palpita como á los rumores lejanos de batallas y torneos; ora surge la idea, vibra también, salta hacia otros mundos infinitamente superiores, para derrumbarse desde allí en loco torbellino, con otras que la siguen, por no sé qué cielos maravillosos que cantaron en sus leyendas los ardientes y fanáticos hijos del Korán.

Digitized by Google

Gnomos y genios de aquellos bosques encantados y aquellas fábricas moras idealizadas por los poetas de Oriente, parecen llegar hasta nosotros con estas armonías, para murmurar en nuestros oídos trágicas historias y salmos de amores de vírgenes esclavas. Las olas de armonía llenan lentamente el espacio, después que la imaginación ha creído verlas acariciar con sus invisibles alas todo cuanto tocan; llenando el corazón, besando las esculturales cabezas de las mujeres, hiriendo las brillantes luces, entrando por las crujías y deslizándose, en fin, invisibles siempre y hondas cual el misterio, por entre aquellas columnas, techumbres y muros de granito, como al soberbio rumor con que se despeñaría sobre fina placa de cristal un arroyo de diamantes, centelleando en sus millones de facetas.

Allí, medio ocultándose á los ojos de los demás, tras una columna, había una mujer: estaba sentada y sola, volvía la vista de vez en cuando para mirar á la puerta; hubiérase dicho que esperaba á alguien; á su lado veíase un asiento vacío, y la inquietud del rostro de la se-

Digitized by Google

ñora al mirar hacia la puerta parecía comprobar lo que antes dije.

Se oyó de repente una gran salva de aplausos, luego otra, la orquesta repitió el *motivo*, y la dama—que lo parecía, y de mucho rango por su lujoso vestir—sin cuidarse ya de la música, miraba hacia la puerta más á menudo que antes.

Era lo último que habían de tocar, y algunas personas disponíanse á salir; cogió la señora su chaquetilla de fino paño y su abanico, que estaban en el asiento vacío, y se puso de pie. Al separarse de la columna, dió en su rostro, así, como una oleada de luz, inundándoselo por completo. Los que estaban más cerca, miraron á la dama con interés; algunos, la saludaron profundamente y quedaban mirándola sin disimulo, por el gran atractivo que aquella mujer tenía. Era el atractivo de lo bello y de lo grande. Todo hombre, contemplándola por primera vez, tenía este mismo pensamiento:—Debe ser más buena que hermosa.—

Y su hermosura, sin embargo, era infinita, sobrenatural; tenía algo de celeste.

Digitized by Google

Viéndose observada así, se tiñeron de rubor las mejillas de la señora, pálidas antes como la rosa que adornaba su pecho, destacándose vigorosamente en el brillante raso negro que ceñía el busto.

Pero adquirió de pronto su semblante tranquilidad perfecta y el color pálido normal; pareció que su sereno continente volvía, de súbito, á esta idea que se le ocurrió:

—¡Me turbo de que me vean sola, y parece que espero á quien no debo esperar, según la vergüenza se me sube al rostro!

Miró ya tranquilamente á uno y otro lado; la luz traidora, no obstante, seguía inundándola y hubo un punto en que pareció que se envolvía su silueta, majestuosa y altiva, en un áureo círculo misterioso.

—Mírala, mírala, decían las señoras inmediatas, cuchicheando entre sí.

—¿A quién?

—A Carlota.

—¿A Carlota Miranda?

—Sí, ¡qué mujer, Dios mío!

Y los hombres, entre tanto, cuchicheaban del

Digitized by Google

mismo modo, y seguían contemplándola con admiración.

Ya sabéis el nombre de la dama; ¿tendríais deseos de conocer asimismo, qué clase de hermosura era aquélla, que tan poderosamente llamaba la atención de los circunstantes?

Representaba veintitrés años á lo sumo, pero sabíase con certeza, porque ella misma lo dijo cuando se ofreció, que tenía veintisiete: el rostro era oval, muy blanco y de cutis finísimo; castaño el cabello, fino como el cutis y espeso hasta causar asombro. Echábaselo hacia atrás, dejando ver una frente de maravillas, despejada, convexa, con blancura de armiño y una diafanidad que imponía respeto, como lo impone la inocencia y como lo impone Dios; más que una frente, parecía aquéllo la página de un libro donde María escribió el poema de su virginidad; las cejas, espesas también, negrísimas, muy arqueadas; los ojos grandes, de mirar profundo, infinito, dulce; ¡había siempre perdones y amor en aquellos ojos! Sí, eran los ojos que debían estar bajo aquella frente; la nariz, algo incorrecta, y digo incorrecta, porque

Digitized by Google

no se parecía, ni con mucho, al tipo griego ó romano que nos da la Estatuaria; no por esto aparecía su dibujo inarmónico á los ojos; tal vez lo hermosease la frente; tal vez lo hermosease aquel mirar dulce y puro, que subyugaba; tal vez lo hermosease su boca, aquella boca perfecta, de labios un poco gruesos, rojos, de bellísima conformación, virginal y grave; tal vez lo hermosease, en fin, el cuello, aquel cuello largo, carnoso, de tersura extraordinaria, como esculpido de nieve por un genio audaz, que quisiera combatir todo el infinito sentimiento de pureza que inspiraban sus otras perfecciones con una nube de oro que hiciese temblar la mirada al estremecimiento súbito de los sentidos. ¡Tranquilizaos! En contraposición del cuello, estaba aquella alma divinal, que salía á sus ojos como por entre un girón negro de nube asoma la luna.

Vestía de negro con maravillosa corrección; con elegancia y sencillez, que cautivaban; era el suyo un cuerpo gallardo, pero con una gallardía de majestades, más hermosas y más puras, porque no se distinguía afectación en su

Digitized by Google

continente, ni mostraba ella por su ademán ni por su gesto el orgulloso alarde de una hermosura superior.

Anduvo la dama en dirección á la puerta, cuando ya el público empezó á levantarse; dirigía á un lado y á otro una sonrisa ó un saludo de más ó menos ceremonia, según las relaciones que tuviese de más ó menos confianza con aquellos de sus conocidos á quienes encontrase al pasar. Llegó al fin á la puerta de salida; un portero se le aproximó inmediatamente con la gorra en la mano.

—¿Quiere V. avisar á Ramón? le preguntó ella sonriéndole, como antes sonrió á sus mejores amigos.

Deshízose el hombre en cortesías, y salió presuroso; Carlota quedó esperando en el umbral.

Volvió á poco el portero con semblante cuitado.

—Señora, dijo, no está ahí el carruaje.

—¿Cómo?—preguntó Carlota muy pálida;—¿pues qué ha sucedido?

—Dicen que se lo llevó el señor cuando salió esta noche, al principio del concierto.

Digitized by Google

—Es verdad,—repuso de pronto Carlota.—¡Y yo que no había caído! ¿No habrá por ahí uno de alquiler?

El portero salió nuevamente muy de prisa, y ella quedó allí, sola, medio arrollada por la multitud, que empezó á desbordarse por la puerta en gran balumba, como la corriente por un dique roto. A Dios gracias, el portero no tardó mucho y volvía ahora más contento.

—Señorita,—dijo,—ahí está ya Ramón.

—Todo sea por Dios,—contestó Carlota con una sonrisa de aquellas que tanto gusta á los pobres ver en los ricos.—Ea, vamos allá.

Y avanzó entre la multitud, detrás del portero. Al llegar al carruaje, sacó un duro de su portamonedas y se lo alargó al buen hombre, disponiéndose á subir.

—¿Cómo, señorita, va V. á pagar por eso?

—Tómelo, que le estoy incomodando siempre.

—Sí, pero V. siempre me regala; no, no lo tomo.

—¿Tiene V. hijos?

—Una niña chiquirritina como una rosa de

Digitized by Google

la Alhambra,—contestó el portero conmoviéndose.

—Vaya, pues tómelo V. por su niña.

Tomó el duro el otro, quitándose la gorra con profunda gratitud; la dama entró en el carruaje, que partió inmediatamente. El hombre quedábase contando el hecho á sus camaradas, y todos movían la cabeza, haciendo este comentario único:

—¡Es más buena que el pan bendito!

Carlota en tanto, al entrar en el carruaje, secó una lágrima que quemaba sus pupilas.

—¡Dios mío!—murmuró á la par,—¡qué sola estoy en el mundo!

Digitized by Google

II

Dos cartas.

Habíase ocultado la luna; la oscuridad era densa; un cuadro originalísimo podían admirar al salir; de trecho en trecho, grandes luces de colores en las rampas larguísimas y llenas de curvas para hacer más suave la pendiente que es preciso atravesar desde el Palacio del Emperador á la Puerta de las Granadas.

Descendían los carruajes con lentitud, y dentro de los carruajes aquellas hermosas mujeres; bajo las luces fantásticas que surgían entre las verdes hojas, tomaban sus encantos una vaguedad infinita, hasta ir desvaneciéndose pau-

Digitized by Google

latinamente en las misteriosas penumbras; quedábase el ánimo absorto á la contemplación de aquellas luces, rojas y verdes, que resplandecían en el bosque. Sobre el fondo negro y por encima y á través de los árboles, brillaban aquellos esplendores que parecían despedir, en tal punto, los dulces espectros de la leyenda de Loreley trasladados desde la orilla del Rhin para fabricar en los bosques de la Alhambra sus alcázares de luz.

Parecía como que Carlota procuraba sustraerse á la curiosidad de los que iban á pie, únicos que podían verla; no le hubiera sido posible del todo, de haberlo intentado. Era en algunas partes el camino muy estrecho; aunque la multitud retirábase todo lo que podía, pasaban las ruedas rozando casi el cuerpo de alguno. Salió el coche de la calle de los Gomeres á la de los Reyes Católicos y arreó entonces el cochero; los caballos lanzáronse al galope; inmediatamente entró el carruaje en el Paseo de la Bomba, y poco después en el del Salón: allí vivía la dama. Bajó ligeramente, dió las buenas noches en dulce tono al lacayo que abrió

Digitized by Google

la portezuela y al portero que se adelantó presuroso y medio dormido; cruzó un patio bellísimo lleno de flores, y empezó á subir las escaleras con menudo pisar, rugidillos de enaguas y esparciendo á su paso un suave perfume.

Era la escalera de mármol blanco; su única meseta adornábase de primorosa estatua; tenía la estatua un gran candelabro sobre la frente, lleno de luces. Aguardaba á Carlota allí, en la meseta, una joven vestida con sencillez y con mucho primor: había bajado al sentir que el coche se detenía delante de la puerta, y miraba á Carlota con respetuosa solicitud.

—¿Ha venido el señor, Carmen?—preguntó la dama, ocultando difícilmente su malestar.

—No, señora, respondió la joven, inclinándose un poco.

Al oír esta contestación, detúvose Carlota súbitamente en medio de la escalera.

La luz del candelabro sostenido por la estatua, iluminó su cuerpo vigorosamente, pero allí resaltó, más que con las otras luces del patio de Carlos V, su majestuosa y delicada silueta negra, sobre aquel pedestal blanquísimo

Digitized by Google

de mármol al que arrancaba la luz extrañas reverberaciones.

Fué un solo segundo, y pesó en el alma de Carlota como una eternidad; creyó por un instante que el aliento le faltaba; pero aquella gran crisis sólo se hubiera podido adivinar por la palidez de su rostro, algo más pronunciada en aquel punto. No parecía un sér animado entonces; fué un instante en que le faltó la vida, semejándose del todo á aquella estatua de la meseta, de ojos fijos y de sonrisa de hielo.

Empezó á subir nuevamente, á la vez que la joven bajaba hasta ella. Cogió á Carlota, solícita, el abanico y los guantes, que se había quitado; y al llegar á la primera habitación, cuya puerta se abría en unos anchos corredores, desató las cintas del abrigo, que le quitó también.

—¿Está cansada la señora?—preguntó amablemente y con dulce sonrisa.

—Un poco.

La joven había colocado todas aquellas prendas sobre un sofá; volvió hacia la señora, preguntando:

Digitized by Google

—¿Quiere V. acostarse?

—Me agradaría... Sí, me acostaré. Díselo al señor cuando venga; que no le esperé por eso; que me dispense.

—Está bien.

Hablando así, entró Carlota en una pequeña habitación, adornada con gusto refinadísimo. El carácter de una mujer lo comprende el curioso, de seguro, con observar despacio el interior de su casa, en lo que incumbe á la mujer, en lo suyo verdaderamente, en lo que la puede revelar; todo lo que en la lujosa habitación distinguíase, de mobiliario, de cortinajes, de adornos, parecía saturado de aquel espíritu profundo y candoroso á la vez que en el continente y en los ojos mismos de Carlota brillaban. En todo distinguíase un tinte vago de seriedad y dulzura, que ejercía en el corazón suaves opresiones, como de algo superior y amadísimo que lo envolviera; como de un yugo que le sujetara, blandamente, invitándole al amor, sí, al amor grande, avasallador, inmenso, pero cuyos suspiros se entremezclasen con aromas de iglesia y con rumores de plegarias.

Digitized by Google

Sentóse Carlota, como si se sintiese con gran fatiga; apoyó un codo sobre el pequeño tablero de una mesita de sándalo, tallada ricamente.

—¿Han traído cartas esta noche? preguntó á Carmen.

—Sí, señora, contestó la doncella; y dirigiéndose á un mueble inmediato cogió una carta de él.

Viendo Carlota alejarse á la joven, sonrió levemente. Le agradaba lo bello, y la figura de su doncella recortábase primorosa y gentil como modelo hermosísimo. Hubiera podido rivalizar poderosamente su elegancia y su esbeltez con las de las hembras más hermosas y de más admirable conformación. Al volver para entregarle la carta, advirtió la joven la sonrisa de su señora; encendiéronsele de rubor las mejillas, adivinando lo que había en su pensamiento.

—Oye, Carmen, exclamó la señora tomando la carta; tengo que darte una noticia.

—La señora dirá, contestó la joven modestamente.

—Desde hoy, vaya yo á donde vaya, de vi-

Digitized by Google

sitas, de tiendas, á paseos ó teatros, habrás de acompañarme siempre.

—Pero si el señor...

—También me acompañarás, aunque venga el señor.

—Está bien, murmuró Carmen, inclinándose profundamente.

—¿Te disgusta eso?

—¡No, señora! Me honra y me agrada mucho.

Carlota abrió la carta, mientras hablaba con su doncella, y sonrió afablemente al ver sin duda quien le escribía. Carmen iba de un lado para otro de la pequeña habitación; cogía las prendas que tomó á la dama al entrar; poníalas en otro sitio, cerraba el balcón, levantaba alguna cortina, daba muestras, en fin, para hablar claro, de tener muchas ganas de que Carlota la hablase de nuevo.

—Te puedes retirar, le dijo la señora, interrumpiendo su lectura.

Carmen aprovechó la ocasión y se detuvo delante de Carlota como si quisiera decir alguna cosa y no se atreviese.

—Decía que puedes retirarte, repitió la dama.

Digitized by Google

—Es, dijo Carmen con mucha confusión, y, así, como ruborizándose de lo que tenía que decir á su señora—es que, en fin, que tenía que dar á V. otra carta.

—¿Que tenías que dármela? Es cosa de admirarse; y ¿cómo no me la has dado?

La hermosa joven se ruborizó mucho y balbuceó algunas frases de excusa, sacando á la par una carta de su bolsillo.

—¡Ah! no ha venido por el correo.

—No, señora, me la entregó un señor...

Quedó Carmen como cortada, y su señora la miró profundamente sorprendida. Abrió la carta, empezó á leer y su cara se encendió de púrpura, como si la sangre le quisiera estallar. Sin concluir la lectura, se la devolvió á su doncella diciéndole con un reposo y una dignidad que hizo estremecer de frío el alma de la otra.

—¿Sabía ese caballero que yo soy casada?

—No me lo ha preguntado, ni yo tenía porqué decírselo. Me dieron la carta para V. y yo creí justo que V. la recibiera, sin meterme en otros detalles.

Digitized by Google

—¿Sabes tú que esta carta es una declaración de amor?

—¡Oh! no señora, yo se lo juro á V., contestó la joven cruzando las manos y velados de lágrimas los ojos.

—Basta, no te acuso, te creo buena; si no lo creyese así, no estarías á mi lado. Devuelve esa carta á quien te la dió, diciéndole lo que antes no le dijiste porque no te lo había preguntado.

—Está bien, señora.

Salió Carmen, y la dama se encerró por dentro; volvió á coger la primera carta, cuya lectura interrumpió el incidente mencionado, y exclamó sonriendo con tristeza:

—¡Este sólo, éste es mi único consuelo!

La carta decía así.

«Mi querida Carlota: estoy ardiendo en ira; la amistad, esa gran religión de los dioses, ya no existe; creo que pronto tendré que llorar mi desengaño más cruel. ¿Será posible, gran Dios? ¿Es cierto que ya no te acuerdas de mí? ¿Es cierto que ya no me quieres? Las profecías empiezan á realizarse. Babilonia se derrumba.

Digitized by Google

Los sepulcros de los grandes tiranos empiezan á hundirse. Los esqueletos faraónicos bailan en los aires minués furiosos, como si patalearan colgando de las nubes. Polvo de cadáveres trae el ambiente; los mundos, hechos pedazos, chocan con estrepito... y la verdad, yo no sé cómo salir de esta retumbante oración que iba á dirigirte, Carlotilla de mi alma, para probar lo irritada que me tienes porque tanto tiempo has estado sin escribir.

»Todo importaría poco, si al arriesgarte á ponerme dos letras, como lo has hecho después de tanto ir y venir, me hubieses dicho algo sustancial, algo de interés, algo referente á tu vida, á tu marido, á tu casa, á tu corazón; tu largo silencio era imperdonable, pero es más imperdonable ahora todavía, por escribirme sin decir nada. ¿Me ocultas algo, Carlota? ¿No eres feliz? Me moriría de pesar si yo tuviera ese convencimiento. ¿Tú desgraciada? ¡Tú, que has hecho con tus bondades la felicidad de tantas criaturas! No lo creeré nunca y por esa razón no hablo más de una cosa que es imposible.

Digitized by Google

»Tres años hace ya que no te veo, mi querida Carlota; suspirando por mi Albaicín y por tu amistad, parezco algunas veces un bardo melenudo, de esos melancólicos, que se llenan de ictiricia pensando en su dama. Tú eres una ricachona, hija mía, y por eso todo lo haces en grande; con aquella tontada de haberte casado en París, con tanto jaleo de fiestas y de música celestial, ni pude asistir á tu boda, ni pude volver á abrazarte. Cuando tú volvías á España yo me tuve que separar de mi querido Albaicín, para irme con mi esposo. Carlotilla, yo también me casé; no me dejará mentir, ciertamente, un caballerito, por cuya causa tengo que escribirte á tirones; un caballerito fresco y sonriente como un capullo de rosa, de naricilla respingada que es una vergüenza, ojos azules de diablillo retozón, y cabellos rubios ensortijados; ¡un señor, en fin, que llega hasta mí en este instante, medio gateando, medio haciendo pinos, y que se coge á mi falda con cierto énfasis de mozolejo, como para darme á entender que ya puede sostenerse, más que sea con ayuda de vecino! Sí, Carlota de mi alma: es un

Digitized by Google

hijo que Dios nos ha dado á Ernesto y á mí, para nuestra alegría; cuando te vaya alguien con la historia de que la felicidad no existe mándale á paseo, diciéndole, con toda la boca, que es mentira lo que dice; y si no le quieres mandar á paseo, mándale aquí, á Córdoba, á nuestra casa, á nuestro hogar, para que se convenza de que está equivocado. ¡Tres años sin verte, mi Carlota! ¡Sin saber á dónde escribirte siquiera! En fin, yo creo que en adelante te desquitarás, haciéndome partícipe de tu vida, de tu historia de esos tres años. ¿Te quiere mucho tu marido? ¿es bueno? ¿tienes hijos? Cuéntamelo todo, aunque se me figura que nada de eso harás, sino asombrarte y abrir una boca de á palmo, con la novedad que hoy te encuentras de que tu amiga se haya casado: tu amiga, aquella revoltosa del colegio, que tanto te predicó siempre, aunque de menos edad que tú, contra los hombres, diciéndote que eran unos desalmados, sin entrañas, sin corazón, indignos, perversos, polilla del mundo, y depósito de todo lo malo; mira tú, Carlota de mi vida, hablaba yo así por Ernesto, aquel infame Er-

Digitized by Google

nesto... ¡Oh! qué historia! Es preciso que yo te la cuente, pero será en otra ocasión; porque esto se alarga mucho, y mi Paco me hace trizas la falda á tirones para que le *aupe;* el nene es regalón como él solo, le gustan los brazos. Adiós, pues, Carlota; hasta muy pronto, que espero carta tuya; aunque Ernesto no te conoce, te quiere, porque te quiero yo y eso le basta, y te saluda respetuosamente. A Paquillo le encargo en este mismo instante que te envíe un beso; se pone en los labios una manita que parece una hojilla de rosa; da en ella un beso particular que él ha inventado, mientras aprende á darlos como Dios manda, y te lo envía por los aires, como un suspirillo aromoso é invisible de la sierra cordobesa. Yo, sólo te envío un cachete por tu silencio, que todavía no te he perdonado. Adiós, feísima.

»Tu Teresa.»

Digitized by Google

Digitized by Google

III

¡Sólo Dios es vencedor!

Quedó Carlota profundamente pensativa con la lectura de aquella carta. Inclinó la cabeza sobre el pecho, entregándose así á sus meditaciones, sin que nadie la interrumpiera. ¿En qué pensaba? ¡Quién sabe! ¿Lo podría decir ella tampoco, por ventura? Cuando el hombre se figure que piensa la mujer, es cuando está más equivocado. No es que piensa, es que siente... y si piensa, podéis creerlo: piensa con el corazón.

Así permaneció, inclinada la cabeza, y fija la vista en la negra falda; estaba hermosísima

Digitized by Google

como nunca, en su abandono: destacábase su mano, que extendía con laxitud á lo largo del cuerpo, como una magnolia entreabierta sobre un fondo negrísimo de azabache; conforme adelantaba en sus pensamientos, parecía más inmóvil. A no ser tan hermosa, tan joven, tan lozana, hubiérase podido tomar por la estatua de la desolación, con su atavío oscuro, su inmovilidad de muerte y en aquel silencio de sepulcro de la reducida sala.

Pero no; aunque estuviesen fijos sus ojos, aunque no se le notase la respiración siquiera, aunque pareciese una estatua maravillosa, conocíase la vida; veíase palpitar en aquel sonrosado puro de la sangre de que su rostro se iba bañando, como una luz celestial que la iluminara; luego fué pronunciándose lentamente aquel color, siempre más... ¡siempre más! Iba su rostro tomando tintes de grana; la frente, las mejillas, el cuello, todo iba enrojeciendo como por una inmensa sacudida de la sangre; aquella sangre meridional, joven, vigorosa; y cual si de pronto el mismo ímpetu de aquella sangre la quisiera ahogar, su respiración, que

Digitized by Google

no se advirtió hasta entonces, se hizo estertorosa, difícil y se levantó ella de un salto; quedó en medio de la estancia, jadeante y como si no se diese cuenta de lo que le sucedía.

—¡No, eso no! gritó después, en un poderoso arranque.

Se tapó el rostro con las manos y quedó allí, de pie, inmóvil nuevamente: una gran batalla librábase, á no dudar, en su corazón. Se había deshecho el peinado y le caía por los hombros la hermosa cabellera castaña, finísima como una red de luz tejida por los genios. Ocultándose el rostro entre las manos, tenía la cabeza un poco inclinada, los codos juntos á la cintura casi, y los hombros, salientes por esta misma posición, daban un vigor hermosísimo á su ancha y robusta espalda de matrona.

La brillante estatua adquirió vida súbitamente, al soplo bendito de alguna divinidad, mientras le cambiaba su sér, sólo para volverla luego á su desoladora quietud y á su silencio de sepulcro; aquel silencio interrumpido por la música lejana de la fuente, que semejaba en la soledad un suspirante clamor de salmo-

Digitized by Google

dia. Allí quedó la estatua otra vez; allí permaneció otra vez no sé cuánto tiempo. ¿Las estatuas piensan? ¿Las estatuas sienten? ¿Qué pensaba? ¿Qué sentía?

Separó con lentitud las manos de su rostro; estaba más encendido que antes; la lucha seguía, indudablemente.

—¡Oh, me ahogo!—dijo.

Miró á uno y otro lado, como extrañándose de todo: en los sillones, en los cuadros, en la mesita junto á la cual estuvo antes sentada, en las preciosidades que embellecían el cuarto, en los dibujos de las paredes, en la luz; en todo le parecía encontrar alguna cosa extraña; todo le parecía sobrenatural; avanzó irresoluta hasta unos cortinajes de un rojo muy obscuro que había en el gabinete, levantó una de aquellas cortinas y se presentó á sus ojos un lecho riquísimo; dejó caer la tela inmediatamente, como si no supiese por qué la había levantado.

—¡Me ahogo! ¡me ahogo!—murmuró otra vez. ¡Si pudiera llorar!

Desabrochó el cuerpo de su vestido, se aflojó el corsé y hubo allí desbordamientos de randas

Digitized by Google

finísimas y blancas como su misma carne de virgen; los cabellos contrastaron entonces fuertemente contra sus hombros y su pecho medio desnudo; entonces fué cuando el marfil de su cuello apareció puro y deslumbrante hasta cegar. ¡Era más que marfil! ¡Era más que nieve! Un aroma dulce se esparció por la sala en el mismo punto, como si al desabrocharse Carlota hubiese abierto un hermosísimo jarrón de alabastro lleno hasta los bordes de fina esencia.

Como si todavía sintiese hervir su sangre, avanzó hasta el balcón que había cerrado la doncella antes de salir; le abrió presurosa; el aire frío de la noche la acarició, haciendo flotar ligeramente sus cabellos, é introdújose como un sediento de amor por entre los finos encajes que velaban el noble y hermoso busto. Respiró con más desahogo, y apoyándose de brazos en el frío barandal, quedó inmóvil, como antes, al terminar la lectura de la carta, y como cuando se puso de pie en una gran sacudida.

—¡No, eso no!—exclamó de nuevo—estremeciéndose del frío que ya empezaba á sentir: —yo no le abandonaré nunca.

Digitized by Google

La idea vagó indecisa en el cerebro de la mujer, martirizándola constantemente; la lucha no cesó; al revés, habíase encarnizado. Los grandes ojos levantáronse al cielo: estaban febriles, centelleantes. Ni una nube empañaba el horizonte; millones de estrellas reverberaban allá, como suaves sonrisas: no había luna, pero los ojos se acostumbraron fácilmente á distinguir los objetos desde alguna distancia, por la dulce diafanidad que parecía venir de las estrellas; oíase entonces más firme el rumor de la fuente, y ningún otro interrumpió el silencio grave de la noche.

—¡No, nunca, no le abandonaré; ni conocerá siquiera lo que sufro!; no debo demostrárselo, y, aunque debiera, Dios me lo perdonará: me es imposible. ¡Oh, amiga mía! ¿Por qué me has escrito? ¿Por qué me hablaste de la felicidad del matrimonio? ¿Por qué me turbas? ¿Por qué me despiertas y me sacas del letargo de muerte en que yo quiero estar hundida? ¡Las alegrías del hogar! ¡El amor del marido! ¡Dios piadoso! ¡Cómo hieren tales sarcasmos mi corazón! Me casé porque mis padres quisieron

Digitized by Google

que me casara: eran viejos; no querían dejarme sola en el mundo; ofreciéronme á Andrés para compañero de toda la vida, y me ofrecieron la felicidad con Andrés. ¡Me casé sin amarle! ¿Sabía yo lo que era amor? ¿Lo sé ahora por ventura? Si es el amor la paz del matrimonio, ¡cuánto nos amamos Andrés y yo! Pero no será eso; se me figura que hay otra cosa más grande, sí; eso de que me habla Teresa, con su dulce alegría de siempre. ¡Oh, yo no le amo! Yo no le amé nunca. ¿Por qué me casé, entonces? ¿Qué había antes en mí? ¿Qué hay ahora? No sé, pero siento yo dentro de mi alma un afán, desconocido hasta hoy para mí. ¿Es amor ó es el deseo de amar? Yo creo que esta pena profunda que me corroe, no es principalmente porque él no me ama, ni porque me deje sola entregada á mí misma. No son celos tampoco. ¡Ah! ¿Qué cosa serán los celos? ¿Qué me importa á mí él en ese punto ni todo lo que él haga? Esto tan triste que yo siento en mí, me parece en ocasiones que es una pena muy grande porque no amo á mi marido. ¿Consistirá en mí entonces su alejamiento? ¿Tendré yo

Digitized by Google

la culpa porque no soy dulce con él, porque no le sonrío de otro modo, porque no hay en mi alma explosiones que le estremezcan y le hagan palpitar? Si ha de ser así la compañera con el marido, yo no cumplo mis deberes, porque no lo soy. ¿Y eso es amor? ¿Qué es amor?

Levantó nuevamente la mirada á los cielos; nadie contestó á su pregunta; á nadie veía tampoco, que le pudiera contestar; las estrellas, como movibles luces, seguían reverberando en las alturas; murmuraba la fuente, y alguna vez traía el aire, más vigorosas, las canciones del Genil.

—Nadie, nadie me contesta,—pensaba Carlota con profundo desaliento.—Y bien, ¿soy yo acaso la que debe buscar las caricias de mi marido? ¡Ah! ¡si yo pudiese preguntar algo á Teresa sobre ese punto! Estoy segura de lo que me contestaría: me contestaría que no; yo lo sé, porque lo comprendo, porque lo siento en mí; porque hay algo que me lo dice, sin engañarme. No soy orgullosa, no soy soberbia, no dejo de buscar las caricias de mi marido, por esa causa: es el pudor. ¡Es que me avergüenzo!...

Digitized by Google

Detúvose de pronto en sus reflexiones, como si alguien le empezara á hablar al oído. Le parecía que alguien le contestaba, desmintiéndola: un rumorcillo tenue, que no supo ella si fué murmurar de céfiro ó arrullito de linfa cadencioso, pero que se escuchaba muy bien. «Tú no dejas de buscar las caricias de tu marido por soberbia; tú no las dejas de buscar por orgullo; tú no las dejas de buscar por pudor: es por otra cosa, también, mucho más importante. ¡Es porque no le amas!»

—No, no,—decíase Carlota con inquietud, como si quisiera contestar á lo otro que en sí misma la estaba contradiciendo;—es verdad que no le amo, pero es verdad que es vergonzoso, para mí, buscar una caricia que no merezco cuando no se me dirige... y además, es vano todo lo que se discuta. No le amo, ¡es cierto! No sé lo que es amor; pero, ¿por qué no me lo enseña él, entonces? Porque no me ama tampoco.

Y Carlota volvía á su gran pesadumbre: á la primera, á la principal, á la importante, á la profunda pena de no amar á su marido.

¿Qué explicación tenía aquello? Carlota no

Digitized by Google

se la pudo dar á sí misma, pero yo os la daré á vosotros.

Era cierto. Carlota sentía en lo profundo de su corazón el abandono en que su marido la tenía, y sin embargo, aunque os parezca original por lo grande, no era aquel sentimiento por ella, sino por él; Carlota no amaba, no porque no hubiese nacido para el amor; al contrario, porque su espíritu gigantesco se extendía santamente hacia el amor de todo lo creado: amor á Dios, á los seres, á las cosas; todo su espíritu habíase ido entregando desde su niñez á este gran sentimiento glorioso, que no la permitió amar reconcentrando su amor en un solo sér, como debía amar á su marido: su amor era á la humanidad, no era á un hombre; si hubiese dado con un compañero que la comprendiera, habría sin duda sabido despertar en su alma generosa y grande, aquel otro amor que desconocía. Carlota sentía en todo su sér una infinita piedad hacia cuanto la rodeaba; no había nacido para el amor del mundo, sino para el amor de Dios; para que un hombre hubiese despertado en ella otros sentimientos que

Digitized by Google

no fueran los de su profunda piedad, los de su inmensa misericordia, aquello en fin que era el único amor conocido para la noble mujer, precisaría que el hombre, amándola religiosamente, hubiera sabido hacer que se moviesen, para levantar el vuelo por otros mundos, aquellas ocultas alas de su inconmensurable espíritu.

No era la frivolidad del mundo; no eran los halagüeños oropeles de una sociedad artificiosa; no eran los trenes deslumbrantes, ni las ricas joyas con que ella misma, indiferentemente, adornaba su hermosura, lo que necesitaba para que llegase al santuario oculto, donde plegaba sus alas, en silencio, aquel espíritu diáfano, que comprendía el sacrificio sin ostentación, y que ciego aun para el amor humano, entendía que su piedad, su misericordia infinita, eran el único amor existente para todos.

¿Por qué era entonces aquella inquietud? ¿Por qué aquella incertidumbre que no se explicaba? ¿Por qué su sentimiento de no amar al marido? Porque presentía lo que no tocó aún, esto es: porque comprendió que hubiera amado de otro modo á su marido excluyendo de su

Digitized by Google

amor todo lo demás, si la hubiese comprendido él. Eso primeramente; pero había otra cosa mucho más grande, estaba su piedad; su piedad hacia el hombre, porque no sabía encontrar en ella lo que el hombre creyó tal vez que no existía. Cada uno de los actos de su esposo, era un nuevo motivo de alejamiento entre los dos y de pesadumbre para Carlota. Honda pesadumbre, al pensamiento de que su marido, quizá, sufría demasiado por causa de ella; al lamentarse de su soledad, cuando salió del concierto, á nadie reprochaba: lamentábase por sí misma solamente; cuando al llegar á su casa, creyó morirse con la noticia de que su marido no pareció aún, no fué de amor su sufrimiento: fué pesadumbre de no saber conseguir que su marido obrase de otro modo. El mal rato que sufrió al verse sola en el patio de Carlos V, el pensamiento de que el esposo la abandonaba cuando tan infinita piedad había en su corazón para él; la carta de Teresa, hablándole de las dulces alegrías del hogar y del santo amor del matrimonio, y aquella otra carta, por último, de amor también, de amor que empezaba á soñar,

Digitized by Google

aunque no lo comprendiese todavía; de amor de que sentía su alma deseosa, aunque no se explicase lo que era, como el niño de pocos meses, que sabe como por instinto que el agua, cuya aplicación no conoce, ha de apagar su sed, todo esto, fué causa de la gran crisis que estalló esta noche en su corazón y en su cerebro.

Aun estaba allí, en el balcón, con la mirada inquieta, contemplando aquella inmensidad silenciosa; el rumor de la fuente, seguía lento, y el Genil murmuraba también sus canciones sordamente, como viejo batallador que se cuenta á sí mismo sus antiguas proezas.

Pareció de pronto á Carlota que un fantasma se iba deslizando por entre los árboles hasta llegar al pie de su balcón, y sintió un frío, como si todo el hielo de la sierra penetrara en su sangre.

—El hombre de la carta,—murmuró temblando,—¡sí! el que me escribió esta noche.

No lo sabía verdaderamente, pero lo presintió y no se equivocaba.

Como si este pensamiento le diera fuerzas que antes no sentía, se retiró entonces del bal-

Digitized by Google

cón; cerró sin hacer ruido, quedó un instante de pie allí, junto á las maderas, inmóvil, fijos los ojos en la luz que temblaba sin saber Carlota por qué, como ella misma estaba temblando. Anduvo luego hasta las cortinas que antes levantó, permaneció allí otra vez, indecisa, como si no supiese lo que le pasaba, y entró después en la alcoba.

Iluminábase ésta por una luz débil, encerrada en lámpara finísima de alabastro; junto al magnífico lecho, había un reclinatorio y un crucifijo de marfil; allí era donde de verdad se respiraba no sé qué perfumes de incienso, que hacían separar los sentidos de todo lo que no fuese santo como Dios.

Empezó Carlota á desnudarse; en sus facciones, en su ademán, en su fijeza de muerte, en la inquietud extraña de sus grandes pupilas llenas de luz como la luz del Paraíso, comprendíase que la lucha no había cesado: una lucha cruel, ardiente; una lucha mucho más grande, porque no estaba avezado á ella aquel espíritu sereno, con las serenidades del lago que no siente un beso siquiera de los aires.

Digitized by Google

Cayeron las prendas con lentitud, como caen las hojas de una flor, quedándose en su magnífico pétalo. Se metió en la cama, ocultándose entre las ricas blondas, como si huyese de algún engendro visible sólo para ella. Era el enemigo; el enemigo terrible de quien quería huir; era el eterno martillazo de sus sienes, desde que empezó la noche; era el eterno gemido de su corazón, que no llevaba lágrimas á sus ojos; era la eterna pregunta: ¿qué es amor? ¿por qué todo el mundo se esclavizaba á él y ella no podía esclavizarse? ¿qué amor era aquel de las grandes tragedias y de los grandes sacrificios de la humanidad?

—¡Señor,—exclamó de repente, arrodillándose sobre la cama;—Dios piadoso de los cielos! yo soy capaz del sacrificio; yo soy capaz de morir por cualquiera de mis semejantes; pero yo hago todo eso, sin amar así; yo hago todo eso por el amor tuyo; ¿por qué siento yo en mí, sin embargo, que hay otro amor aun, que no lo conozco? ¿qué es lo que me impulsa á él? ¿acaso el tuyo no basta, Dios de las misericordias?

Con las manos en ademán de súplica, el

Digitized by Google

cuerpo desnudo, medio velado por encajes que parecían tejidos, según eran de sutiles, con risas de aquel mismo amor que no llegaba hasta ella, contrastando con la carne marmórea y sonrosada los esplendentes cabellos castaños, parecía una diosa del paganismo convertida súbitamente, por milagroso dón, á las dulces doctrinas del Evangelio. Y en mitad de aquella oración ferviente de su espíritu puro, que empezaba á saturarse de no sabía qué perfumes vagos de la tierra, descruzó las manos de repente, saltó del lecho y tiró con fuerza nerviosa del cordón de la campanilla, que armó, en el silencio de la noche, un repiqueteo estruendoso. Se oyeron pasos en la habitación inmediata. Sin acordarse Carlota de cubrir siquiera su desnudez, salió del dormitorio á abrir la puerta del gabinete; se encontró con Carmen, medio soñolienta, casi desnuda y también hermosísima.

—¿Qué es eso, señora? exclamó temblando.

—¡Esa carta, venga esa carta al momento!

—¿La carta amorosa que he de devolver? preguntó Carmen extrañamente.

—¡La carta amorosa, sí!

Digitized by Google

Se alejó Carmen, y Carlota quedó junto á la puerta, inmóvil otra vez, fija otra vez; se acordó de pronto de que estaba medio desnuda y se recogió con una mano, hasta el mismo cuello, los finos encajes, apoyándose con la otra en la puerta como para no caer.

—Ahí,—decía en tanto,—en esa carta sabré lo que es amor. Hay un hombre que me ama, y él sabrá decírmelo.

Volvió Carmen, en esto, y le entregó la carta.

—Está bien, véte,—exclamó la señora en voz que parecía, ya, la de un moribundo; volvió luego al dormitorio con la carta en la mano y quedó como suspensa, antes de fijar los ojos en sus renglones. Pasó todavía un rato como si no se atreviese á empezar la lectura; fuéronse animando sus facciones con vida extraña y nueva; avanzó aún. Pareció iluminarse su cabeza, de repente, con las auréolas divinas de los santos. Rompió la carta á la par, y lanzó un suspiro de satisfacción; cayó de rodillas sobre el reclinatorio, y besó la cruz fervorosamente.

—Gracias, mi Dios amado,—exclamó entre un sollozo profundo.

Digitized by Google

El amor á Dios había vencido. La santa se levantó sobre su altar. Hízose ya tranquila su respiración, y la alcoba pareció entonces una capilla cristiana con sus inciensos, y con su imagen pura de María en aquella mujer. Oíase dentro el blando murmullo de la oración tranquila, y fuera, muy vago, como otra plegaria de la naturaleza, el murmullo de la fuente y las canciones del Genil.

Digitized by Google

IV

Confidencias.

Tilín... tilín... tilín...

—¡Aprieta! ¿Quién nos vendrá tan fuerte?

—El cartero; le he visto por casualidad, desde la ventana.

Tilín... tilín... tilín...

—¿Será carta de Alfonso?

—¡Siempre estás á pleito con tu Alfonso!

—¡Y tú con tu Carlota!

Tilín... tilín... tilín...

—¿Y por qué no ha de ser de Carlota?

—¿Sí? mira qué casualidad, mujer. Y ¿por qué no ha de ser de Alfonso?

Digitized by Google

—¿De quién será? oye.

—¡Pero hijo, que abran la puerta y saldremos de duda!

—¡Anda, mal genio!

—¡Feísimo!

—Verás tú, Teresa; verás tú, á todo esto, como no hay quién abra. ¿A ver? no, no, que ya está aquí. Yo he ganado, hija mía; es de Alfonso y ¡apenas si escribe!

—¡Y yo que estoy esperando carta de Carlota ha tanto tiempo! ¡Válgame Dios! ¿Estará enferma?

Ernesto repasaba la extensa epístola, y dijo así, sin mirar á su mujer:

—¡Qué ha de estar enferma, hija! Que se divierte mucho y se acuerda muy poco de tí. Pero, ¿no ves? ¡si son dos cartas en una! Ese diantre de chiquillo se figura que yo dispongo del día para dedicarme á leer sus tontadas, dejando morir á mis pobrecitos enfermos. ¡Diablo, Teresa, me parece que esto se complica! Le veo muy interesado en esos amores, que yo creí, á los comienzos, de poca importancia. Verás tú, oye.

Digitized by Google

Leyó Ernesto en voz alta á su mujer lo que á continuación leeréis. Son dos cartas que Alfonso de San Juan había incluido en un mismo sobre.

«Mi querido Ernesto: Sufro; yo no sabía qué cosa es amor y ya lo sé, sin miedo de equivocarme. El amor es el sufrimiento; y ese sufrimiento es la dicha. Ya te describí en la otra carta á esa mujer.

El paseo único que frecuento en Granada es el Salón; allí vive ella; me extrañó al principio, porque se aviene mal la vejez de su casa con las ilusiones que debe encerrar un pecho enamorado, ¡Ella estará enamorada también! ¡quién lo duda! ¡Qué lejos hallábame yo, cuando la conocí, de que había unido ya su suerte á otro hombre! No he hablado con ella nunca; cuando iba á solicitar que me presentasen, supe que era casada y desistí entonces. Estoy seguro de que ella no concibió, ni remotamente, el pensamiento de lo que por su causa sufro. Su pensamiento y su corazón estarán ocupados con otra imagen querida: con la imagen de él... Una víbora escupe su veneno

Digitized by Google

en mi sangre á la idea de que esa mujer es un imposible para mí. Tengo envidia y estoy celoso. ¡Celos y envidia! ¡Qué dos fantasmas tan sombríos se levantaron lentamente en mi corazón, para rendirlo y aplastarlo!

Pero ya ves; me fuí desviando de lo que te quería decir... Su casa no puede ser más fea; es un vetusto edificio completamente desmantelado; en el exterior, á lo menos, se parece más á las moles gigantescas de otras edades que á nuestras emperifolladas habitaciones; es una casa de tres pisos; encarámase uno sobre otro, como señor feudal que pisa el cuello de su esclavo, sin entender las maldiciones desesperadas que el esclavo le dirije; la planta baja parece que se doblega por la opresión de *sus señores;* figuran las desvencijadas puertas y los tragaluces del balconaje otras tantas bocas contraídas, por la fuerza del dolor, al sucumbir aplastadas; el piso que cae sobre éste también está desvencijado y carcomido; pero hay más alegría en él; sin duda, y aunque tiene otro encima, se consuela con la doble humillación del que está debajo. Sigue en gradación igual; el

Digitized by Google

último se levanta sobre el de enmedio con desfachatez, burlándose, imprudente, de los otros, sin acordarse de que al caer cualquiera de ellos, lo arrastrará en su caída. La arquitectura del extraño edificio es pesada, sin orden, hablando apropiadamente; cuando se nos figura que va á desarrollarse un orden cualquiera arquitectónico, lo encuentra uno, de repente, quebrajado ó confundido con otro, por el capricho de la nueva mano de obra de un alarife nada escrupuloso en su arte. Esta casa, conforme te la he presentado, querido Ernesto, me recuerda el mundo y las cosas, y los casos y los seres del mundo.

Por la descripción que de la casa te hice, comprenderás el motivo de que yo me extrañase, en mi primera impresión, de que viviera ahí; pero reflexiono á veces que, más que por la casa, vivirá en ella por el sitio donde se sitúa; tiene detrás el accidentado declive de la Alhambra, con su alegre arboleda, con sus casitas microscópicas y el paraíso del Carmen de Calderón; su frente da al paseo, hermosísimo también, con árboles corpulentos, cuyas copas,

Digitized by Google

de uno y otro lado, júntanse arriba para formar un fantástico cielo verdegueante; de tal modo es así, que cuando se quieren levantar los ojos á Dios para dar gracias, porque nos permite contemplar tales hermosuras, no se puede ver el cielo, aquel otro cielo de Granada, azul siempre y puro, como la alegría de los ángeles. No lejos, se escucha el susurro armonioso de una gran fuente, en cuyas aguas cabrillean los rayos de la luna como culebras de oro saltando ó encogiéndose al dar el mordisco; domínase este rumor, en algunas ocasiones, por el otro más lejano, pero más duro, de las aguas del río, al precipitarse por las *suas* que las detienen, para el riego de las huertas ó el movimiento de algún molino; vienen en blando beso, hasta el corazón, las suaves ambrosías de los jardines inmediatos del Genil y distínguese, allá, la sierra famosa con sus picachos blancos.

Desde el Tibidabo de Barcelona, se admira á un Dios, que hay sin duda, porque alguien tuvo que crear las magnificencias que desde allí se ven. Desde la sierra de Córdoba extasíase uno con la magnífica y eternal hermosura

Digitized by Google

de aquella poderosa sultana de Occidente. En los campos sevillanos, late el corazón con el puro regocijo del muchacho, al salir de la escuela el día que le anuncian las vacaciones. En la vega de Granada, el espíritu se engrandece y el pensamiento echa á volar, con poderoso empuje, sin preocuparse de que sus alas se quemen ó no, al golpear con ellas los muros misteriosos de lo desconocido.

Una mirada desde la Puerta Real, sobre aquel fondo de los montes coronados de nieve, vale más que todo lo que yo pude admirar en el mundo.

Al caer de la tarde, aquellas soberbias pirámides blancas toman en un segundo todos los colores del prisma; se besan con el cielo, y de esta coyunda, como efluvio mágico, parece que surge la sombra, para envolvernos de repente y apartar de nuestros ojos y de nuestro corazón un espectáculo cuya grandeza nos aplana.

En este país bendito, tenía que encontrarse la mujer que yo había soñado, y aquí está. ¡Para ella no puede haber otra luz, no puede haber otro cielo! El aire que respirase tenía que ser refrescado por las nieblas del Genil y em-

Digitized by Google

balsamado por las flores de la vega. ¡Aquí tenía que ser, y aquí fué!

La encuentro en teatros, en paseos, y siempre es lo mismo; siempre gozo y siempre late mi corazón, como al presentimiento de hondas desdichas; me duele, y creo en ocasiones sentirme herido para no curar, cuando el esposo, verbigracia, la coge del brazo, como si tal cosa, familiarmente, así, como se trata á un mueble propio; me ocurre lo mismo también, cuando, al pasear su vista por la sala en el teatro, se fija en mí casualmente, con esa vaguedad y ese indiferentismo con que la mirada va resbalando por los objetos que desconoce. Si sé positivamente que ella ha pasado por un sitio, paso yo también, y vuelvo á pasar, y es mi dicha el pensamiento de que piso la tierra que pisó. Si va á la iglesia, allí, donde ella se arrodille, yo me arrodillo luego también, y ahí tienes otro motivo, como hay muchos, para que yo goce y sufra. Pero, ¿á qué voy á decírtelos todos, si yo sé que después de no terminar nunca, te burlarías de mí, riéndote, como la depravación se ríe del cielo?

Te diré solamente que mi ideal, la impre-

Digitized by Google

sión más grande de alegría que yo pudiera obtener, lo que hoy constituye mi ambición y la gloria de mi alma, es la rosa que acostumbra á llevar prendida en el pecho. Parece la misma siempre, con su blancura, con su lozanía, con su belleza, como si su pecho fuese talismán para la vida eterna de las flores. No he visto nunca una mujer tan singular; es hermosa como Dios y parece que desconoce su hermosura; viste con riqueza y jamás puede uno sorprender en su atavío un detalle que no revele el espíritu más humilde.

Casi todas las noches veíala en el paseo del Salón que ya te nombré: me agrada ese sitio, está solo á cualquier hora que á él me dirija. Le amo por esta misma soledad. La multitud prefiere la Bomba ó la Carrera porque están más próximos á Granada; luego, el río, que se desliza al lado, las grandes copas de los árboles que no permiten, materialmente, la entrada del sol, hace, cuando la noche va avanzando, que aquel lugar sea más á propósito para coger un reuma, que para recreo de los ojos ó esparcimiento del espíritu.

Digitized by Google

Allí la veía, pero sale ahora con menos frecuencia; con el pensamiento absorto en la imagen de esa mujer, que consiguió desterrar de mí la alegría, voy por la ancha alameda; desde allí veo la casa cuyo exterior te describí; contento en medio de esta soledad, paso algunas horas sin distinguir otra luz que la que sale por entre las persianas de su cuarto; una luz que llega á mis ojos al través de las ramas de los árboles, como rayo de sol que brota de un abismo de misterios; no oigo más ruido que el de las hojas que el viento mueve; allá, más lejano, el del Genil, que se desliza en eterno murmurar y el de alguna campana que vibra, en el extraño silencio, como el sollozo de un gigante; entre toda esta fantástica armonía, sobresalen alguna vez, confusas, vagas, hundiéndome en no sé qué celestiales grandezas, que golpean mi corazón y mis sienes, las notas de un piano: ella lo toca. Mi pensamiento, de rodillas, adora á Dios entonces en el espíritu de esa mujer.»

Digitized by Google

V

El abogado de Carlota.

Una tarde, esperaba el coche á la puerta de su casa. Yo esperaba también; ¿qué esperaba? Verla subir en el carruaje; verla partir... ¿qué más podía esperar yo? Salió al fin. Vestía como siempre, de negro; su busto primoroso adornábase como todas las tardes y todas las noches, en el paseo ó en el teatro, con una hermosísima rosa blanca. Sangre de mis venas daría yo por besar una de esas flores. Colocó en el estribo el diminuto pie, y antes de perderse á mi vista, miró atrás como buscando con sus ojos alguna persona. Su mirada se encontró con la

Digitized by Google

mía; sentí encendérseme el rostro en una llamarada de fuego, como si toda la sangre hubiera subido á él de repente. Ardiéronme los ojos y quedé mirándola. Pareció irritarle que un intruso la sorprendiese tal vez en su recóndito afán de aquel momento.

Yo quedé con un malestar muy triste: seguí viéndola, sin que ocurriese en algunos días cosa digna de mención. Mi malestar continuaba desde entonces, pero sin que yo encontrase el motivo. No había en mí otro sentimiento que el de los ojos de ansiedad que sorprendí en ella el día que te he referido: ¿por qué era aquel afán de sus ojos? ¡Pobre de mí! Para fijarlos en los míos, no; ¡cómo había ella de fijarse en un hombre que ocultó hasta hoy su cariño, como se oculta la violeta del rayo gigante de los cielos!

La ví todos los días. Siempre la encontré reservada, adusta; sin embargo, se conoce que su corazón es sencillo, por la luz suave de sus ojos, que tan extraña es de aquella otra mirada afanosa que yo la sorprendí. No he hablado con ella, ni creo tampoco que la hablaré en mi vida; hay en mi alma para esa mujer un

Digitized by Google

respeto más grande que mi amor; sobre su corona espléndida de cabellos castaños, que puède alguna vez levantar en mi sangre un latido terreno, hay otra auréola, visible sólo para mí, que se impone á todo lo demás, porque esa auréola bendita tiene mucha semejanza con la de los mártires y la de los santos.

Y á pesar de esto, alguna vez intenté rebelarme; alguna vez ardió en mi corazón, como chispa de fuego que de repente se apaga, el deseo infinito de hacerla partícipe de todo lo que en mí palpita y se desencadena, y enseñarla cómo gime el amor cuando se rodea de todo el grandioso ornamento que Dios puso á sus pies como altar para que se santifique.

Hace dos ó tres noches, la ví también en el paseo; retirábame yo, creyéndola recogida, y surgió de repente ante mí: salió de entre los árboles; iba del brazo de un hombre. La conocí en medio de la obscuridad... ¡Qué sé yo! como la conocería entre mil; como se conoce una estrella en la negrura de un cielo tormentoso. ¡Ay! creí que me miraba; sí, pero, ¿cómo era posible que en la obscuridad me conociese? ¿Habría en

Digitized by Google

su retina, quizá, la potencia maravillosa que el amor puso en las mías, para que yo la conociese á ella? Se alejó con lentitud y distinguí confusamente sus formas, como la última ilusión de mi alma, perdiéndose en una noche eterna.

Te hubieses asombrado al comprender cómo latía mi corazón entonces; cómo palpitaban mis sienes; cómo la sangre ponía en mis ojos no sé qué vagas sombras de muertos queridos que surgían de la tierra en tropel para danzar á mi lado vertiginosamente. Eran unas visiones con cendales negros como el atavío de ella, de cabellos castaños como los suyos, de sonrisa como la suya.

Sentía yo impresiones desconocidas; congojas dulces, amarguras sublimes; y en medio de todo este gran concertante de las armonías de mi espíritu con las risas y las lágrimas de todos aquellos seres fantásticos, hízome estremecer de repente otra armonía vaga, rítmica, cadenciosa, que pareció deslizarse de entre los pétalos de una de aquellas flores de los jardines del Genil. Era ella, ella que subió á sus habitaciones; ella, que abrió su balcón como si desease

Digitized by Google

también aspirar el aire frío de la noche; ella, que arrancó del piano un gemido de aquellos de su alma.»

—En fin, que yo no puedo aguantar más—gritó Teresa de pronto—que esto es imposible; que esto es cosa de maravillas.

Viéndose Ernesto interrumpido en la lectura, con aquella explosión de su mujer, exclamó risueñamente:

—Pero hija, ¿tú también te has vuelto loca?

—No; que no me he vuelto loca; lo que digo es que no puedo aguantar tantas barbaridades.

—¿Podrías á lo menos explicar lo que has dicho? porque yo estoy en ayunas.

—¡Claro! porque vosotros, los hombres, no veis un elefante aunque lo tengáis subidito en la misma nariz. ¿Tú no has comprendido, criatura de Dios, que esa mujer de quien está ahí hablando tu sin par Alfonso, es la mismísima Carlota?

Ernesto se puso muy pálido al oír estas palabras; fué su impresión tan grande, que Teresa la hubo de notar en el acto. Por aquella

Digitized by Google

expresión de su marido nada más, comprendió que el asunto era muy serio.

—Bien, añadió alentando apenas, pero, ¿qué es lo que tú me dices?

—Te digo, mi pobre Teresa, que este negocio ha de darnos mucho que hacer; pero oye, ¿no te habrás equivocado por fortuna?

—No; yo te digo que no. Esa casa del Salón, es la de Carlota; ¿me lo irás tú á decir á mí? En ese carácter que él describe á medias, estoy yo viendo el suyo, y en fin, ¡que yo te digo que es ella!

—Pero ven acá, mujer; ten calma, y no nos impacientemos. Reflexiona que lo que sucede es muy hondo y nos dará mucho dolor, si por desdicha tú has acertado; por eso mismo, hay que ir con tiento y asegurarse verdaderamente; todos los signos vendrán á la perfección para que la heroína de estas cartas se te figure que es Carlota; sin embargo, mientras no se sepa con seguridad si es Carlota ó no, mientras no lo podamos obtener fijamente sabiendo el nombre y aun el apellido de esta mujer á quien Alfonso, por su mal, galantea, es preciso esperar.

Digitized by Google

—Pero, ¿por qué razón, vamos á ver, será una desdicha para tu amigo, que se le haya antojado mirar á la pobre Carlota? Yo no lo veo como tú; eso tendrá que pasársele á la fuerza al convencerse del imposible, como él mismo lo asegura. La mujer casada es de su marido y no hay más Dios ni más santa María; él sabrá eso, porque ya hará tiempo que salió de la escuela; y como estos niños son unos tontos, la tontería de tu amigo le saldrá por donde le ha entrado, y si te ví no me acuerdo.

—¡Cuán equivocada estás, hija mía! ¡Qué lejos te lleva tu candor y tu desconocimiento de estas cosas! Verdaderamente, yo no debí enterarte de lo que Alfonso me escribió; pero ya es tarde; yo no pude sospechar nunca que esa mujer fuera tu amiga.

—Pero oye, oye, repíteme eso del candor y el desconocimiento del mundo. ¡Por lo menos te has creído que yo soy una boba! ¡No faltaba más!

Ernesto se echó á reír de la cara que puso su mujer hablando de aquel modo.

—¡Que no estamos para diversiones, señor

Digitized by Google

mío; tengo el honor de advertírselo á usted!

—No, mujer, ¡si yo no me divierto! es que me río de lo impresionable que eres, aunque valdría más que me disgustara, en vez de reírme.

—Te digo que me expliques eso.

—Voy en seguida. Debo manifestarte, en primer lugar, que Alfonso no es el tipo que tú te has figurado; tiene mucho corazón, tiene mucho talento, conoce el mundo, y cuando me dice que se enamoró, está dispuesto, sin duda, á jugar la vida. Dime tú ahora, si no es una desgracia que se haya enamorado de una mujer que no es libre; dime tú si no es muy fuerte que un hombre lleno de juventud y de grandes cualidades para la labor inmensa á que el hombre nace destinado, que puede crearse una familia, que puede crearse una reputación, que puede ser dichoso, en fin, bajo todos aspectos; dime tú si no es triste que ese espíritu se hunda y se pierda en piélagos de sombra, cuando tanta luz hay en el cielo para rodearle y enaltecerle.

—Sí—contestó Teresa entristeciéndose de pronto—pero la razón y el talento que tú tanto elogias en tu amigo, ¿no sabrán contenerle?

Digitized by Google

¿no sabrán hacer que se ajuste á la lógica y no quedará tranquilo, al fin, del vencimiento de sí mismo, caso de estar enamorado verdaderamente?

—¡Pobre Teresa mía! tú tienes un corazón de luz, que Dios te hizo para mi felicidad; tú no sabes, por eso, lo que es el drama de un amor á que no se corresponde; no podría yo decírtelo tampoco; nosotros no tuvimos que luchar para comprendernos; fué lucha de niños, no de cíclopes, como la que generalmente se entabla entre espíritus apasionados; hay otra cosa además: ni tú ni yo comprendemos los dolores de un amor no correspondido. Alguna más experiencia tengo yo que tú de la vida; aunque sea poca, puedo decirte en ese punto, que los espíritus más rectos se tuercen; el cerebro más firme se debilita; la sangre más sana parece perder su glóbulo rojo para llenarse de la linfa que la pudre: todo se cae; se derrumba todo. El hombre ya no es hombre, sin un milagroso dón del cielo, y puede la tragedia venir, lentamente, pero segura, empujada por el destino, sin que pueda retroceder, como no retrocede la

Digitized by Google

piedra que empezó á rodar desde la cúspide del monte.

Teresa cruzó las manos. «¡Dios bendito, qué cosas hablaba Ernesto!»

—No sé lo que daría porque Alfonso fuera un carácter como el que tú supusiste; no sé lo que daría porque te hubieses equivocado en tu creencia de que es Carlota esa mujer á quien Alfonso ama; aquí repito que es muy grande mi sentimiento por haberte iniciado sin querer en este asunto. No debe llegar al corazón de ninguna mujer honrada lo que desde el primer momento es ilegal.

Sonrió Teresa tristemente y exclamó así, cogiendo con ternura las manos de su marido:

—Ya es tarde para que yo no sepa todo lo que ocurre; yo amo á Carlota como tú amas á Alfonso; yo la conozco bien, y no es preciso velar por ella; pero sufriría yo más con la duda de si es ó no feliz, que con su desgracia misma. En cuanto á que yo no pueda saber lo malo que hay en tal negocio, descuida tú, Ernesto de mi alma; todo hálito impuro puede pasar sobre la honra verdadera, sin mancharla, como puede

Digitized by Google

una lágrima deslizarse por el mármol, sin que deje surco. ¡Desdichados los que sufren por faltas que cometieron y no las pueden lavar! ¡Felices los puros, los inocentes, los que podrán hundirse hasta el corazón en la falta ajena, para ayudar á lavarla á los que faltaron! Sigue leyendo ahora, y por lo que resta, deduciremos algo tal vez de lo que el porvenir prepara, puesto que tanto conoces á tu amigo.

Ernesto fijó otra vez los ojos en el papel, y exclamó de repente:

—Hé aquí ya el ejemplo; hé aquí ya la flaqueza. Oye lo que dice: «Anoche me decidí; estoy convencido de que mi decisión fué una locura. ¿Y qué? Vale más volverse loco, ó morirse de una vez. Escribí una carta y la dí á su doncella, para que se la entregase. Salió con su marido esta noche, muy temprano, y él la dejó en la Alhambra, cuando el concierto iba á empezar. Deseoso de conocer los lugares frecuentados por este hombre, le seguí, hasta que se metió en el Casino; dejéle engolfado en su diversión favorita: juega como un loco y es frío como la nieve de aquellos picachos de la sierra.

Digitized by Google

Entonces fué cuando me dirigí á su casa; llamé, seguro de que los criados solamente podrían recibirme; dí mi carta á la doncella, sin ocultarme de nadie, y con una frescura, al parecer, como la de su marido delante del tapete. ¡No sé cómo tuve cobardía para cometer ese acto de valor!

Declararla mi cariño, con juramento ó sin él, de su mayor ó menor pureza, delito imperdonable es desde que sé que no se pertenece: mi amor es grande; mi amor es respetuoso; pero sólo con habérselo confesado, le eché la primera mancha.

. . . . . .

Todo el día esperé y no recibí contestación alguna; la he visto en la iglesia por la mañana; me miró; estoy seguro de que me miró, pero en sus ojos había la indiferencia de siempre. ¿Es que me ama y temerá que cometa una indiscreción? ¿Me desprecia, por el contrario? ¿Ignora, en fin, en absoluto, el amor mío porque no recibió la carta? No lo sé, pero mi pensamiento se fija más en lo malo, como sucede siempre, que en lo bueno. ¡Y aquí lo malo es mi acción de haberla escrito!

Digitized by Google

VI

Felicidad.

Han pasado diez días; la ví dos veces más; una en la iglesia, otra en el teatro; te contaré todo lo que ocurrió. Fué una mañana triste, lluviosa; por un momento pareció que el verano se disfrazaba, poniéndose el ropaje gris y frío de las tardes invernales; yo iba triste, con la preocupación, siempre, de la carta que escribí. ¡Si supieras, Ernesto, cuántas incertidumbres están costándome aquellos míseros renglones! Hoy, ahora mismo, en el instante en que trazo los que tú estás leyendo, no hay razón alguna para que me crea infeliz. ¡Cómo

Digitized by Google

te extrañará eso que te digo! Y sin embargo de no haber razón alguna para creerme infeliz, sufro: sufro por haber escrito aquella carta, que recordaré siempre, como el gran problema de mi vida.

La mañana que te dije, iba yo por la Carrera, y el pensamiento, como diablo caprichoso, saltábase de la carta que escribí y del efecto que habría producido en ella, á otros de actualidad que preocupan á todo el mundo, y en los que yo me fijaría bastante también, si no estuviese hundido en esta gran sima de mi corazón. ¿Qué sucede... qué sucederá en España dentro de poco? Cuando salgo por un instante alguna vez, del reducido mundo—ancho para mí como los cielos—de los ojos de esa mujer, me pregunto lo mismo siempre.

Vuelvo la vista azorado, y en todas partes figúrome encontrar una niebla extraña que envuelve los cerebros; hay algo que palpita en todo lo que me rodea; algo que pesa sobre nosotros, y sobre mí no tanto, porque ya no tengo vida ni alientos nada más que para esta vida nueva y triste de mi sér.

Digitized by Google

Lo he notado en Madrid, lo he notado en Barcelona, á mi vuelta del extranjero, y aquí, en este rincón de España, se nota lo mismo: algo así, como un vago perfume de independencia, que se nos mete en los sentidos, sin saber de dónde sale. Por lo que oigo decir algunas veces, en medio de mis inquietudes y mis sobresaltos de hace algunas semanas, es creíble que no hay población española que no esté presintiendo algo grande y nuevo que se le viene encima. El gobierno de D.ª Isabel es odiado, y se me figura que de ahí viene todo, que se acumuló, no en un solo día, sino en meses y años, y á la postre llega en ese aroma extrañísimo, que hace mucho tiempo dejaron los españoles de aspirar.

Cuando me sacudo un poco de este gran letargo de mi sangre, paréceme ver que todo el mundo anda receloso y ensimismado, quién, porque algo tenga que ocultar en su conciencia, quién, porque reconoce en sí la opresión de ese misterioso sentimiento, sin definirlo, como á mí me sucede. Míranse los transeuntes de un modo particular, como si aquellas mira-

Digitized by Google

das fuesen mutuas confidencias que los corazones se hacen sin obstáculo ninguno, pero que el labio se niega á modular, como si no fuese cosa, por lo extraordinaria, para que el labio pecador la manche.

Esto, digo yo, tiene que ser consecuencia de unos rumores propalados—¡por algún fantasma quizá!—de que ciertos grandes hombres de la política contemporánea, enemigos de las instituciones actuales, vuelven ó van á volver ocultamente de la emigración, para quedar á la cabeza de no sé tampoco qué imaginario levantamiento que llaman decisivo. Tú sabrás del asunto más que yo; yo no pertenezco á lo real; cuando llega hasta mí una cosa es ya vieja y se gastó de rodar por todas partes.

Ya te dije que iba por la Carrera: entré en las Angustias. El fondo del templo perdíase en vagas sombras que no logró vencer aún la claridad de los tragaluces, velados con cortinas de colores. Pocos fieles ví en la iglesia; destacábanse los bultos arrodillados en las naves, contra el muro ó al pie de algún confesonario. Tenues luces ardían en las lámparas de plata

Digitized by Google

de los altares; oíase de pronto el taconeo de algún clérigo, el *cecear* suave de los beatos que rezaban; desentendiéndome lentamente de esos ruidos misteriosos que parecen agobiar nuestro organismo en la calma dúlce de los templos, recogí la idea en el fondo mismo de mi sér y pedí á la Virgen de las Angustias que me amparase. Ruda y corta plegaria fué la mía; al concluir, todo me parecía más triste. Las luces de las lámparas, el brillo de las cornucopias, el rostro de las imágenes. Hasta me pareció ver lágrimas de pena en las amorosas pupilas de aquella Virgen adorada del pueblo granadino.

Me conmoví hondamente; incliné los ojos, sentíame avergonzado y culpable; no tuve atrevimiento para levantarlos otra vez hacia aquellos, purísimos, de la buena Virgen. Lloré en aquel instante, lloré, y no pude decir de lo que mis lágrimas fueron; sólo sé que al decidirme, al levantar al fin los pecadores ojos para ver á la Virgen, en súplica de una mirada de piedad, no la pude ver, porque había delante una persona que me lo estorbaba. Venía hacia mí. Buscando yo los ojos de la Virgen, encontré los de *ella*.

Digitized by Google

Sí; era ella. Pasó junto á mí y vió mis lágrimas. Estoy seguro de ello, por la mirada de piedad que ví en sus divinos ojos. ¿Sería, ¡Dios grande! aquella misma mirada de piedad que yo invoqué á la Virgen?

La otra vez que la ví fué en el teatro. No sabía lo que hacer para endulzar un poco el amargor de mis incertidumbres. Hablé primero con un criado de la casa, queriendo pedirle algunos informes referentes á su señor. Fué muy fácil conseguirlo y tuve una gran pena. Hay cosas que hace uno, sin saber que se arrepentirá muy pronto de haberlas hecho. Eso me ocurrió en lo que toca á mi entrevista con el criado. Me arrepentí por dos razones: porque pude comprometerla, y por haber sabido que no merece tal compañero una mujer que es tan santa.

Se llama Andrés el marido; es mozo de gran presencia, atildado, elegante, ceremonioso, frío; eso último, no me sorprendió, cuando lo oí en boca del criado, que me parecía, por lo demás, con unos deseos muy grandes de que yo le tomara por persona lista.

Digitized by Google

—Es muy orgulloso,—díjome quien así le vendió.—¿V. sabe? no hay en la casa quien dé un paso, que no sufra una reprimenda. Está de mal humor siempre, ¿V. sabe? y eso me figuro yo de lo que es, y hasta soy capaz de asegurarlo, sin que ningún nacido me lo diga; ¿usted sabe? es que sufre del estómago, y siempre anda con la bilis á pleito; esa maldita bilis que le revoluciona el humor; ¿V. sabe? y que no me diga á mí ningún nacido, tampoco, de lo que es ese padecimiento, porque yo me lo sé de memoria: de lo trasnochador y de lo calavera que es, y de las malas comidas, y del desordenado vivir. Francachelas ahora y francachelas luego; ¿V. sabe? Las da de bonachón, en ocasiones, y desprendido, pero ni Dios ni el diablo se lo agradecen, es la verdad. ¡Y aquí no es nada! ¿V. sabe? Aquí parece un mosquito atontado, sin que le quite el aburrimiento otra cosa que la ruleta ó el monte; ¿V. sabe? ¡Eso cuando está en Madrid ó en París! ¡Si se dicen unas cositas! No le cuento á V. los escándalos que dió ni los desafíos que tuvo, porque se acababa la noche sin haber yo acabado; ¿V. sabe? No lo

Digitized by Google

digo por nada, pero lo que es la señora, da pena que un ángel de Dios así haya caído por la banda de mi señor D. Andrés; porque V. verá; la señora...

Le hice callar, avergonzado, diciéndole que para nada quería yo tener noticias de su señora, puesto que informes solamente de D. Andrés deseaba. Retiréme de un modo brusco después de pagarle. Anduve por los callejones de Granada y entré luego en un teatro. Abrasábaseme el corazón en no sé qué dolorosos fuegos; unos fuegos que no podrían apagar todos los mares de la tierra, volcándoselos de una vez encima... Y aquí vengo ahora, mi amigo, á la expliçación de lo que antes dije, de que no tenía razones para conceptuarme desgraciado.

Soy feliz, pero, ¿por qué también la felicidad se queja? Ya sé que me ama, pero, ¿por qué sufro? ¿Qué presentimientos son los que hay en mi espíritu, que yo no sé explicar? ¿Cómo explicármelo, si soy dichoso? Es un contraste que no defino, que no sabría definir nadie.

Sabe, pues, que aquella noche á que me refiero la encontré en el teatro. No he de decirte

Digitized by Google

la alegría que sentí. Si es verdad que hay *crisis* en el espíritu de un hombre, que señalan una época solemne de su vida, esa crisis, ese momento de mi vida, fué aquél en que la ví tal noche. Estaba el teatro hermoso. ¡Cuánta animación, cuánta riqueza! Representábase un drama de adulterio. El público oía con religioso interés. Yo fijé mis ojos en ella, como mi corazón tiene á todas horas fija su imagen. La ví en su palco, no estaba su marido; había otra joven detrás, en quien pude conocer á su doncella, que parece más bien, ahora, su dama de compañía. No creas que es una pasión exagerada lo que me hace decírtelo; pero yo te juro que la mujer de mi amor es una hermosura espléndida, magnífica; una hermosura que arrebata, no con furores, no con desbordamientos, sino con todos los idealismos y todas las dulzuras del éxtasis cristiano. Hay en los ojos de esta mujer algo de las divinas ambrosías de la gloria; algo también de abismo; un abismo á donde nadie puede bajar, ni yo tampoco, en la triste confusión de mi alma ciega.

Tenía el cabello recogido sencillamente en un

Digitized by Google

peinado bajo, tan bajo, que las trenzas rozaban casi su nuca. Hacía contraste el cabello, de un castaño oscuro, con los finos encajes del cuello, de blancura de nieve; alzábase el seno mórbido en gallarda curva y se ocultaba allí, entre los tules finísimos, el marfil ligeramente sonrosado de su carne, como vaporosa red que guarda la boca de un abismo de nieve. Aunque no la creo enemiga de espectáculos, ni de todas las demás distracciones que el gran mundo puede ofrecer á una dama de fuste, va siempre vestida de negro. No hay collares que adornen su garganta de alabastro; no hay brazaletes que opriman sus redondas muñecas; sólo la rosa blanca, destácase sobre la obscura tela que aprisiona el busto gentil, aquella rosa, níveo penacho de humo sobre la negra superficie de un cráter. No se me escapó ninguno de sus movimientos, ninguna de las contracciones de su rostro, por leves que fueran. Observábala desde una galería superior; la elegante falda subíase un poco en ligeras arrugas; yo no sé, pero creí contemplar en aquellas arrugas una intencionada sonrisa, como incitán-

Digitized by Google

dome á contemplar sus piesecillos como dos flores. Hubo un instante de verdadera expectación en el teatro. Distraída, sin duda, arrancó ella, antes, la rosa de su pecho. Teníala en una mano, y parecía entonces aquella mano un diminuto vaso de nácar. Aspiraba con delicia el perfume y seguía lentamente las últimas escenas de la obra. Era un drama de adulterio, ya te lo dije. Púsose maquinalmente la flor en los labios para tener quizá las manos libres, y aplaudió luego. El público aplaudía también; toda esta salva de aplausos, siguió á una detonación. Fué que el esposo vendido disparó su revólver y atravesaba de un balazo el corazón de la adúltera.

El drama terminó; volvió ella á coger la rosa, que había rodado hasta su falda, deshojándose un poco; ¡todo esto lo pude yo observar de la manera que los enamorados saben hacerlo! Llevándose otra vez la flor á los labios, cogió el abrigo que la doncella le daba y se lo puso con su ayuda. Salí rápidamente y me detuve junto á su carruaje. Quería ver si el marido iba por ella. ¡Empeño vano! El marido no pareció.

Digitized by Google

Tomé yo otro coche y me dirigí al paseo. Discurrí por él durante más de media hora, sin ver luz en su habitación. ¿Qué sucedería? ¿Llegué yo antes? Imposible. ¿Estaría acostada ya? Imposible también. No hubiera tenido tiempo.

Con grandes inquietudes, seguí paseando; disponíame á marchar, y ví detenerse un carruaje frente á su casa. Era el suyo. Lo puedo asegurar, porque bajó ella con la otra joven. Entraron las dos mujeres, el coche se alejó y yo quedé sumido en grandes conjeturas. ¿Donde estuvo después del teatro?

Celos, unos terribles celos, torturaban mi corazón; sentíame con ansiedad profunda, y mis ojos, secos por la fiebre, hubiera yo querido mejor que fueran manantiales de lágrimas para mi alivio. Vagué sin concierto por los intrincados callejones; las lucecillas de los Ecce-homos, parecíanme tristes sonrisas de piedad que mi pena arrancaba á los ángeles; fatigado, doliente, sin fuerzas, entré en mi casa. Antes de abrir la puerta de mi cuarto, sentí una impresión que no me pude explicar. Fué un presentimiento de no sé qué inmensa dulzura, que experimen-

Digitized by Google

taría muy pronto. Mi corazón latió súbitamente; abrí apresurado; no me equivoqué. Esparcíase por la sala un perfume suave. Encendí luz, tenía la boca seca, temblaba todo mi cuerpo. Miré á un lado y á otro con ansiedad. Mis inquietas pupilas fijáronse en la mesa de noche; sobre un libro cerrado, había una rosa blanca. Tuve valor para examinarla detenidamente, hasta que me cercioré; era la suya; era la misma, estropeada, con algunas hojas menos, y con el tallo húmedo aun, y estropeado también, de haberlo tenido en la boca.

¡La flor era suya! ¿Cómo había llegado hasta allí? Me expliqué entonces en qué invirtió el tiempo, desde la salida del teatro. Me ama y me amará locamente, cuando de tal modo se arriesgó... Sin embargo, ¡esa mujer aplaude al marido que mata á la mujer adúltera!»

Digitized by Google

Digitized by Google

VII

Misterios.

Cuando concluyó Ernesto la lectura, miró á su mujer con inquietud; esperaba alguna explosión de su carácter arrebatado. Ella tenía los ojos llenos de lágrimas, enrojecido el rostro, y le miró también con fijeza; reinó un breve silencio, en que parecía oírse el latir de los dos corazones. Paquillo, el ángel de aquel hogar, perfumado con los aromas de un amor puro, gateaba por el suelo. Detúvose de pronto, ante aquel silencio solemne que le extrañó, y quedó mirando á sus padres, con los ojos azules, espantadillos, y una manita blanca y her-

Digitized by Google

mosa, como el cáliz mismo de una flor, suspensa en alto; no se oía en la calle ruido alguno tampoco. Ya sabrá quien conozca aquella población, la quietud de sepulcro que hay, algunas veces, hasta en sus calles de más importancia.

La explosión que Ernesto presentía, no tardó mucho, pero fué tan breve como seca. Fué una sola frase, dicha con toda la expresión del alma que se vigoriza por un sentimiento de seguridad.

—¡Eso es mentira!

Así dijo Teresa, extendiendo el brazo á la vez, como poniendo por testigo á un sér imaginario que de su mismo corazón salía, de aquella dura frase que pronunció.

—¿De modo, exclamó Ernesto, que nos engaña Alfonso? ¿Te parece así?

—Lo que me parece, ya lo he dicho. ¡Que es mentira todo eso!

Ernesto no insistió; su mujer parecía hablar con una convicción inspirada; con una seguridad y una fe que Dios mismo, solamente, hubiera podido darle. Revolvía perplejo la carta en sus manos y se confesaba vencido, en aquella acumulación de extrañas cosas. En lo inte-

Digitized by Google

rior de su pecho, confesábase, sin embargo, que tanta verdad parecía haber en todo lo que Alfonso contó en su escrito, como en la rotunda y firme protesta, en contra, de su mujer.

Fuése Teresa hacia el nene, que permanecía aún en el suelo, tendiéndole los bracillos, como en súplica de no sé qué deseo; le cogió, le tuvo al aire un momento, meciéndole en las manos sobre su misma cabeza; y alzando los ojos hacia él, como se alzan para mirar con los ojos del alma á los ángeles del cielo, le preguntó sin que las lágrimas hubieran dejado aún de rodar por sus mejillas:

—Dilo tú, dilo tú, nene mío. ¿Dónde está la mujer más hermosa de la tierra?

—A aata.

—¿Oyes tú lo que dice? Ha dicho Granada, por si tú no lo sabes. Vamos á ver, prosiguió Teresa, en un arranque apasionado de amor materno, mirando siempre al chiquillo. ¿Y quién es la mujer más pura y más buena del mundo?

—¡A ota!

—Ya lo estás oyendo, Carlota; y quien lo dice no miente. ¿No te parece á tí que Dios

Digitized by Google

pone esas palabras en boca de uno de sus angelillos para que nadie las dude?

Cogió Ernesto al niño en sus brazos, besando al mismo tiempo á su mujer y contestó muy conmovido:

—No, no parece que haya sido Dios, Teresa mía; ha sido la madre, que enseñó al niño desde que pudo hablar, el sentimiento de virtud de esa Carlota á quien no conozco, pero que debe ser una santa, sin duda, cuando mi hijo lo dice, sea por boca de su madre, ó sea por inspiración de Dios.

Ocurría esta escena en un gabinete bajo de las rejas de don Gómez, amueblado con sencillez, fresco y hermoso, como búcaro de flores. No sé qué cosa iba á decir Teresa, en contestación á las últimas palabras de su marido; no llegó á hablar, porque la interrumpió la presencia de una criada. Traía una carta en la mano, que entregó á Ernesto.

—¡De cartas está el día! dijo él. Con tal de que no sea también para disgustarnos, todo podrá sobrellevarse. ¿Quién la ha traído? preguntó en seguida á la criada.

Digitized by Google

— Trajéronla de parte del señor duque.

Al oír Teresa esto, se fué para su esposo, muy pálida, y exclamó, cogiéndole el niño de sus brazos:

—¡Por la Virgen Santísima, Ernesto! Mira lo que haces.

El sonrió con tristeza y se encogió de hombros.

—¿Qué he de hacer? dijo. Hay cosas que no tienen remedio, y esta es una. Yo deploro con toda mi alma que tú padezcas; pero eres una valiente y noble mujer; me inspiras la confianza de Dios, y sufres porque yo no tengo fuerza de voluntad para ocultarte lo que no debías saber.

—Yo no sufro por mí, hijo mío, sufro por tí; pero yo sé arrostrarlo todo. Sufro también y me ahoga la pena, pensando que te metes en un peligro, y pensando igualmente, Ernesto, que este pobre ángel de Dios que sonríe en mis brazos á nadie tiene en el mundo más que á nosotros. ¿Qué es lo que te dice ese hombre?

Alargó Ernesto la carta á Teresa, después que la hubo leído; la leyó la mujer, y su palidez se hizo cadavérica entonces.

Digitized by Google

—Ernesto de mi alma, exclamó sollozando, al devolvérsela, acuérdate de tu mujer y de tu hijo.

—Ya no hay remedio.

—¿Pero, es inevitable?

—Inevitable, ¡pobre Teresa mía!

—¡Cuánta sangre derramada, Ernesto! ¡Cuántos que morirán tal vez, siendo felices ahora como tú lo eres! ¡Teniendo hijos, ó teniendo madres que les adoren! ¡Teniendo mujer en quien cifren el amor y la felicidad de su vida!

El inclinó la cabeza, como si pensase con dolor en lo mismo que su mujer dijo: permaneció así algunos segundos; la levantó de pronto y vió Teresa arder la decisión y el entusiasmo en su mirada.

—¡Qué importa!—exclamó en un arranque supremo de dignidad y orgullo.—Si la sangre corre, será la sangre pura con que las libertades se cimentan: esa sangre será bautismo de gloria para los pobres huérfanos; será emblema de resignación y de virtud para las madres y las esposas, cuyos hijos y cuyos maridos sepulten el corazón bajo una bandera que será de luz; ¡bandera que flote para siempre!

Digitized by Google

Teresa abrazó á su marido; con noble exaltación, díjole entre sus lágrimas:

—Es verdad ¡vete! Yo quedaré con mi hijo cuando sea necesario, y con la Virgen que nos ampare.

Salió Ernesto á poco, y Teresa quedó sola con el chiquitín, muy triste, muy pensativa.

Hasta que estuvo Ernesto de vuelta no se calmó un poco la honda inquietud de su mujer: como si los dos temiesen abordar un asunto lleno de espinas, ninguno se atrevió á tocarlo y hablaron de otras cosas; pero fué al principio nada más; á los pocos segundos, lanzáronse insensiblemente, por ser lo mismo que torturaba la imaginación de los dos. Aquel triste asunto de los amores de Alfonso, y aquel, relacionado con la carta misteriosa del duque desconocido, fueron el tema de la conversación durante la tarde y la noche; al día siguiente, lo mismo. Teresa se levantó con la esperanza de tener noticias de Carlota, y las ansiadas noticias no llegaron; tampoco recibió Ernesto carta de su amigo; entre tanto, aquella extraña atmósfera que, como Alfonso expuso, parecía pesar sobre todos, fué

Digitized by Google

haciéndose más grande y espesa; la inquietud veíase en todos los semblantes; las causas se presentían, pero la generalidad no supo nunca darse la explicación de ellas; pasó una semana y no se habían tenido noticias de Alfonso ni de Carlota. Ernesto meditaba profundamente, y aparte de aquella coincidencia originalísima de que Alfonso se hubiera enamorado de una mujer, amiga del corazón y hermana entrañable de Teresa, devanábase los sentidos pensando en lo que ocurría para que Alfonso guardase aquel silencio de muerte.

Nada hay eterno, y aquella situación tampoco lo fué. Una tarde, allá, por los comienzos de septiembre, túvose carta de Alfonso, ¡de Alfonso! ¡de él no más! Hubo ocasiones en que pareció á Ernesto que Carlota no escribía de vergüenza, tal vez, de ponerse al habla, siquier fuese por escrito, con una mujer que ya no pertenecía á su círculo, porque era una mujer honrada. Alfonso escribió, y lo que en su carta dijo impresionó al matrimonio. Ernesto se arrepintió nuevamente de haber dado cuenta á su mujer de una triste aventura, en que no debía

Digitized by Google

mezclarse su pensamiento honrado. Lágrimas de dolor vertió Teresa, y algo así como indignación terrible y despecho, que no pudo reprimir, hizo palpitar con violencia el animoso corazón de Ernesto. Como tal vez te ande, lector mío, cosquilleando la curiosidad, voy á reproducir al punto el contenido de la carta de Alfonso; pero como yo no sé si el género epistolar es de tu gusto, por sí ó por no, con las cartas á la vista, te haré la relación, sin quitar punto ni coma, como yo mejor pueda y pidiéndole á Dios que no te disguste.

Empiezo, pues, diciéndote que aquella noche en que Alfonso encontró en su cuarto tan misteriosamente la rosa que constituía su ambición más dulce, fué de locura, casi, para el malaventurado mancebo; era éste impresionable cual ninguno, soñador, generoso, amigo de empresas nobles, y su espíritu, visionario á las veces, hacíale abultar mucho las cosas. No durmió, no vivió, puede decirse, durante toda la noche. Conviene en este punto que sepáis algo de Alfonso de San Juan. Era oriundo de una ilustre familia de castellanos viejos; no te-

Digitized by Google

nía padres; á cargo de un tío quedó desde la infancia: un tío millonario, noble, de gran talento en la banca, á pesar de su sangre ilustre, aunque digan cuatro serviles que está lo uno reñido con lo otro. Era Alfonso heredero de este tío, un hombre solo en el mundo, sin más amor que el de su sobrino, y sabíase en *todo Madrid* que, uniéndose con lo que ya Alfonso poseía, aquella fortuna era colosal.

No fué esto causa de que el muchacho se engriese; pasó la juventud estudiando sin acordarse para maldita la cosa de lo repleto que sus arcones estaban; estudió, sí, como si de los productos de su carrera tuviese que comer y dar de comer á familia numerosa; figuraos lo que el tío gozó con esto, él, que era hombre positivista como ninguno, mal que pesara á aquella sangre hidalga que corría por sus venas.

Queriendo darle gusto el tío, y dándoselo él también á sí propio, permitió á Alfonso viajar, después que hubo éste concluido brillantemente su carrera de ingeniero: tenía entonces veinticuatro años. Salió, pues, de Madrid y dejó en suspenso, con indiferencia, sus infinitas relacio-

Digitized by Google

nes, á las que no había consagrado, ciertamente, ninguna parte de su corazón: un solo amigo tenía desde que empezó á estudiar, y era Ernesto. Pero Ernesto se consagró al trabajo desde que tuvo terminados sus estudios, allá, en Córdoba, luego de haber contraído matrimonio con la nunca bien alabada Teresa. Viajó Alfonso; visitó las más importantes poblaciones de Europa; como complemento de aquella gran satisfacción suya de los viajes quiso pasar algunos meses en Andalucía y consagró su primer pensamiento á Granada. Llegó, pues, á esta población después de dos años de continuas impresiones en países lejanos, y de permanecer en Madrid junto á su tío algunas semanas. Vivió en fonda, hasta que conoció un poco la ciudad. Entonces alquiló un piso en la Carrera del Darro, allá, próximo al Salón de los Tristes; gustábale aquel sitio más que ningún otro; desde sus balcones contemplaba aquel bello salón, poblado de árboles melancólicos; enfrente tenía las accidentaciones del cerro de la Alhambra, con sus verdes nopales, con sus casitas blancas y microscópicas y los altos

Digitized by Google

álamos, que ocultaban á veces los torreones, como sombras levantándose ante ellos para disimular su vejez á las miradas indiscretas.

Generalmente, dedicábase Alfonso á hacer excursiones no sólo á la Alhambra, sino á los demás lugares bellísimos que en el país existen, y á los pueblos de los alrededores; casi todos los forasteros que visitan este país se contentan con el recreo de la Alhambra ó del Generalife y se van tan satisfechos; no saben que han visto lo peor que Granada tiene. El Generalife... la Alhambra y otros sitios de allá, obra humana son al fin, pero la obra verdadera de Dios es la que debe admirarse en aquella región bendita, cuya hermosura más grande está en la misma naturaleza. Alfonso no comía nunca en un mismo punto; aquí ó allá, según su capricho ó donde las circunstancias lo exigiesen. Su casa tenía portero, portera mejor dicho, una viejecita viuda con dos hijas, una, á la que Alfonso no conoció por estar sirviendo fuera de casa, y otra de dieciséis años, sonriente, fresca y limpia como los mismos soles. Esta muchacha vivía con su madre y cuidaba á

Digitized by Google

Alfonso el piso. Así estuvo Alfonso algún tiempo; aislándose del mundo, completamente, para vivir en el placer suave de la contemplación, que es un modo de vivir como otro cualquiera, siempre que no dure mucho. Por aquel tiempo conoció á Carlota una tarde, cuando ya el sol iba declinando; la conoció en la puerta de las Granadas, de la Alhambra, allí, junto á la misma cruz del Artillero. Carlota subía á pie por la cuesta de los Gomeres; se detuvo un instante para esperar á su doncella, que se retrasó un poco. ¡Entonces, entonces la conoció!

Enfermó la portera, de dolores; Ramona,—porque se llamaba así su hija,—tuvo por esto otros quehaceres y Alfonso necesitó un criado; se arregló con un zangón, grandísimo, que le sirvió de cicerone muchas veces; tenía gorda la cabeza, los carrillos mofletudos; llamábase el tal, *Pequillas*, y no se le conoció nunca nombre alguno aparte de aquél que debió, sin duda, al gran estrellado de pecas con que exornaba su carota de buey; además de todo lo que dije, era pelinegro, cejijunto, bizco, de estrechísima frente, muy cargado de espalda...

Digitized by Google

en fin, que no había por donde el demonio le cogiera. Con todo eso diréis que era un bruto; pero yo digo, en honor de la verdad, que no lo era tanto como á primera vista parecía.

Una cualidad buena encontrábale Alfonso; la de conocer á Granada y sus alrededores palmo á palmo, y la de saber todas las historias y tradiciones, más ó menos disfrazadas, que del histórico pueblo granadino se inventaron ú ocurrieron, desde que allí puso los pies el primer rey árabe.

Habíase Alfonso distraído muchas veces con los discursos de Pequillas; pronunciaba de una manera atroz, porque era andaluz de los cerrados; con la habilidad horrorosa también, de desfigurar todas las palabras de que hacía uso, generalmente, acortándolas ó alargándolas, y hasta dándolas esquinazo por entero, si se ofrecía, y colocando otras en su lugar; porque Pequillas no se apuró nunca por nada.

Como le había acompañado frecuentemente en sus excursiones, le habló para que se quedase de una vez á su servicio; el gran hombre vió el cielo abierto; cuando le preguntó

Digitized by Google

el joven dijo que sí, que sabía hacer de todo. Luego tuvo ocasión el de San Juan de comprender que lo único en que estaba ducho Pequillas el insigne, era en echar ojos de carnero degollado á Ramona, y en entrar en pláticas con la susodicha más que á menudo, para lo feote que siempre fué, y la gloria que representaba el palmito saleroso, en agraz, de Ramoncilla la portera.

Digitized by Google

Digitized by Google

VIII

Indagaciones.

A la mañana siguiente de haber encontrado Alfonso la flor sobre la mesita sometió á su criado á un detenido interrogatorio. No lo hizo aquella misma noche porque Pequillas se durmió como un tronco por lo tarde que era, y, á no llevar un llavín, se hubiese tenido que quedar en la calle, de seguro.

Se levantó con el alba é hizo levantar á Pequillas. Apareció ante el *cabayero*, restregándose los ojos con los puños, y con los pelos caídos por la frente, como un borracho. Quedó Alfonso mirándole con fijeza.

Digitized by Google

—Oye—díjole—voy á salir, y tú no vienes conmigo: mira lo que haces, que te vas á ver en una muy gorda como yo llegue á desconfiar.

—Po ¿y qué jice yo ¡probetico de mi arma! pa que osté ma regüelva ahora la bili, co nesa noticia?

—Nada, no has hecho nada; pero me parece que estás aficionándote á Ramona más de lo regular; eso hace que olvides tu deber en mi casa, aunque tu deber sea tan sencillo.

—Ahora sí que me acaba de partí un rayo co nese dicho del cabayero, y ya no tengo yo honra ni digniá, dende que man dicho á mí eso, como no me vaya daquí pa siempre; sólo que no me iré, porque así, como quien no quié la cosa, le tomao yo güen queré al cabayero.

—En resumidas cuentas,—prosiguió Alfonso duramente;—yo empiezo á tener desconfianza de tí, y nadie me la quitará.

—¿Desconfianza de mí?—gritó Pequillas tirando furioso su sombrerote contra el suelo.—Po sepasté, que yo soy de Graná, á mucha honra, nacío en la misma Carrera del Darro,

Digitized by Google

con vergüenza, de pare y mare... y en fin, que yo soy de Graná.

—Pues por eso, porque eres de Granada; oí muchas veces una sentencia que no me gustó nunca; ya la sabes también: *¡Granadino, ladrón fino!*

—¡Por vía é la Pastora!—prorrumpió Pequillas, encendido de rabia el rostro, hasta el punto de desaparecer, por un instante, todo aquel horrible sembrado de pecas.—Jasta aquí llegó Cristo; ni él pasó de la cru ni yo paso tampoco po lo que er cabayero ha dicho; lo que hay en Graná é mucha vergüenza y puntillo de honra en tós lao y jasta en er suelo que se pisa; y toa esa honra, pá costé lo sepa, tó ese puntillo y toa esa vergüenza, la tengo yo solo, metiíta aquí en mi sangre, y es lo que yo digo; que no me voy de junto al cabayero porque ya le tomé queré.

—Pero es que tú no me convencerás de esa manera, sino probándome la verdad de lo que dices; probándome que me puedo fiar de tí.

—¿Y que haré yo, marecita mía?

Digitized by Google

—Teniendo tú la llave en el bolsillo y estando yo fuera, entró anoche una persona en mi cuarto. ¿Quién fué esa persona? ¿Cómo entró? ¿Por qué no la viste entrar?

—¡Pero si esa son comersaciones!—Habló Pequillas tan exasperadamente y con tal expresión de sinceridad, que casi estuvo para convencer á Alfonso, de que fué extraño al asunto.

—¡De manera,—exclamó severamente,—que yo he mentido! ¡De manera que me lo aseguras así!

—Yo no digo que el cabayero no diga verdá; lo que digo é que arriba no subió naide, y que naide entró en el cuarto tampoco; y si entró yo no lo vide porque estaría en la calle... y manque hubiera estao aquí mesmo, como sería un duende no lo vide, porque se entró de juro po el cañón de la chimenea ó po argún ujerito.

Se convenció Alfonso de que por parte de su criado nada adelantaría; habíase convencido también de que era verdad todo lo que dijo; bajó entonces á proseguir el interrogatorio en la persona de la portera, que diría un curial, y en la de su hija. No supieron qué contestarle;

Digitized by Google

quedáronse confusas y juraron solemnemente que nadie subió al cuarto, y nadie preguntó tampoco por el señor.

Era para impacientarse; ante aquello, nada podía hacerse. ¿Estaría Ramona en el complot? ¿sería cómplice tal vez de Carlota? Seguro hallábase de no obtener dato alguno de la vieja, por no haberse metido en tal negocio; hacía ya algún tiempo que no abandonaba la cama, presa de profundos dolores, que la baldarían, sin duda, caso de que no la matasen; pero como no estuviese seguro aun, porque la explicación de lo que sucedió no la había tenido, insistió seriamente y preguntó de pronto:

—¿No estuvo aquí anoche una señora?

—¡Cómo una señora! exclamó la mujer extrañándose.

—Sí, una señora; ya tarde, de doce á doce y media de la noche.

Alfonso dijo esto y se avergonzó en la creencia de que vendía á Carlota con sus preguntas; pero la vieja no le dió lugar á que reflexionase sobre aquel punto; lanzó una exclamación y dijo interrumpiéndole:

Digitized by Google

—¡Vaya! ¡Pues sí que estuvo aquí una señora! y ¿qué tiene que ver con lo de usted?

—¿Qué mujer fué esa? preguntó Alfonso anhelante.

—¡Vaya! ¡Pues la señorita Carlota! Y á bien que no la queremos nosotros; en su casa me crié yo y nacer la ví. ¡Qué ángel más bueno! ¡en mis brazos la tuve tantas veces! ¡como que á mis pechos está criada la pobrecita! Se enteró de que yo estoy malucha y aquí vino en la hora misma á consolarme, con ese corazoncito bueno que tiene y con su bolsa que no es tan buena como su corazón, pero que es muy buena.

Alfonso no preguntó más; ya sabía que fué Carlota; insistir sobre aquello hubiera sido descubrirla; él tendría la explicación, indudablemente, cuando con Carlota hablase, porque hablaría tarde ó temprano. Pero, ¿por qué no volvió á recibir noticia alguna de ella? ¿qué pasó? La contestación á su carta puede decirse que fué la rosa. Y acaso una flor ¿no ha sido siempre mensajera de amores? Aquello ¿no fué decir que era amado también lo mismo que él

Digitized by Google

amaba?... Y seguía, seguía en aquellas reflexiones siempre, y ambicionaba ver á Carlota, después que ésta le hizo dueño de la flor de un modo que tanto se avenía con el fantasear de su espíritu impresionable y romántico. La vió al fin; la vió una noche en el paseo; iba con su doncella; á la escasa luz de un farol inmediato pudo contemplar Alfonso su hermosa cara, cuya palidez parecióle más grande que nunca. ¡Qué noble estatua de la belleza! Encontró Alfonso muchas mujeres hermosas en su camino, espirituales, buenas, pero ninguna supo hacerse amar de su corazón como amaba entonces; creyó al principio que fuera todo cuestión de un día, ¡ay no, fué la eternidad!

Cuando pasó junto á ella, sintió paralizársele la sangre; no sé cómo no se detuvo allí mismo como la sangre se le detuvo en las venas: no sé cómo ocurrió el milagro de que no se detuviese ante Carlota y no le dirigiera la palabra. Hasta entonces no había sentido nunca Alfonso el influjo suave de las pupilas de aquella mujer; hasta entonces no le miró ella de aquel modo profundo, ni aun cuando pare-

Digitized by Google

ció apiadarse de sus lágrimas en la iglesia de las Angustias. Todas estas ideas pasaron por su imaginación cuando Carlota se alejaba; la vió cruzar ante él magnífica, serena.

—¡Oh, Dios mío! pensó Alfonso, esta mujer siempre será pura, aunque la desdicha de no habernos conocido antes la pueda emponzoñar.

Se alejó Carlota, y entonces fué cuando Alfonso se detuvo; la vió alejarse y su silueta se recortó en las penumbras del ancho paseo, tranquila y majestuosa como el pensamiento de las buenas hadas; paseó durante la noche hasta muy tarde; un aire frío azotaba las ramas de los álamos, dando á sus hojas susurros que parecían de queja; el aire aumentó; el suave murmurar del viento se convirtió en silbido; levantábanse espesas nubes de polvo que hacían girar en su centro las hojas caídas.

A las once de la noche, un individuo se presentó á su vista de pronto; pasó por su lado y no pudo Alfonso reconocerle; parecía de buen porte, y á no dudar, se preocupaba muy poco de que le vieran; cruzó y volvió á cruzar como Alfonso lo hacía, y empezó á molestar al joven

Digitized by Google

un extraño presentimiento; procuró desentenderse de él, y encaminó sus pasos con dirección á la salida; subió luego, guareciéndose de las miradas del otro, en las espesas sombras de los árboles, y observó, como pudo desde allí, los movimientos del desconocido. Pudo ver entonces que paseaba descaradamente delante del viejo caserón de Carlota. Sintió Alfonso arder la sangre en sus venas, pero se dominó y continuó observando: el desconocido dejó de pasear, dió la vuelta á la casa, volvió después, comenzó de nuevo sus paseos, y, trascurrido un cuarto de hora, contempló Alfonso, presa de no sabía qué profundos horrores, una figura de mujer que se dibujaba tras los cristales del balcón de Carlota.

Se retiró la mujer, volviendo á poco con una luz en la mano; la levantó sobre su cabeza como si hiciese una señal al desconocido. Fuése después, quedó á oscuras la sala, y el hombre se alejó, volviendo la cabeza de vez en cuando hacia el balcón del cuarto de Carlota. Esto no lo vió Alfonso, pero se lo comunico á quien lea para que esté más enterado.

Digitized by Google

Perplejo quedó el mozo y con las agonías en el alma que supondréis: mantúvose allí como si todo se le volviese en redor muro de granito, que le impidiera avanzar; tendía la mirada maquinalmente, ora al balcón del amado ídolo, ora al punto por donde se perdió aquel hombre que se había presentado de pronto en el paseo, para condenación suya, porque se interpuso como un velo negro entre Carlota y él.

En esto hallábase, y sintió leve crugido, así, como de una puerta al girar; ¿qué era aquello? Si no se equivocó, la puerta que se abría era la de la casa de Carlota.

Temblaba Alfonso; creyó que era de frío: efectivamente, un frío que iba helando su sangre; un frío que le ponía en los ojos y en los labios ardores de calentura; un frío que parecía quemarle y herirle las retinas, como se queman y se hieren, mirando con fijeza un instante la pavorosa y fría soledad de un desierto de nieve.

¡Qué extraño era todo aquello! ¡Cómo seguía temblando Alfonso! Por la puerta que se entreabría salió una mujer; hubiera dado Alfonso su

Digitized by Google

alma por conocerla. Tuvo intenciones de pararla, pero se arrepintió muy pronto; y pensó que no conseguiría descubrir lo que aquello fuese. Avanzaba ella con rapidez; atravesó el paseo, dirigiéndose hacia el río. Alfonso la siguió recatadamente.

El aire habíase convertido en huracán; hízose la noche muy obscura, obscura como el abismo del cerebro de Alfonso. ¿Dónde iría aquella mujer á tal hora? ¿Qué misterio era el del hombre que se presentó en el paseo? ¿Y el de la señal hecha con la luz á través de los cristales del balcón de Carlota? ¿Y el de la salida de aquella mujer á continuación? ¿Y el otro más grande aun, que recordaba entonces, por lo que estaba presenciando, de encontrar la rosa blanca sobre la mesita de noche de su gabinete?

Detrás de la mujer iba Alfonso, y en medio de sus hondas torturas y su inquietud, por lo que sucedía, hizo en su imaginación historia de todo, como ya la hubo de hacer muchas veces desde la noche aquella... Y seguía... y seguía detrás de la mujer. Un triste presentimiento decíale que sí, que estaba Carlota interesada en

Digitized by Google

aquello; esta idea ennegrecíale el corazón y llegó á cegarle. Tuvo por un momento otra: la de irse á la mujer y hacer que confesara; el lugar era solitario; la obscuridad densa, hasta el punto de tener Alfonso que ir muy próximo á la mujer para distinguirla.

Todas estas circunstancias no eran para quitarle, á la verdad, el mal pensamiento que le acometió; ella apretó el paso, y Alfonso hizo lo mismo; comprendió la mujer, al fin, la persecución de que era objeto; interesadísima sin duda en que no descubriese el hombre el sitio á donde iba, se detuvo de repente; lo notó Alfonso, y su sorpresa fué extraordinaria; tomó aquello como una provocación que le hacía para que se le aproximase; titubeó un poco; decidiéndose al fin, se dirigió á ella; la halló cruzada de brazos; distinguíala confusamente en la obscuridad, y hubo un instante en que temió los relámpagos que ardían en los ojos de la mujer, como si chispeasen de cólera. En la sombra parecíanle aquellos ojos la mirada de una fiera; eran dos rayos que se clavaban en su corazón, traspasándole.

Digitized by Google

—¿Qué desea usted de mí, caballero?—Hablaba temblorosamente, por la impresión de cólera, sin duda, que tenía.

—¿Quién eres? la preguntó.

—No lo ocultaré, dijo ella, soy la criada á quien usted ya conoce.

—¿Y á dónde vas?

—No lo puedo decir; eso lo primero...

—¿Y lo segundo?

—Lo segundo, que no reconozco en usted derecho á interrogarme de esa manera.

—Yo quiero que me contestes, exclamó Alfonso desesperado.

¿Tuvo miedo quizá la criada? No puedo decirlo, pero repuso blandamente:

—Yo no hago más que cumplir las órdenes de mi señora.

—¡Ah! murmuró Alfonso, jadeante. ¿Y qué órdenes son esas?

Hubo un breve espacio de silencio; lo rompió Carmen, para decir:

—Voy á llevar una carta.

Creyó Alfonso que la obscuridad se hacía más grande en aquel punto; medrosas nubes envol-

Digitized by Google

viéronle el espíritu; latíale el corazón con fuerza, y fué ronco su alentar.

—¿Para quién es esa carta? preguntó temblando.

—Para usted, contestó Carmen tranquilamente.

Alfonso no supo lo que le pasaba al oír aquello; ¿era burla ó era verdad? Entre las nubes aquellas de su alma surgió un rayo de poderosa luz, para morir de repente, dejándole más ciego.

—Y si es para mí, preguntó receloso: ¿por qué huir y no dármela desde el principio?

Pareció ella algo confusa, y contestó después apresuradamente:

—Porque no sabía que estuviera usted en el paseo.

—¿En dónde iba á estar entonces? Aquí, á la orilla del río, esperando que saliesen las ninfas para rodearme, ¿no te parece?—Dijo esto Alfonso sarcástica y desgarradoramente.

—No, dijo la criada al momento, como queriéndole consolar. ¡Oh, Dios mío! añadió después muy conmovida. Es usted implacable.

Digitized by Google

¿Querrá usted, para su tranquilidad, que yo se lo cuente todo? ¿Y usted no ha pensado que puede costarme mucho rubor?...

El rayo de luz inundó otra vez el alma de Alfonso. ¡Conque el hombre que antes estuvo en el paseo iba por Carmen! El pensamiento que ya se le ocurría después de lo anterior pareció adivinarlo ella, porque dijo en tono triste de súplica:

—Por la Virgen divina le ruego que nada cuente á mi señora, si habláis alguna vez. Yo le juro que si he salido fué por la carta de usted solamente; hoy, Dios bendito lo sabe, no tengo ninguna falta que llorar; puedo decirle, señor, que salí con la idea de encontrarle en el paseo; estaba usted sin duda oculto en la sombra, y yo no le ví; noté después que me seguía un hombre y no hice caso, queriendo asegurarme de si era usted efectivamente.

—Pero, ¿y el otro hombre? preguntó Alfonso, con intención que Carmen entrevió al momento.

—No puedo decir más. Con lágrimas en los ojos suplico á usted que me deje; baste lo

Digitized by Google

que ya dije; tristes historias hay en el mundo que no pueden revelarse, aunque una no se sonroje de ellas.

No se convenció Alfonso, pero pudo entrever ciertamente una historia de amor en aquellas palabras de Carmen; el acento suyo era de sinceridad, aunque parecía destemplado por la emoción tal vez y porque las lágrimas lo entrecortaron á menudo.

Respetó, pues, el secreto de aquella historia, aunque no tuviese la explicación de ella, yéndose seguido á lo principal, á lo culminante, al rayo de luz aquel, poderoso y bendito, que iluminaba ya su alma de lleno, sin velo ninguno, fijo, dulce, con todo el esplendor que él había soñado.

—Dame esa carta, exclamó.

Se la entregó Carmen inmediatamente, sacándosela del seno.

Tibia estaba aún de aquel dulce calor de donde había salido, cuando Alfonso, separándose un poco, la besó en la obscuridad con profundo trasporte.

—Adiós, señor, díjole Carmen tristemente.

Digitized by Google

Volvió él presuroso y le dió su mano, conmovido. Le preguntó á la par:

—Puedo ayudarte de algún modo? ¿Puedo yo contribuir á que seas dichosa? Dímelo. Tú me pareces buena; la confianza que tiene en tí tu señora me induce á creer que todo lo que yo haga por tí sería merecido.

—¡Quién sabe! contestó ella en aquel tono extraño que pareció á Alfonso muy rudo alguna vez. ¡Quién sabe si un día podrá hacer algo por mí! Caso de que llegue, yo le recordaré á usted esta noche para que me ayude el recuerdo á que usted conceda lo que yo le pida.

Alfonso no contestó; estaba impaciente por enterarse de lo que Carlota le decía. Se fué Carmen, perdiéndose en la obscuridad á poco, y él avanzó rápidamente por otro sitio hasta encontrarse junto á un solitario reverbero que á la entrada del Salón había; allí se detuvo; allí abrió la carta estremecido é impregnándose de un dulce aroma de misterios que el papel exhaló como blanda caricia de algún aliento invisible.

Digitized by Google

Digitized by Google

IX

Complicaciones.

«El verdadero amor se resigna; me confié á la generosidad de un hombre honrado, por creer que me ama noblemente; una imprudencia me podría perder y está V. cometiendo muchas. Escribo á V. para advertírselo. Sabrá V. de mí cuando sea necesario.

CARLOTA.»

¡Era ella! ¡Había escrito ella! Viéndolo estaba Alfonso y no lo creía; con la carta en la mano y leyéndola una y otra vez parecíale imposible aun. No estando convencido buscó la

Digitized by Google

dirección, no se fijó, antes de abrirla, en si tenía ó no su nombre: ¡sí, estaba allí! ¡Era para él; no en el sobre solamente, sino en el papel, en el pliego, en la misma carta! ¿Cómo no pudo verlo antes? ¡La ansiedad! La ansiedad, sin duda, de saber lo que Carlota le decía. No supo darse cuenta del tiempo que pasó allí; no tuvo vida en aquel tiempo para nada, ni para su mismo amor tampoco. Quería pensar en lo que Carlota le escribió, y sentía una vaguedad extraña, cuya comparación sólo podía hacerse con el mareo, antes que nos coja del todo; tenía la imaginación llena de bellísimas figuras, de visiones dulces de amor, que parecían levantarse lentamente de allá, del fondo del río, hendiendo la niebla para llegar hasta él; Granada se le presentó en aquel punto, en el fondo del cerebro, como una ciudad fantástica de las leyendas orientales; los rumores del Genil iban tomando acordes misteriosos, que llegaban á su corazón de un modo vago, cautivándole é hiriéndole á la vez; el aire se calmó de pronto y aquel silencio sepulcral de otras veces hizo que las aguas del río zumbaran con más fuerza. Esto pareció

Digitized by Google

despertarle de aquel sueño feliz, cuyos pavores no se explicaba: pavores he dicho, sí, pavores, en medio de aquella alegría de su amor correspondido.

¡Oh corazón humano! ¡Cuán hondo eres y cuán fácil de estudiar, aunque digan algunos que el corazón es un misterio! ¿Acaso no podía comprenderse con poco trabajo cuál era la causa de aquellos pavores de la alegría de Alfonso? Alfonso era noble, como había pensado la mujer que le escribió. El amor que había concebido entristecíale desde el primer instante, no sólo porque no tuvo esperanza de que le correspondiesen, sino porque era un amor culpable. Diréis que nuestra época no se ocupa ya de idealidades del honor y de la virtud; pero no lo diréis vosotros los que tenéis una religión, los que tenéis un hogar y una familia. Alfonso era creyente; tenía fe, que le dió su madre antes de morir, y pesaba sobre su alma como yugo cruento la tristeza de aquel amor que sintió.

Tal vez hubiese sido aquella impresión pasajera, á no oír Alfonso hablar en ninguna parte de Carlota. Pero no; tuvo la desdicha de que

Digitized by Google

Carlota no fuese una mujer vulgar; tuvo la desdicha de que Carlota fuese conocida de todo el mundo, y de que no la nombrase una persona ante él, que no trajera á cuento, por una ú otra razón, el nombre de la mujer amada. ¡El más valeroso hubiérase rendido! No había instante en que no le hablaran de ella y que no fuese poniéndola en las nubes, como una hija predilecta de Granada, por la que todos sentían adoración, los chicos y los grandes, los humildes y los excelsos: los unos, por su bondad, por sus limosnas, más ocultas cuanto más á tiempo, por sus palabras consoladoras, como caricia de Dios, por su piedad dulce y resignada para todo el que sufría; los otros, por su distinción, por su sencillez y por su talento, claro y cultivadísimo, unido todo con su modestia, fin y remate de la gran obra que Dios hubo realizado en aquella mujer. ¡El más valiente hubiérase rendido como Alfonso se rindió! ¿Comprendéis vosotros, por lo que ya dije, la seguridad con que Teresa abogaba por la virtud de su amiga? La conocía bien, pero el silencio continuado de Carlota empezó á extrañarla, si no le hizo dudar aún.

Digitized by Google

Las circunstancias que más arriba expuse, ayudaron verdaderamente á que la impresión agradable de Alfonso se convirtiera en amor alimentado por su alma soñadora; alimentado por aquella fantasía del mozo, puramente meridional, aunque él fuese castellano nativo, viejo, de la misma tierra de Burgos. ¡Para que se vengan á nosotros con historias de la influencia de los climas sobre el temperamento! En resumen: que Alfonso de San Juan estaba enamorado hondamente; que estaba dispuesto á dar la vida por aquel amor, y que gozaba lo infinito, dentro de aquella misma amargura de la imposibilidad de que Carlota le amase, por el sentimiento mismo de pureza y honor que esta imposibilidad revelaba en la mujer. El alma de Alfonso, en fin, sin dejar de sonreírse al ser amado por Carlota, nublábase también perdiendo algo su amor, súbitamente, de aquella espiritualidad divina en que se envolvió hasta entonces. Por todo esto, nació aquella amargura en el fondo de su misma alegría.

Antes de ir á su casa, paseó nuevamente por delante de la de Carlota; le había recomendado

Digitized by Google

la prudencia, es verdad; pero no se refirió tal vez á que frecuentase el paseo en altas horas de la noche; sin duda se refirió ella, al medio atrevido de que se valió para entregarle la carta.

Quedábase mirando al balcón, que se perdía casi en la sombra de la fachada; permaneció buen rato allí, inmóvil, en dulce contemplación extática, como los sacerdotes de los templos orientales; medio perdido en la sombra, no se distinguía el balcón, como otras noches, por la luz que se filtrase por la rendija de los postigos; á cada segundo, parecíale que aquel muro negro iba á iluminarse fantásticamente, por algún poder sobrenatural, apareciéndosele Carlota allí como una figura celeste, surgida del fondo de un abismo. Pero no pudo ser; no la vió. Tuvo que alejarse, sin realizar el sueño de que se le apareciese.

Aquella noche la pasó intranquilo; se levantó muy temprano; consumíase de impaciencia; paseó durante la mañana, y Pequillas se ocupó, en tanto, de una manera muy activa, en los quehaceres de bostezar recio y de paliquear de lo lindo con la sin par Ramona.

Digitized by Google

Cuando volvió Alfonso aquella tarde, le salió al encuentro el criado con una carta.

Se inmutó al principio, creyendo que fuera de la única persona que en Granada le podía escribir: como en nada tenía fijo el pensamiento que no fuese su acariciado ideal, todo antojábasele que tendría relación con él.

Abrió la carta temblando; su decepción fué grandísima, aunque la letra del sobrescrito le había llenado de alarmas y turbaciones: letra de mujer indudablemente, por lo microscópica y garrapatosilla.

Digo que sufrió un desengaño, porque si la carta era de mujer, en efecto, no la había escrito Carlota ciertamente, ni tenía que ver nada con ella; era una invitación para un baile que en la misma noche habría en un lindo *chalet* de las afueras de la población. La dueña del *chalet*, una tal marquesa de Aroles, viuda, fresca, guapa, rica, de gran historia, vivía siempre en Madrid, y hablábase de que su residencia de entonces en Granada, país en que nació, era forzosa.

La originalidad del baile consistía, principal-

Digitized by Google

mente, en que era de máscaras; se dijo en la población, durante las horas que le precedieron, que lo improvisado de la fiesta daría lugar á muchas extravagancias, en el vestir, de los que asistiesen. Era la viuda muy divertida é ingeniosa, y quiso de aquel modo dar á sus hermosos jardines y saloncitos del Carmen, nombre más apropiado tratándose de Granada, una animación que dejase recuerdos muy gratos; contaba, naturalmente, con muchas relaciones, y á una invitación de ella, fuese como fuese, todo el mundo acudiría.

Hubo sus comentarios, y quien afirmó que aquello de las máscaras era cosa intempestiva por demás en el mes de septiembre; otros criticaron á la viuda, por haberse querido dar el gusto de que crearan un carnaval para ella sola, con permiso del gobernador, se supone. Aparte de todo esto, no había exigencia alguna en la invitación: concedíase libertad amplia á quien quisiese ir desenmascarado.

Sonrió Alfonso al leer la invitación de la viuda, á quien conocía mucho de Madrid. Acordábase de sus extravagancias, y se encogió

Digitized by Google

de hombros, prometiéndose no asistir al baile.

Estaba contento y sentíase mal, sin que su alegría fuera suficiente para disipar de su alma no sé qué negrura que la iba llenando. Le amargó mucho aquello de que la carta que le dió Pequillas, con gran ceremonia y muchísimas inclinaciones, fuese de la viuda y no de Carlota Miranda.

Digitized by Google

Digitized by Google

X

Un idilio.

Dando vueltas á la carta en sus manos, permaneció Alfonso algunos instantes. Mirábale Pequillas atentamente, con sus enormes ojos asustadizos y sus pelos en desorden, que le caían por la frente como en la hora misma en que se levantó. En su boca contraída por expresión charranesca, lucían como nunca aquellos dientes blanquísimos, contrastando con el atezamiento de su cara, de pómulos agudos y hundidas sienes.

Con el sombrero en una mano, encorván-

Digitized by Google

dose un tanto para mirar á Alfonso por haber ido éste inclinando la cabeza, y caídos los brazos á lo largo del cuerpo, permaneció también Pequillas.

Como no diera cuenta Alfonso de su persona, se mostró el gran Pequillas impaciente por demás. Aquel mutismo de Alfonso le incomodó sin duda; tenía que ocuparse de otras cosas de más interés que aquella de quedar allí, extasiado en la contemplación del caballero; cosas importantes, como la de hablar alguna cosica con Ramona; empezó á escurrir el bulto con un mágico silencio, digno de admiración; echó atrás un pie, sin que el aire siquiera lo sintiese, para no sacar á Alfonso de su abstracción; echó atrás el otro pie luego, retirándose así un paso del embebido mozo; quedó inmóvil entonces y mirando fijamente la cara de su señor, para expiar así el instante en que advirtiera aquél que se alejaba.

De este modo fué marchando hacia la puerta, con silencio extrañísimo para quien hubiese recordado los grandes zapatones de sus pies, y el ruido que armó siempre su descomunal per-

Digitized by Google

sona para moverse, tres cuartas que fueran, de un lado á otro.

Desapareció al fin como por encanto, sin que el de San Juan lo notara; pero quedábale lo mejor, en aquel punto: quedábanle las combinaciones que tenía que hacer á seguida para que Ramona notase lo que no había notado Alfonso; es decir, para que notase que él salía.

Echado el cuerpo sobre el barandal de la escalera, inspeccionó ávidamente con los ojillos saltones; cuando se convenció de que nadie le veía desde abajo, deslió rápidamente la faja de su cintura y la echó, poco á poco, hasta que un extremo de ella quedó delante del postiguito de la portería; el extremo de la faja veíalo Ramona solamente; desde el sitio por la enferma ocupado érale á ésta imposible verlo. De combinación tan ingeniosa valíase el hombre para avisar á Ramoncilla, sin que la madre se enterara, de que le tenía dispuesto á echar un rato.

Ciertamente, debo deciros, por lo que pueda convenir, que á la graciosa muchacha volvíasele todo mirar á lo alto, con unas agonías

Digitized by Google

muy grandes de ver asomar el extremo rojo de la tela, dando brinquitos, como los que le daba el corazón, frecuentemente, ante la gran persona del señor Pequillas.

Con el mismo disimulo que usó aquél para separarse de Alfonso, se levantó Ramona y avanzó muy quedo hasta la puerta; miró entonces á lo alto y se halló su sonrisa maliciosa con la sonrisa del otro, que parecía estarla esperando; aquellas dos sonrisas se unieron en una, fundiéndose como se fundirían al encontrarse dos rayos de sol.

Así estuvieron un instante; hacia él guiños, como indicándole que acabara de salir, y contestaba ella con gestos que ponían en su rostro movilidad encantadora; los cuales gestos decíanle claramente á Pequillas que no le era posible hacer lo que deseaba.

Guiñar y más guiñar por parte de Pequillas; gestos y más gestos por parte de Ramona; fué una pantomima de muy curioso ver; los guiños tuvieron más fuerza que nada; volvió Ramona el rostro hacia dentro, tímidamente, para asegurarse de que la enferma no la vería escapar,

Digitized by Google

y plantóse, con dos primorosos saltos, al pie mismo de la escalera.

Pequillas, entonces, tendió los brazos con alborozo; la otra sonrió deliciosamente.

—Sube, dijo él, muy quedo.

—Baja, contestó ella en el mismo tono.

—Yo, no; que van á verme dende arriba.

—Yo, no; que van á verme dende abajo.

—Un escaloncito, tú.

—Bueno; tú otro ahora.

—¡Sube!

—¡Baja!

Y con todo esto, no podéis figuraros las risas ahogadas de Ramona, y las contorsiones sin fin de Pequillas.

Mirando los dos, hacia arriba el uno, y la otra hacia abajo, salvaron otro escalón muy quedamente y empezó el mismo diálogo expresivo con la mirada, con el gesto y con el ademán. Fué otro escalón salvado por los dos, inclinó ella el cuerpo hacia Pequillas, lo inclinó él hacia Ramona, y de aquel modo pusiéronse al habla, modulando apenas las frases y con un dedo en los labios, recomendándose el silencio mutuamente.

Digitized by Google

—¿Está? preguntó Ramoncilla, aludiendo á Alfonso.

—Sí que está. ¿Y tu madre?

—En la cama.

—¡Vaya por Dió, mujé, cuándo se le quitará eso! ¡Y qué cara tié tú hoy, chiquilla! ¡Si me paece una monea é cinco duro, na má que con las luze que echa.

—A ve si te cayas y me deja en paz, feo.

—¡Vaya! osté perdone, salerosa. ¡Ay! qué jambrecica tengo de que la igresia mos dé patente paque mos podamo embarcá los do juntito en una fragata que yo merqué..., que tú no sabe.

—Ea, no seas tonto y dime si está ahí.

—¡Por vía é Dió! ¡Ni que estuviera tú sorda como una tapia! ¿No te dije ya que sí? ¡Olé por eso sojo que me traen achicharraíto!

—¡Ay, qué miedo! Si está, va asomarse de pronto y mos cojerá aquí con las mano en la masa.

—Mira, chavala, exclamó Pequillas gravemente, juntando las cejas hasta parecer que se le ponían una sobre otra; has de sabé tú, que

Digitized by Google

las manos no la tenemos puestas en la masa, ni en dinguna parte.

—¡Po mira éste, y las cosas que se le van! ¡Fué un desí, hombre!

—¡Distingo, Ramoncilla!

—Po yo no distingo na. ¡Apenita si sé yo que no hay en el mundo quien á mí me ponga la mano encima, ni me toque siquiera á una hilacha del vestío!

—¡Olé por las presonas prencipales y valientes!

—Yo no seré prencipá, pero lo que é á valiente, y á no dejá que nadie me urge, há tú la prueba por si acaso, Pequilla, na má que por vé.

—¿Y qué pasaría entonce, camelo mío?

—Que de la primera gorfetá, ¡de la primera! de una sola ¿lo entiendes? te echaba fuera lo sojo, y de gorda que sería roabas tú hoy la escalera, pero no pa bajo, sino pa arriba.

—¡Alabado sea er Santísimo, criatura!

—Por siempre, hermano,—contestó Ramoncilla guasonamente.

—Pero á to esto, añadió el truhán, yo no te ije una cosa.

Digitized by Google

—¿Y qué cosa era?

—Que te quiero como á la mesma Vigen del altá, Ramoncilla, y que me estoy muriendo por tí.

—Güeno, po así me gusta; oye, pero una cosa te digo también.

—¿Qué cosa?

—Po na, hijo, que no abaje otro escalón, mira que las gorfetás, aquellas de marra, se van á repartí. Oye, ¿pero está?

—¡Y dale bola! ¿No te he dicho que sí, mujé?

—Caray, po por eso pregunto tanto; porque no sé qué haseme y me da mucha vergüenza de que mos coja aquí otra ve.

—¡Ca! ahora no viene; se queó allí encantao en estauta, con la carta que yo le dí en la mano, como si fuea estauta tamié.

—¿Y dónde está? ¿oye? preguntó Ramoncilla, curiosamente.

—Po allí, en la sala, parao en mitá, con lo sojo mortecino y la soreja gacha, tristón y menancomónico.

—¡Qué bruto eres, Pequilla!—exclamó Ra-

Digitized by Google

mona al oír aquello, aguantando con toda su fuerza, para no reventar en risa desbordada.

—¡Hombre! ¿conque soy mu bruto? contestó Pequillas, encantado de lo que la muchacha le dijo. Po ha de sabé tú, que yo no me empercaté de ello jasta ahora, y no me habría empercatao, si tú no me lo dice.

—¡Vaya por Dió, chiquillo!

—¡Pa que tú vea!... ¡Como que siempre hay tiempo de daprendé!

—¡Oye, Pequilla!

—Oigo, Ramona.

—¿Y qué hace allí, solo?

—¡Po anda vé tú á averígualo ahora! Al probe un sudó se le va y otro se le viene; alguna cosa mala le corre por la sangre, de poco tiempo acá: de noche no duerme y yo lo sé porque lascucho de revolcase en la cama y de suspirá, asina, como yo suspiro por tí alguna vez.

—¡Animal! ¿Quieres que suspire el caballero lo mismo que tú?

—Fué un disí: yo digo que suspira como yo, polque la verdá, me paece, Ramoncilla, que

Digitized by Google

anda entrajinao con alguna damisela de po aquí que le arregolvió lo seso. ¡Probetillo!

—¿Y por qué es probetillo? vamo á ve ¡dímelo tú!

—Polque ya ve tú, Ramoncilla; si entró en el queré, y no lo quieren, ¡suponte!

—¡Cómo! ¿Tan guapo y tan rico... y no le querrán?

—¡Mardita sea, hombre! ¡Mala pécora me coma, que siempre la femenina ésta ma de meté la pata! ¡Por vía é Dió!... En paraje, que á un hombre no se quiée na má que por lo guapo y por lo rico.

—¡Po mira éste! ¿y que má va una á queré en un hombre?

—¡Que sea güeno, recontra!...

—¡Caray! mira quién habla. De moo y manera que eso ya se da por contao, porque é lo principá.

—¡Ah, ya... me pareció!

—¡Mira el tonto! ¿Y qué te pareció, vamo á vé! ¿Que yo dije cal hombre se debía queré solamente po el dinero y por la bella cara?...

—¡Eso creí, Dios padre!...

Digitized by Google

—Pero ve naca tú, probetón, ¡feísimo! De moo y manera, que, ¿pa qué te querría yo á tí entonce?

—¡Po ahora sí que me dejó parao! exclamó Pequillas pensativamente, poniéndose un dedo en la boca. Ramoncilla, algo te quiero desí, prosiguió de pronto.

—¿Y qué era ello?

—Na, que tú ere un poso de cencia.

—Conforme, así te quiero yo, porque tú ere un bruto.

—Estimando, prenda.

—No hay porqué, mosuelo. Sígueme contando lo de tu amo.

—Lo de mi amo... lo de mi amo... exclamó Pequillas, poniéndose otra vez un dedo en la boca.

—Sí, hombre, aquello de la estauta.

—Po verá, prosiguió Pequillas de pronto. El hombre de Dió está que se escalicha po una mujé; ella me paece á mí que le jace cara, pero la verdá, lo está mareando. Yo se to esto porque la verdá, me gusta enterarme de to, y al fin, que é lo que uno dice: que la tomao uno

Digitized by Google

queré al caballero. ¡Que me parta un rayo si no es verdá lo que te digo!

—¡Güeno, hombre, sigue! Si ya sé yo que tú á mí no me engaña.

—Yo me jacía un lío sin poeme enterá; pero cátate que una noche me lo encontré en la Carrera con una cara de Cristo azotao, que me dió, de verle na má, una esasón mu grande; yo no le vide en toitico el día, porque como no almuerza ni come aquí, ya ves; po verá tú, ¿qué voy yo y jago? Como tenía tanta gana de sabé lo que asina le obligaba, espérate que juí endetrá, endetrá y se metió po la Bomba y aluego po el Salón y empezó á pasearse por junta una casa, cuando ya era de noche, y se queó solo; allí sestuvo, no sabe tú el tiempo, un suspiro se le va y otro se le viene, que pareció que el corazón se le escapaba en ca uno, y arregüelve asina, y torna y arregüelve y torna á arregolvé y mira al balcón, y güelve á mirá y se para, y pone lo sojo en blanco, chiquilla, que tú no sabe; el probetillo, nunca saldrá de mal año, porque yo te digo á ti que estoy casi en la expositura de dónde ha ponío lo sojo.

Digitized by Google

—Oye, ¿y qué casa era esa?

—Po ni má ni meno que la de la señorita Carlota.

—¡Ay, Jesú de mi alma! ¿Qué é lo que me cuentas, Pequilla?

—Lo que te dije, ni ma ni meno.

Habíanse embebido en la conversación y no notaron que Alfonso salía; cerró al salir, y al golpe que dió la puerta lanzó Ramoncilla un grito y bajó precipitadamente, con gran ruido de enaguas y roja de vergüenza. Pequillas se quedó allí como clavado y Alfonso salió sin mirarle.

No quiso ya Ramona continuar el palique, y esto contrarió mucho á Pequillas, que se fué también, con un humor de los demonios. No había hecho más que salir, cuando se presentó Carmen, la doncella de Carlota, y entró en la portería. La novia del Pecas corrió al encuentro de Carmen y la abrazó fuertemente, con profunda alegría.

—¿Cómo está? preguntó Carmen aludiendo á la portera.

—Lo mismo.

Digitized by Google

—¡Vaya por Dios! la veré un momento y me voy, que tengo mucha prisa.

Estuvo algunos minutos junto al lecho de la portera, y salió después, seguida de Ramona.

—¿Está ahí el señor del principal? preguntó Carmen.

—No, salió hace poco.

—¿Ni el criado?

—Tampoco.

—Pues toma; dale esto cuando venga.

—¿Y qué me das aquí?

—¿No lo ves? una carta, contestó Carmen con voz temblorosa.

—¿De quién? de...

—Silencio, no pronuncies ese nombre.

—¡De modo que es verdá! exclamó Ramona con los ojos llenos de lágrimas.

Carmen se alejó muy conmovida, sin pronunciar una frase. ¡Había una persona más que lloraba el honor muerto de Carlota Miranda!

Digitized by Google

XI

Decepciones.

Era una noche fría, las estrellas brillaban con sorprendente diafanidad; el horizonte estaba despejadísimo, y á esto sin duda se debía el claro fulgor de aquellos dulces astros, que parecían sonreír á Alfonso como sonríe la esperanza.

Se dirigió al paseo del Salón; siempre le pasó lo mismo; parecíanle años los segundos, y queriendo ir al paseo tarde, cuando estuviese ya solo, iba al oscurecer, muy de prisa, como si se le hubiera pasado la hora. Fué y vino por

Digitized by Google

la ancha alameda, hasta que los pocos paseantes que allí había la abandonaron. A las diez, con escasa diferencia, se presentó un hombre que hizo latir el corazón de Alfonso por la seguridad que tuvo al instante de que era el desconocido á quien ya recordaréis.

En el mismo punto, otro hombre salió de casa de Carlota.

Fluctuó la idea de Alfonso; no sabía á qué atenerse; se preguntaba, con mucho desasosiego, cuál de los dos sería aquel á quien la noche antes sorprendió en el paseo. Aunque le dió Carmen á entender que el desconocido iba por ella, no cabía en sí de inquietud; la nube de su alma, de que ya os hablé, levantábase más triste que nunca. El pensamiento de que Carmen le hubiese podido engañar, diciéndole aquello para salvar á su ama, empezó á morderle y á envenenarle.

—¡No, no será él!

Eso decíase en su interior, desesperadamente. Como si tuviera un especial prurito en que su dolor aumentase, desechaba toda idea que le pudiera alentar, sin ocurrírsele que aquel

Digitized by Google

hombre podría, muy fácilmente, no tener relación alguna con lo que tanto le hería.

Así estaba, y vió salir una mujer á poco; detúvose la mujer un instante en el escalón, y echó á andar luego detrás del hombre, hasta alcanzarle á los pocos pasos. ¡Dios piadoso! A la indecisa luz, la conformación de aquella mujer, el talle, la estatura, pareciéronle de Carlota.

¿Sería ella?

¡Oh, pensamiento loco, cuán ciego caminas si la venda triste de los celos te cubre fuertemente sin que nadie pueda arrancarla!

No se acordó Alfonso ya del hombre que había entrado en el paseo, echó á andar también con sigilo para seguir á los dos personajes. Pero cambiando luego de idea, volvió precipitadamente, dirigiéndose á la casa.

¿Donde mejor podría enterarse de si era Carlota ó no, sería allí mismo; ¿qué adelantaba siguiéndola, como no la pudiese ver?

Llegó con tal pensamiento. Cerraban entonces la puerta; dolíale el corazón á Alfonso como si cada uno de los latidos fuera un dardo que le clavasen. Tuvo fortuna; con el portero, que ce-

Digitized by Google

rraba, vió al criado á quien ya conocía, aquel de los famosos ¿usté sabe?, que se le quedó mirando descaradamente.

—¿Está tu señora? preguntó Alfonso, poniéndole una moneda en la mano.

—Sí, contestó sin titubear.

—¿No te equivocas?

—No, replicó del mismo modo; no, ¿usté sabe?

—Sin embargo no estoy seguro, y querría saberlo con certeza.

—Ya le digo al señor que está.

—Cerciórate, podría haber salido sin que tú la vieses.

El criado se encogió de hombros y se metió dentro.

Alfonso esperó con ansiedad. ¡Siempre con aquella inquietud! ¡Siempre con aquella agonía del alma!

Volvió el criado á poco, y díjole muy sorprendido:

—Pues usté lo sabía mejor que yo.

—¡Cómo! ¿No está?

—Ha salido, ¿usté sabe?

Digitized by Google

—¿Cuándo?

—Ahora mismo.

—Pero, ¿con quién iba?

—No sé...

—¿Entró durante lo que va de noche alguna persona extraña?

—En eso, contestó el criado, podría yo apostar la cabeza á que no me equivoco.

—¿Pero qué dices, que entró ó que no entró?

—Que nó, ¿usté sabe?

—¿Tienes algo que decirme de tu señor?

—Nada: que se marchó á París anoche.

Alejóse Alfonso, sin pronunciar una palabra más; tan rápida fué su entrevista con el sirviente que pudo alcanzar á la mujer y al embozado, al doblar éstos hacia la Carrera. Ni el alivio quedó á Alfonso de que aquel hombre que la acompañaba fuese su marido.

¿Sería un amante? ¿Por dónde entró, si era así, que no le vieron los criados? ¿Tendría la casa alguna otra puerta que él no conocía? ¿Qué era aquello?

Seguíales Alfonso á muy corta distancia. Hubo un instante en que pasaron junto á un

Digitized by Google

farol; la luz iluminó rápidamente á la pareja, que volvió á quedar hundida en la sombra. ¡Ay! bastó á Alfonso este segundo, para fijarse, con profundo dolor, en aquella majestuosa gallardía de la mujer, en su silueta gentil, en la dulce conformación de aquel hermoso cuerpo. ¿Era ella?

Adelantó rápidamente, volvió la cara y la abrasó en una ola de fuego de sus ojos. Dejó de latir su corazón por un instante, sudor frío bañó sus sienes, y se detuvo, como para caer. La había reconocido entonces de verdad. Sí, ¡era ella!

Inclinó Carlota la vista como avergonzada, después que le hubo reconocido. Cambió algunas frases con el hombre, como queriendo detenerle; anduvieron más de prisa después y entraron á poco en la ciudad.

Pero Alfonso tuvo valor; sacó fuerzas de su misma agonía, y quiso llegar á lo último: avanzó también recatadamente y siguió á la pareja sin ser notado. Anduvieron así por muchas calles solitarias y obscuras que Alfonso desconocía, y se detuvieron ante un casuco sombrío:

Digitized by Google

llamó el hombre, se abrió la puerta á seguida y penetraron los dos asidos del brazo; cerróse la puerta después, con áspero crujir que ahogó el otro rumor más triste, de un gemido escapado del corazón de Alfonso.

¿Qué le sucedía, Dios santo?

Lágrimas ardientes quemábanle las mejillas. ¿Estaría equivocado? ¿Habría perdido la razón? ¿No había visto el rostro pálido y dulce como las flores de los invernaderos? ¿No sintió sobre sí aquella profunda mirada de misterios, que le pareció entonces confusa como por la sorpresa y el temor?

¿Era ella? Si era ella, ¿por qué quedaba él, inmóvil como la fría estatua de un sepulcro, sin avanzar á la puerta, sin hacer que abriesen, sin desahogar allí la furia dolorosa de su corazón engañado? Si no era ella, ¿por qué lloraba? ¿Por qué, de lo profundo de todo su sér, salía aquel callado grito de protesta y por qué se encadenaba él á sí propio á una terrible cruz imaginaria, de la que no le era posible desprenderse ni aun dejando en ella la desgarrada carne?

¡Era, sí! Vió su boca, vió sus ojos, vió su

Digitized by Google

frente, vió todas aquellas dulces y amadas facciones que tenía él grabadas en su pecho.

Se alejó de allí sin saber lo que hacía, avanzó lentamente, sin saber tampoco á dónde dirigió sus pasos: revelábase contra sí mismo por su cobarde ineptitud; sentía odio contra sí, como puede sentirse por el enemigo más perverso.

¿Cómo no tuvo valor para detenerles en mitad de la acera, donde el escándalo podría ser más grande, donde la vergüenza de la mujer se hubiera humillado con más desprecio, donde hubiera vertido la sangre del hombre feliz con quien era inicuamente vendido?

«Pero, ¿sería ella?» Y otra vez, á esta reflexión, quedábase confuso, desorientado; se conturbaba más su espíritu y la lucha recrudecíase, más honda y más soberbia, hiriéndole y haciéndole desfallecer.

Ya Alfonso no era un hombre, era un enfermo; su corazón de visionario, con dominio profundo de todas sus facultades, le hundía en unos mundos sin fin, poblados de sombras, donde surgían, como duro contraste, chispas de fuego, rápidas como la luz del rayo.

Digitized by Google

Hubo un punto en que creyó ahogarse; levantó la cabeza y respiró ansioso el aire frío de la noche... Se separó de repente del lugar donde se encontraba; el instinto de conservación habíale hecho retroceder para no verse atropellado por un carruaje. Los caballos iban al galope, haciendo levantar y hundir la caja sobre las finas ballestas, con los profundos baches del terreno. La luz de los faroles del carruaje pareció dar á Alfonso algo de la luz que tanto echaba de menos; se orientó del sitio donde estaba y quedó sorprendido; era la misma Carrera del Darro. El Darro medio seco, deslizábase con profundo plañir; enfrente, distinguíase con esfuerzo los balconcitos microscópicos adornados de macetas con claveles y rosas. A la derecha, el templo de Santa Ana, á cuyos pies deslizábase el río como demonio malo que muerde y carcome el pie de un altar.

Un nuevo carruaje pasó en aquel punto con la misma rapidez; Alfonso pudo observar, no obstante la precipitación con que se alejaban, las mujeres que iban dentro, riquísimas en el atavío, espléndidas, como un mar de gasas y

Digitized by Google

espuma, donde naufragaron tesoros de diamantes y de flores.

Comprendió lo que era aquello al ver que algunas damas de los coches, que seguían pasando, tenían el rostro cubierto por un antifaz. Se acordó entonces del baile de máscaras de su amiga la marquesa de Aroles.

Entró en su casa Alfonso, abrió un balcón y se asomó á él; allí prosiguió aspirando aquel aire frío que tan necesario le era; no quería volver á sus inquietudes; no queria pensar en nada. Los carruajes seguían pasando con estrépito de rodar, del choque de las herraduras en las piedras, del crujido de la fusta, y allá se perdían, por el Salón de los Tristes, y se perdía lentamente también el ruido, y se perdían las luces.

En aquel instante oyó Alfonso decir á su espalda:

—Cabayero...

Se encontró con Pequillas; Pequillas, con su sombrerote en la mano, sus pelos por la frente, su corpachón un poco encorvado, como para nivelarse con el de Alfonso, sus cejas juntas y sus ojos torcidos.

Digitized by Google

—¿Qué hay?—preguntó Alfonso.

—Una carta.

La tomó el joven apresuradamente.

—¿Quién la ha traído?

—Me la dao Ramoncilla, que la trajeron esta tarde á poquito der cabayero ise.

—¿Y por qué no la tomaste tú?

—Porque yo me fuí tamié.

Alfonso no escuchaba ya, su cara encendida por la fiebre adquirió en un segundo la palidez de un muerto.

La carta decía así:

«Esta noche en casa de la marquesa de Aroles.

C.»

Se apretó Alfonso la frente con las manos, como para que no le estallase. Pero, ¿qué era lo que le pasaba?

Permaneció así un instante; levantó luego la cabeza con resolución.

—No, es preciso que yo me imponga á todo esto, para que no me venza. Vamos pues.

Dijo al criado que buscase un coche, cambió

Digitized by Google

de traje mientras volvía, y traspuso poco después, por el Salón de los Tristes, hacia Valparaíso. ¡Se prometió Alfonso no ir al baile y estuvo en él de los primeros!

Por un minuto se olvidó de todo, al encontrarse en el chalet; jamás vió tanta maravilla; quedó en el umbral del salón, inmóvil y como petrificado; los personajes que entraban y salían hubiéranle creído una sombra de correctísimo frac y corbata blanca, que evocó el arte moderno para hacer parangón de lo que va de ayer á hoy, al notar las otras figuras de trajes vistosos, abigarrados y brillantes, representación viva del arte antiguo.

—¿Cómo en tan poco tiempo pudo la marquesa preparar lo que allí se admiraba? No era solamente esplendor, sino gusto refinado; un tufillo de antigüedad y clasicismo parecía emanar de todo aquello. Había un velario suspendido enfrente de la entrada principal del salón; sobre un fondo de oro, destacábase vigorosamente un grupo, el Arte que presenta al Carnaval; el velario, con orla púrpura, fileteada de verde, exornábase con adornos de oro tam-

Digitized by Google

bién. Formando así como un dosel á la puerta, había una escalinata, de gusto barroco, imitando mármol. Cubríase casi en su extremo superior de flores y yedras, que allí, como en todas partes, cumplían la misión que siempre cumplen las flores y las mujeres: la de recrear el alma y hacer que el pensamiento vaya á otros mundos sin fin. Dos cariátides había en el pórtico, figurando estas cariátides el *arlequín* y el *polichinela*. Remataban los dorados, barandales con dos genios esculpidos, que sostenían el escudo de los Aroles. En un lado y otro, bellos tapices con el programa del baile, y sosteniéndose por columnillas doradas, una marquesina con franjas azules, púrpura y oro. Cubríanse los testeros con ricos tapices, plantas y auténticas armaduras. Como guardián severo de las misteriosas interioridades del tocador, había un león hermosísimo y un tigre enfrente. Después, en todas partes, con desorden fantástico, propio de la imaginación calenturienta del artista, plantas á granel, tapices de gran mérito, armaduras adosadas á las columnas, jarrones finísimos del Japón y de la China, figu-

Digitized by Google

ras de bronce, brillantes candelabros, estatuas, ídolos indios, escudos, troqueles, estrambóticos abanicos, misteriosos pebeteros, brocados deslumbrantes, fantásticas telas de Oriente, y luces, muchas luces, algo de la luz sobrenatural de Dios, iluminando aquella grandiosa decoración, fondo de maravillas para aquellas otras figuras espléndidas de las mujeres de Granada, hermosísimas y más brillantes aun que las luces y el decorado.

Digitized by Google

XII

¡La conspiradora!

Atúrdese la imaginación recordando aquellas figuras fantasmagóricas; la suntuosidad, el gusto, el refinamiento, por donde quiera que se iba, en lo más minucioso, en lo más ínfimo, y al salir de allí, aquella noche fría y serena, hermosa y magnífica, como las estatuas de hielo que finge la tradición; aquellas estatuas de hielo cuya sangre no hierve, cuyos ojos no chispean, cuyo corazón no palpita, cuyo espíritu no va en espirales invisibles allá á los cielos, á entablar misteriosos diálogos con las estrellas y los ángeles, ¡Qué encanto! ¡Qué poesía tan vigorosa y espléndida! ¡Cómo se llenaba el cere-

Digitized by Google

bro de ideas extravagantes! ¡Cómo se llenaba el cerebro de las visiones mágicas del placer culto, de los refinamientos del amor, de ese desmayo quejumbroso del espíritu sutil, oyendo allá los torrentes de harmonía y el cuchicheo de las parejas; aquellas parejas, con diferentes trajes y diferentes gustos, evocando otras épocas y otros caracteres! ¡Cuántas historias se incrustan á la par en el alma, mientras la luz de aquellas figuras hiere nuestras retinas!... Y más lejos, entre los arbustos, entre las pitas y los bambúes, entre los cedros y las palmeras, entre las latanías y los agaves, entre aquel cuadro de luz y colorido que deslumbra y embriaga, las notas del piafar de los caballos, del rodar de los coches, que se detenían en la misma puerta del salón; y allá, más lejos aun, en la penumbra, como relieves extravagantes, las figuras microscópicas de los lacayitos; todo espléndido, vigoroso, valiente... y el lindo pie de la dama, que asoma antes que ella, para caer en el estribo, como antes que la luna, asoma, cuando anochece, el primer lucero!

Tuvo que esforzarse Alfonso para salir de

Digitized by Google

aquel éxtasis en que se había sumergido, y empezó á sufrir nuevamente; por un momento creyó tener ante sus ojos la figura de Carlota como él la soñaba; dulce, espiritual, sin pecado ninguno que la hiciera inclinar los ojos; libre, pura, sin lazo alguno que la ligase á ningún hombre; por un instante creyó que, á la faz de todos, podía amar á Carlota, sin humillarse; que era su dueño y podía levantar la frente orgulloso. «¡No, no, imposible! Era casada y además... ¡Qué locura, Dios bendito! No quería pensarlo, ¿Estaría allí? Indudablemente, porque le citó. Tal vez no hubiera llegado aún. ¿Qué podría decirle Carlota después de todo lo que sucedió aquella noche?»

Se sintió cogido, de repente, por un brazo, volvió la cabeza y se encontró con una máscara. ¡Era una mujer, sin duda! Por muy preocupado que estuviera, se fijó, porque no tuvo otro remedio, en el riquísimo traje de la máscara que así le sacó de sus abstracciones: aquel disfraz era un marasmo verdadero de los sentidos para quien cayese en el antojo de precisar su época, su nacionalidad, para definirlo, pa

Digitized by Google

conocer su valor; el modelo de aquel traje sólo pudo idearlo la imaginación de un artista, en un instante de calentura: dos colores divisábanse allí nada más: el verde y el rojo. Predominaba el primero.

Olvidó el joven otra vez, por un segundo, todo el dolor de aquel oculto drama de su espíritu: confundíase ante tal magnificencia de lujo, de sencillez, de abigarramiento, de voluptuosidad; su fantasía, dispuesta siempre á romper el dique, le hizo perderse durante aquel segundo en alucinación muy grata. Creyó por un instante que aquella mujer fuese Carlota... pero comprendió luego, que la mujer que tenía á su lado entonces, sin ser menos elegante tenía menos estatura: parecióle también algo más gruesa cuando pudo dominar su emoción y observarla atentamente.

La máscara mirábale á través de los agujeros de su antifaz encarnado, y el resplandor de sus ojos negros pareció á Alfonso que contrastaba con el brillante raso de la careta, de un modo que le hizo presentir no sabía qué dolorosas hecatombes.

Digitized by Google

Todavía permaneció la máscara silenciosa, como esperando á que el caballero se convenciese de que no la podría reconocer. Se encogió luego de hombros, y dijo al fin, en voz que no pareció fingida:

—Y qué, ¿te da miedo, acaso, figurarte quien yo soy?

Tal vez hubiera podido inspirar miedo la máscara por alguna otra cosa; pero por el timbre de su acento estoy seguro que no habría espantado á nadie. Era dulce, argentino.

No pudo Alfonso sacar nada por la voz, referente á la relación que pudiera tener Carlota con la desconocida. Nunca oyó hablar á Carlota. Quedó pensativo, sin embargo. Aquella voz... ¿Dónde? ¿Dónde la había oído él?

¿Veis lo que son los humanos? Pues Alfonso, con aquello, solamente, de la presentación repentina de la máscara, distrájose un segundo de los hondos sentimientos, flageladores, que iban conturbándole el espíritu.

—¿Te asusto? preguntó la máscara.

—No, no me asustas, pero me sorprendes.

Ella se echó á reír, de un modo particular;

Digitized by Google

con la risa estremeciéronse las sonrosadas carnes del hermoso busto, y las luces de un maravilloso collar de esmeraldas, que en la garganta llevaba, estremeciéronse también sobre las carnes, como amorcillos que juguetean en su lecho de nieve y rosas.

La máscara dejó de reír, de pronto.

—¿Será mi divisa verde y roja lo que te sorprendió?

—Quizá, contestó Alfonso distraídamente.

—No sería extraño para mí, Alfonso, porque no has sido tú el primero en sorprenderte.

Habíase cogido ella á su brazo, y le arrastraba casi, entre la multitud.

—¡Ah! ¿sabes mi nombre?

—Y tu apellido, y conozco á tu pariente, el de San Juan, un viejo guapetón, que vale mucho más que tú.

—No creas que me disgustas con lo que dices, porque yo soy quien primero reconoce sus cualidades; pero mis sorpresas no acaban... Yo no creí que me conociese aquí nadie.

Digitized by Google

Hablaba Alfonso maquinalmente; apoderábase de su espíritu aquella impresión de otras ocasiones, que ya había manifestado á Ernesto en sus cartas. Por muy preocupado que estuviera, comprendió que los del baile no se divertían allí lo que suelen divertirse los asistentes á esta clase de diversiones. No había animación, no había movimiento, no palpitaba la alegría en aquellos corazones, y sin embargo, parecían comunicarse los unos y los otros por no sé qué cadena misteriosa. ¡Qué raro le pareció todo aquello!

Detúvose la máscara, al fin, junto á una ventana; se quitó el antifaz, diciendo á la vez con delicioso donaire:

—Parece mentira, hijo, que sea usted tan torpe.

Apareció un rostro hermosísimo, aunque la dama contaría ya seguramente más de treinta y cuatro años; sus facciones armoniosas, sus ojos grandes, negros, vivísimos, de mirar duro á las veces, la frente despejada, los cabellos negros, lustrosos; el conjunto de aquella cabeza valiente, llena de vigores, revelaba ideas

Digitized by Google

propias, orgullo, inducción clarísima, rapidez y firmeza en la concepción.

—¡Cómo, Juana!—exclamó él mirándola con profundo estupor. ¿Era usted? ¡Quién había de figurarse que la dueña de la casa se hubiese también disfrazado!

—Sí, usted la creía haciendo los honores á los que la favorecen con su presencia. ¿No es verdad? Eso es muy cursi, amigo; que cada uno vaya y venga por donde se le antoje, y yo de este modo seré uno de tantos.

Alfonso empezó á abstraerse de nuevo... No sabía lo que le pasaba...

La marquesa no pareció con ganas de abandonarle, y poniéndose el antifaz de nuevo, díjole, en tono muy picado:

—Me gusta, señor; de manera que ha sido preciso que yo le llame para que se digne usted visitar á su amiga Juana; ¡y eso que hace ya tres meses lo menos que está usted aquí!

—¡Dios bendito! No sabía que usted estuviese; no frecuento la sociedad y no podía tampoco creer que permaneciera usted tanto tiempo en Granada. Al principio de estar aquí, supe ca-

Digitized by Google

sualmente que usted había llegado: no pude precaver; la creía ya de vuelta en su Madrid de su alma.

—No, que estoy aquí todavía: pero contra mi gusto, por supuesto.

La marquesa suspiró.

—¡Cómo! ¿Por la fuerza?

—De todo tiene la culpa ese pillo de González Bravo, á quien no puse las manos en la cara porque no se dijera.

—¿Es posible?

—Al truhán se le antojó que yo no estaba bien al lado de la reina. Me recetó estos aires puros, de Valparaíso. No tuvo él la culpa, sino quien no le mandó á paseo en vez de firmar al pie de la receta dichosa. Estoy que rabio: por supuesto, que declaré la guerra en seguidita.

—¿A quién?

—Qué sé yo... á los dos.

—Vamos, ahora lo comprendo; no tendría otra explicación su larga ausencia de Madrid. Tampoco la he visto á usted en Granada.

—No he salido de aquí ni un solo minuto: la soberbia me lo ha impedido; saldré cuando

Digitized by Google

ese pillo... mire usted, Alfonso, hablemos de otra cosa.

Pero Alfonso no la hacía caso; miraba á todas partes con inquietud; parecíale que los invitados no se apresuraban á bailar; uniéronse en distintos grupos y hablaban muy quedo; aquella quietud del salón interrumpíase con las risas ó las voces aisladas de algunas señoras, haciéndola más imponente.

—Pero, ¿esto qué es? exclamó Alfonso, volviéndose á la de Aroles.

—¡Ah! dijo ella echándose á reír. Esto, señor curioso, es... el último granito de arena que ponemos para que González Bravo caiga, quizá, dando tumbos, y no pueda levantarse nunca.

Se estremeció Alfonso; la nube de una idea triste obscureció sus ojos.

—¿Se baila aquí ó se conspira?

A cuya pregunta contestó la marquesa riendo:

—Las dos cosas; la segunda, tal vez, mucho más que la primera.

—Pero, ¿ha estudiado usted detenidamente lo que de aquí puede resultar?

Digitized by Google

—¡Hombre! pues si no lo hubiera estudiado, ¿qué lance tendría?

Luego añadió, con una calma que hizo temblar á Alfonso:

—Ya es tarde para retroceder; pero aunque no lo fuera, no retrocedería nunca. Todas las consecuencias que esto puede traer es que no sea González Bravo solo el que se vaya.

Los ojos de la marquesa brillaron á través del antifaz, con fiero esplendor.

—¿Quiere usted que se vaya también la que firmó la receta? preguntó Alfonso con profundo escalofrío.

—Me es igual, contestó ella.

Y se encogió de hombros y se echó á reír.

Callaron un instante, y la máscara preguntó de repente:

—¿La defenderá usted acaso?

—Nunca, contestó Alfonso con resolución; y hasta la combatiré, si es preciso, pero no por odio, sino porque mi patria lo necesita.

—¡Bravo, eso me gusta! A vivir entonces, y cada cual á lo suyo; las mujeres combatimos también, pero por muy distintas causas. Aquí

Digitized by Google

se acerca quien tendrá que hablarme sin duda; permítame usted, Alfonso: después seguiremos. ¡Ah! pero soy una aturdida; con nuestra conversación, no le he dicho lo principal que tenía que decirle cuando le llamé: no sea usted loco; apártese usted de ciertas ideas que le traen á morir, y no cometa usted una barbaridad: yo me propongo curarle y lo conseguiré, si no perezco en la demanda; esa mujer será su perdición, yo se lo juro. Velaré por usted todo cuanto posible me sea.

Hablando la marquesa así, salió al encuentro de otra máscara que se aproximaba, y dejó á su amigo de antaño, con la sorpresa que podéis suponer, más grande ciertamente que todas las que recibió aquella noche.

Digitized by Google

XIII

La primera entrevista.

No tuvo tiempo Alfonso para entregarse á la impresión que las últimas palabras de la marquesa le habían producido. Al retirarse la viuda con la máscara que se le aproximó, otra mujer detúvose delante de Alfonso: era bien diferente su atavío que el de la marquesa. La conoció al instante; vestía de negro; negro era también el antifaz cuya negrura contrastaba con aquel divino cuello de nieve.

La conversación con la marquesa no había disipado ni adormecido tampoco su inquietud; abstrájole un instante no más, y sus impresio-

Digitized by Google

nes nuevas y vigorosas se levantaron á la vista de la mujer que tenía delante.

—¡Oh! dijo ella; ¡qué mortal inquietud pasé mientras hablaban ustedes!

—¿Tenías celos quizá? preguntó Alfonso bruscamente.

—Los celos, si los tuviera, no me permitirían sentirlos otras angustias más grandes que hay en mi corazón.

Sintióse dominado Alfonso, desde el primer momento, por aquella voz dulce, apenada, de suaves melancolías.

Quiso resistirse aún al yugo de hierro de la harmonía de aquella voz, y repuso con más brusquedad que antes:

—¿Pero á qué vienes? ¿por qué me hablas? ¿me conoces acaso?

—Sí, te conozco y ojalá no te hubiera conocido.

—Las máscaras conocen á todo el mundo.

—No, replicó ella.—Hay máscaras que lejos de *conocer* á todo el mundo *conocen* á una persona no más, y yo te conozco á tí; ¿lo entiendes? á tí solo.

Digitized by Google

Y contemplaban al joven al mismo tiempo, tras el antifaz, unos ojos chispeantes que parecían relampaguear.

Tomó Alfonso la contestación de Carlota como un dulce reproche por haber dudado de ella cuando la vió algunas horas antes en compañía del desconocido.

Fué tan dulce la voz de la máscara, hubo tanta tristeza en sus frases, tanta dignidad, una sumisión tan infinita que Alfonso alargó su mano conmovido. Ella le tendió las suyas también, mórbidas, suaves, temblorosas... y ardiendo; ardiendo como si fuese presa la mujer de horrible calentura.

—Ven, prosiguió ella con acento más dulce. —Ven, repetía, tirándole de la mano suavemente; ven, que tenemos que hablar.

Su voz temblaba como temblaban sus manos; como sus manos, era ardiente su palabra; ardiente como la mirada aquella de sus ojos.

Alfonso la siguió; no salía de su aturdimiento; se cogió ella de su brazo y anduvieron por el salón.

Digitized by Google

—No me hubiera arriesgado á venir aquí, sin el deseo profundo que tenía de que hablásemos un instante siquiera. Tampoco me aproximé á V. cuando hablaba con la de Aroles, por miedo de que pudiera conocerme.

—¿Y no podíamos haber hablado en tu casa? preguntó Alfonso, entregándose al encanto infinito de que era Carlota, la mujer á cuyo lado iba; la mujer que tan dulcemente le hablaba; la mujer que tan sumisa y amante se le apareció.

—¡Oh! no; en mi casa, nunca; demasiado culpable soy ya al hablar con V. No diga V. nada: ya sé yo que esto que hago es blasfemar en un segundo de toda mi anterior vida honrada y noble; ya sé yo que lo mismo se infaman el corazón y el pensamiento y el espíritu hablando aquí, como le hablo, que hablándole allá en mi misma casa y en mi mismo gabinete; ya sé que no tengo disculpa; que lo que hago es infame; pero á costa de ser infame, he querido hablar con V. una vez siquiera. ¡Ay! V. no podrá figurarse nunca todo el mal que yo hice; toda la cruel mudanza que hubo en mi

Digitized by Google

corazón en pocos días no más, para que yo cayera en esta tentación.

Se sintió Alfonso dominado; desechó por completo, en aquel instante, toda idea que pudiese humillar á Carlota; creyó que se levantaba dentro de él el espíritu mismo de la mujer querida, purificado por no sé qué aroma del cielo que hacía palpitar su corazón con las tranquilidades de un honrado sentimiento. Bien lejos estaba entonces de buscar la explicación de aquella salida sospechosa de poco antes de la mujer amada con el desconocido.

Se le presentó de pronto, al mismo tiempo, la idea de que la marquesa parecía informada completamente de sus relaciones con Carlota, y dijo así en voz muy baja:

—¿Sabes tú lo que me decía la marquesa cuando se separó de mí?

—¡Quién sabe! Es venal esa mujer, caprichosa, juega con la vida y con el amor como los niños juegan con los pájaros y con las flores. ¿Quién podrá figurarse nunca lo que ella hable, ni lo que ella piensa una vez? ¿Quién podrá seguir ese pensamiento que salta y vibra sin que

Digitized by Google

ella misma sepa el empuje que le da ni adonde puede tampoco llegar con él?

—Me daba un consejo, exclamó Alfonso lacónicamente.

—¡Ah! un consejo; no sería malo si es amiga de usted.

—No sé si era malo ó no. ¡Quién sabe, digo yo ahora!

—¿Y cuál era?

—Que me apartase de unos pensamientos que me hacían morir; que me guardara de una mujer que sería mi perdición.

—¡Ay! dijo Carlota amargamente. ¡Qué afilado es el cuchillo de esa mujer, cuando de veras se propone herir!

Detúvose al decir esto y quedó mirando á Alfonso á través de su antifaz. Ahora no le pareció al joven que lloraba: ahora le pareció su mirar inquieto.

—¿Te asusta lo que te he dicho? preguntó; ¿acaso será verdad lo que la marquesa dice?

—¡Tengo miedo, Alfonso!

—¿Pero de qué es ese miedo?

—De que me conozcan.

Digitized by Google

—¿Por eso nada más?

—Oye, Alfonso: óyeme bien y para siempre: para siempre ¿lo sabes? Para que nunca más tenga que decírtelo. Tu pregunta de ahora se me figura que tiende á probar que á lo que tengo miedo es á lo que esa mujer dice de que pueda yo ser tu perdición; no sé lo que sucederá; pero sí he de jurarte que por muy triste que tu perdición sea más triste y más grande será la mía. Si soy causa de tu perdición, no será porque yo no quiera dar mi vida para evitártela; si soy causa de tu perdición no será porque no te amo. ¿Lo oyes? Ya ves tú quién de los dos perderá más en esta gran batalla en que la fatalidad nos ha metido. Mi honra era la religión de mi alma y el bien único de mi vida; y esta honra la he perdido ya sólo por hablar contigo Tú has hablado conmigo también y no has perdido nada. ¡Ya ves tú, con todo eso que te dije, quién de los dos perderá más, á la postre! ¿Qué queda ya? La vida. ¿Y qué importa eso después de haber perdido la honra? Nada. La vida únicamente es lo que tú puedes perder en todo caso.

Digitized by Google

Inclinó Alfonso la cabeza, guardó un triste silencio, corroboración de lo que antes Carlota dijo. Embriagábase á la par en el efluvio misterioso que parecía desprenderse de aquella mujer. Sobre su alma virgen, llena de sueños fantásticos que la arrullaron siempre, habían caído las palabras de Carlota como fuego abrasador; un fuego dulce y aromoso como el que arde en incensario de plata lleno de mirra. Un fuego puro, un fuego de nobleza. «Mi religión era mi honra», decíale aquella mujer. «La he perdido por tí, ¿qué importa lo demás?» No es preciso el pecado, basta con que parezca que se pecó: el delito no está en la carne, está más hondo, está en el pensamiento que lo concibe. Era Carlota, sí; era la mujer que había él soñado; noble y grande dentro de su misma falta; honrada en su misma culpa.

—Todo eso que dices, es verdad. No sé lo que tus palabras tienen para mí; lo que habían tenido antes tus ojos; lo que tuvo tu figura; lo que tiene tu sér entero. Más de una vez he dudado de tí.

—¡Oh, Dios mío! gimió ella estremeciéndose.

Digitized by Google

—Me parece que gimes de horror de que yo pueda dudar, cuando por mí diste la honra y darás lo que ya sólo te queda: darás la vida. Yo no te engaño. Tenía que decírtelo y te lo digo. Yo dudé, porque hubo muchas cosas que me hicieran dudar; esta noche mismo, ya tú lo sabes.

—¿Qué? ¿Qué sucedió esta noche? preguntó Carlota con inquietud.

—La salida de tu casa con aquel hombre; no quiero recordarlo.

—Recuérdalo siempre, dijo ella con orgullo, —recuérdalo, que no era para sonrojar lo que pudiste ver esta noche, y perdóname si no te doy la explicación de eso.

—Te lo perdono y confío, pero me entristece.

—Tristeza, ¿por qué?

—Por tu desconfianza.

—¿Tienes celos? preguntó ella muy bajo, con una fruición que parecía llenarle el alma de soles.

—No sé, yo no sé lo que será: celos ó pena, pero dímelo.

Digitized by Google

—No, Alfonso, déjame que no te lo diga. Por lo menos, ten en cuenta que si no te lo digo no es por el miedo de que lo creas malo, sino por el sonrojo de que á mí me parece bueno. No es la culpa lo que me hace callar, Alfonso; tal vez sea una cosa completamente distinta: la modestia de haber obrado bien.

Alfonso se tranquilizó. Había una sinceridad tan dulce en la expresión de Carlota, que su espíritu de creyente voló sereno desde entonces por aquel oscuro espacio de que anteriormente le parecía imposible salir.

Oyéronse los preludios de la orquesta; se retiraron Carlota y Alfonso hacia un extremo del salón, deslizáronse hacia uno de los balcones y allí estuvieron más reservados á la importunidad de los curiosos. Las estrellas seguían iluminando el horizonte con una vaguedad extraña; de lo interior llegaban á los oídos de la amante pareja las melodías del vals, y de allá, de la campiña, las tristes lamentaciones del Darro al deslizarse en el fondo; distinguíanse confusamente los altos álamos, como sombras que se levantaban del lecho del río, las

Digitized by Google

notas blancuzcas de las casitas que bordaban los declives y las luces de las cabañas, que parecían, en la profundidad, inmóviles pupilas de algún genio de la noche; allá, más alto, sobre la izquierda, la masa parduzca del Albaicín con las otras raquíticas luces de su alumbrado, únicos guías para los ojos de que el Albaicín hallábase en aquel punto. Con los rumores del río y de la orquesta, mezclábanse en el corazón de Alfonso aquellos otros dulces y graves de las campanas del Sacro Monte, convidando á la meditación y á la tristeza. ¡Qué vigoroso contraste el de aquellas diferentes harmonías! ¡El río, las campanas y el vals! Carlota y Alfonso parecieron conmoverse de una manera profunda ante la contemplación, en aquel instante, de sus propios espíritus.

—¡Ay! dijo Carlota en voz baja. ¡Quién pudiera vivir! ¡qué hermosa será la vida, Dios del cielo, con un amor santo y tranquilo que no sonroje ni apene! ¡Con un amor como este de mi alma, pero que no tenga que ocultarse!

—Vivir, murmuró Alfonso aspirando el aire

Digitized by Google

henchido de aquellos agrestes perfumes; ¿y por qué no vivir?

—Para mí es imposible la vida, después de mi falta; tú no sabes, Alfonso, cuán enorme es; me pesa tanto, que yo no podré con ella y ella me aplastará.

—No, Carlota; por Dios te pido que no digas eso; yo también sufrí mucho de amar un imposible; luché como tú no puedes tampoco figurarte; desde que pensé que mi amor era por una mujer que no se pertenecía, me pareció que le quitaba la pureza, por puro que fuese: fué un fantasma que me estuvo martirizando y que se adurmió un poco con la idea horrible que tuve después, de que tú no fueses buena. ¡Amor! ¡Luz que alumbras el mundo! Si no puedes inundarnos el alma por entero, tú nos darás un rayo bienhechor siquiera que disipe las sombras.

No contestó Carlota al punto; pero las profundas sensaciones de su alma, comprendíalas Alfonso, en el fuego de aquellas manos que oprimía tiernamente entre las suyas; por el temblor de aquel hermoso cuerpo de estatua,

Digitized by Google

que se comunicaba á sus manos y por la respiración anhelante.

—¡Qué hermoso es eso que me dices!... ¡Sueños de mi alma! Los tuve por un instante, y fué instante de locura: yo no sabía lo que era amor y amé para mi desdicha; el amor que yo tengo para tí en mi alma me hace maldita, pero yo lo bendigo; Dios me lo perdone y se compadezca de mí.

—¡Oh! exclamó Alfonso ardientemente. Pero, ¿por qué pensar así en este instante? ¡Olvídalo todo! Piensa en la felicidad, para que no nos deje, creyendo que la olvidamos. Diría, quien me oyera, que soy un loco, que soy un soñador: no le hace; oye lo que te digo: te amé y me has amado; eres buena, no te perteneces; si teniendo otro hombre derechos sobre tí tú me amas, es porque no le amas á él; porque no puedes amarle, porque no le has amado nunca.

—¡Oh sí, sí! dijo ella precipitadamente; es verdad todo lo que dices.

—Bien, pues yo te pago ese amor de la manera más grande que yo pueda pagártelo. Oye, Carlota, lo que te digo, óyelo bien: si la falta

Digitized by Google

ha de matarte, consérvate pura, yo nada te exigiré, siempre que el alma me la des entera.

Cuando le oyó Carlota, en un movimiento rápido que no pudo evitar Alfonso, inclinó la cabeza, hasta encontrar una mano de aquél, y se la llevó á la boca, y la besó ardientemente antes que la pudiera él retirar.

—¡Bendito seas!—dijo luego.

Antes que Alfonso se diese cuenta siquiera de la acción de Carlota, la oyó proseguir como si rezase:

—¡Qué importa todo, si pude experimentar la alegría de este momento, con la nobleza de sus palabras!

Alfonso tembló oyéndola: permanecieron silenciosos algunos instantes; había algo que se les impuso, más grande que la palabra y más elocuente, porque parecían gozar con aquel silencio delicia interminable.

—Adiós, dijo ella de pronto.

—No, todavía no, suplicó él.

—Es preciso, Alfonso. Nos veremos otra vez, yo te lo juro.

Digitized by Google

—Pero, ¿cuándo? ¿dónde? preguntó él con profundo desaliento.

Carlota pareció meditar: temblaba como si estuviese aterida de frío; sus manos ardían como nunca, la respiración era estertorosa, tenía fiebre.

—Tus nobles palabras de hace poco, dijo, me tranquilizan y me consuelan; por eso me decido; no quiero exponerme á que me reconozcan valiéndome de estos medios para vernos. No sé cuando será, pero será en mi casa. Yo te avisaré.

Concluyó las últimas palabras ahogadamente y lanzó un profundo sollozo. Lleno de felicidad su amante, y conmoviéndose también de aquél dolor de la pobre vencida, quiso consolarla.

—Adiós, dijo ella sin querer oírle.—Adiós, repitió;—y lanzándose á la sala, se perdió entre la multitud, como una sombra negra, entre aquellos brillantes colores de las figuras y de los adornos del salón.

Digitized by Google

Digitized by Google

XIV

Cabos sueltos.

Los días pasaron y Alfonso no volvió á ver á Carlota; no le inquietó mucho esto, aunque ya estuviese, por otra parte, con la inquietud de lo que Carlota sufría; comprendió lo que significaba aquel aislamiento de la mujer; preferíalo á la exhibición, angustiosa siempre. Cuando se tiene en el espíritu el dolor ó la felicidad, lo mismo desea ocultarse un sentimiento que otro á la indiscreción ajena.

Seguro de tener noticias de Carlota tarde ó temprano, y acordándose además de la prudencia que le recomendó, abstúvose todo lo que

Digitized by Google

le fué posible de frecuentar el paseo donde ella vivía. Tampoco habló más con el criado de los *usté lo sabe*. ¿Para qué? Nada en absoluto tenía ya que indagar; sabíalo todo: le convenció Carlota con sus palabras aquella noche memorable en el balcón del *chalet* de la marquesa. Carlota era noble; Carlota le amaba y la misma alegría de su amor era su honda desdicha. Lo mismo era el pensamiento de Carlota que el suyo: ¡aquel profundo sentimiento amargo en medio de su alegría!

Más tranquilo ya, se entregó algunas veecs á sus distracciones favoritas, de antes de conocer á Carlota: acompañándose de su criado, hizo algunos pequeños viajes á los pueblecitos próximos, pero siempre volvió en el día con la esperanza de encontrar algún recado ó billete de Carlota.

Así estuvo hasta una tarde de la última decena de septiembre. Los apuntes que yo conservo para la relación de la presente historia, señalan este día como el 26. Llegó Alfonso á su casa seguido de Pequillas; iba preocupado el joven, no solamente con los sentimientos

Digitized by Google

hondísimos de su corazón, sino con aquellos otros, vagos, que le oprimían, al acordarse de su conversación con la de Aroles referente á González Bravo y á la rabia que le tenía. Habló Alfonso con la marquesa nuevamente y no pudo inquirir una palabra más relacionada con sus misteriosas frases de aquella noche.

Reíase la viuda oyéndole, y su risa, que pareció á Alfonso la de un diablo, entrecortábase para decir:

—No se acuerde V. de eso, amigo; aquella noche estaba yo muy nerviosa.

—Pero, ¿qué tienen que ver sus nervios con lo otro?—preguntó él, amostazado.

—Y qué es lo otro? preguntó ella ásperamente.

—La profecía que me hizo de que iba cierta señora á ser mi perdición.

—Yo no he pensado en eso más, porque no tiene cura, hijo; así lo dije ya á quien lo debía decir.

—¡Ah! exclamó Alfonso muy confundido;—no es usted sola; hay también otros...

—¡Cielos, qué decepción! gritó la marquesa

Digitized by Google

cómicamente, extendiendo los brazos como para implorar ayuda contra la insistencia de Alfonso.

—Pero, ¡marquesa!

—No hay marquesa que valga; yo me lavo las manos.

—Bueno, láveselas V., aunque no es preciso, porque las tiene V. muy blancas y muy hermosas.

—Y aun le queda tiempo para adular al muy villano... ¡Cielos, qué decepción!

No tenía ganas de reír Alfonso, pero tuvo que reir cuando la de Aroles repitió aquellas palabras: tan graciosamente las había dicho y tan deliciosa frivolidad desprendíase de ellas.

—Pero, ¿qué decepción es á la que V. se refiere?

—La decepción triste de haber creído cautivarle con mi atavío y sus colores, ya que no pude nunca con esta vieja hermosura mía que tanto dió que decir á cómicos y danzantes y que usted tan poco aprecia.

—Vamos, amiga, me alegro mucho de que

Digitized by Google

esté V. de broma; eso me tranquiliza, con respecto á ciertas inquietudes que me hizo V. experimentar la otra noche.

—¡Inquietudes! ¡Ah! ya sé á lo que se refiere usted. ¡A González Bravo! ¡pesadilla mía, yo te maldigo!

Alfonso movió la cabeza, desesperanzado de conseguir que la noble viuda entrase en un terreno más serio: comprendió, por lo demás, que todo lo hacía para no hablarle de Carlota; le pareció inútil insistir, y secundó cortésmente á la marquesa en su actitud.

—Vamos á ver, ¿y cuál era la representación de aquellos colores verde y rojo?

—El verde, la esperanza, contestó ella, suspirando.

—¿Esperanza de qué?

—No me lo pregunte V., hijo, porque me descompongo: parece mentira que no se lo figure; esperanza de dar cuatro cachetes á ese granuja en mitad de la coronilla y ver cómo le mandan á paseo para que no vuelva más.

—Bueno, ¿y el rojo?

La marquesa guardó silencio durante un se-

Digitized by Google

gundo; su rostro había tomado de repente una expresión de seriedad que asustó al joven.

—Más vale no hablar de esto tampoco, dijo al fin, levantando la cabeza; ¿quién puede adivinar lo porvenir? ¿Quién sabe la sangre que veremos derramar antes de mucho?

No contestó Alfonso; se estremeció de oír á la marquesa; tras un silencio muy difícil, despidiéronse los dos, ella triste, aunque no acostumbraba á estarlo, y él con más inquietudes que nunca.

Esta preocupación absorbíale, con la de Carlota, cuando llegó á su casa, la tarde del día 26 á que me referí. Le salió al encuentro Ramona, con una carta en la mano. Cuando vió la carta Alfonso, le pareció, como le había ya sucedido otras veces, que se le quedaba el corazón suspenso; no sintió los latidos, no sintió la sangre, y al tocar la carta con sus dedos para cogerla,—aquella carta de cuya procedencia estaba convencido entonces,—el latir del corazón fué precipitado de repente y la sangre subió toda á su rostro y vibró rápida como en desquite de aquel segundo de inmovilidad.

Digitized by Google

Ramona entregó la epístola mirando tímidamente á Alfonso con un ojo, aunque esto os parezca sobrenatural, y con otro ojo muy alegre miraba los guiños y los señales que Pequillas, el insigne, hacíale á espaldas del caballero.

Subió muy aprisa, importándole ahora un comino que el gran Pequillas se detuviese á echar un párrafo con la primorosa mozuela. Lo que quería era quedarse solo.

Allí, en el primer peldaño, de pie como una linda y pintoresca estatua, cogiéndose con los dedillos sonrosados al barandal y mirando á Pequillas burlonamente con ojos entornaditos y gracioso gesto, quedó Ramona cerrándole el paso. Pequillas, con aquel aire de bobo que solía tomar, de gusto de que Ramona le mirara, esperó delante de ella con los ojos saltones como nunca se le vieron, juntas las cejas, hasta parecer que sólo tenía una para los dos ojos, y la faja medio colgando.

—Vamo á vé, cacho de hostia ¿por qué te pone tú delante de mí?

—Hombre, po mu sencillo; porque no quiero que pase, sin que me conteste á una pre-

Digitized by Google

gunta; pero de un tirón y prontito, sin requilorios ni música celestiá, porque tengo mucho que hacé. ¿Sabe alguna cosa má, de aquello que hablamo?...

Cortóse aquí la palabra de Ramoncilla, é hizo, con los labios, un mohín, indicando á la vez, la puerta del piso por donde se metió el de San Juan.

Comprendió Pequillas, inmediatamente, y encogiéndose de hombros y juntando las cejas como jamás vió Ramona que lo hiciese, y bajando mucho la voz, tanto, que á Ramona misma costaba trabajo oírle, exclamó así:

—Pos no sé qué te diga; pa enterarse de to lo que al cabayero le pasa, son menesté más mimoriales que pá que lo jagan á uno municipá, y mira tú que estuve yo, Ramoncilla de mi alma, con papeles endetrá del alcalde, trece años uno endetrá de otro y no pue alcanzá empleo; como decía, asina, ya ve tú, sin resoyá ni ná; de un tirón, porque tú quiere, y en mí naide manda en el mundo na más que tú, y no hay más Dió ni ma santa María, que lo que yo te digo: pos verá; lo que é al cabayero le tomé

Digitized by Google

yo cariño, eso sí, y que naide diga otra cosa, porque tengo yo muchos calzones pa armá un jabardiyo como me se ponga á mí entre ceja y ceja, manque las tenga yo tan apretás como las tengo. ¿Qué iba diciéndote? ¡Ah! lo de los mimoriales. Yo no sé un pimiento; yo lo que sé, que anda ahora, asina, má entangariyao que ante: no sé qué decite; pero me parece que ella sa franqueao, y que él sabe ya á lo que aspera; pero aquí se vá á armá un lío mu gordo, si alguien no mete mano, Ramoncilla. Suponte: se va en contito anochece, al Salón, y allí se está la soras muerta, mirando al cielo, como si esperara que cayera algo de allí; ó asina, como si estuviera contando la sojita de lo sárboles; güeno; eso no tiene ná de particulá, porque al fin y al cabo, eso le pasa á tos lo sombre cuando están asina, como yo estoy por tí; porque mira tú, que tengo yo en el corazón una cosa, que no me deja pará; yo creí que era tu mata é pelo, Ramoncilla, que me estorbaba, y me la puse al otro lao, donde no hay corazón; aquí, tienta. ¿Que no quiere tentá? güeno; po suponte: yo me voy ahora, detrá, asina, haciéndome el muerto, por-

Digitized by Google

que la verdá, Ramoncilla, yo le tomé queré y yo te digo que se metió en un mal paso: has de sabé tú, que yo no consentiré nunca que le toquen ni á un pelo de la ropa, y como yo me apercate de que algún lío le quieen buscá, no van á sé puñetazos, ni patás, los que yo voy á repartí cualquierita noche de esta, allí, en el Salón, delantito de la misma casa que tú sabe tamié.

—Pero por el amor de Dió, hijo. ¿Hasta cuándo vas á estar co nesa historia, si otavía con tanto dale á la lengua, no te oí dinguna cosa de mi asunto?

—¡Pero qué pico de oro tiés tú, Ramoncilla! prosiguió el zangón, hecho una paparreta;—¡paece mentira que una mujé na má, puea sabé tanto! ¡Si fueran do siquiera, ajuntá en una! pero, no señó ¡que é juna sola! ¡Vaya un pico! ¡Ca, hombre, si eso no es pico, ni quien tal vió! ¡Si eso é un chorro de moneíllas é cinco duro, que está cayendo en de por la mañana jasta la noche! Po veiá; anoche mesmo estaba el hombre allí, como siempre, y yo echándole uno sojo en de lejo, como si me lo quería comé, en tal paraje, que yo creí que

Digitized by Google

me queaba ciego, porque lo sojo se me iban allí en donde él estaba: por supuesto, que él no se desfiguró nunca que yo le ando al bulto, porque te dejaría viua y verginá del primer garnatazo que me mete. En esto y en lo otro, sabrás tú, Ramoncilla, como que sarrimó á mí otro cabayero, cogiéndome de sorpresa, y me dijo, dice:

—¿Tú eres criao de aqué señó que está allí, entre lo sárbole?

Hija mía, las trompás se me estaban diendo á mí ya de las manos, y no sabe tú lo que trabajé pá sujetálas. ¡Tendría yo gana de pegale al tío!—Sí, ¿qué había?—Me paece que estuvo eso bien contestao, ¿é veldá Ramona?

—Sí que lo estuvo. ¿Y qué má?

—Po vá el hombre ¿y qué hace? Me pregunta otra ve, y dice... dice:

—¿Y qué ta asperando tú aquí?

Y yo entonce dije, digo...

—Pos ná, partile la cara al primero que se meta co né.—

Conforme ascuchó eso el hombre, se jué de mi vera, como un rayo, y yo no sé qué te diga; pero estoy yo en que le dí alguna trompá sin

Digitized by Google

sabelo, ¡porque como yo tenía ya tanta gana! ¡qué quies tú que yo te diga!

—¿Y nada más ha pasao?

—¡A no sé lo de la trompá, que me se figura que se escapó, sin yo sentilo, la verdá, no sé qué te diga!

—Bueno, bueno, anda ya con Dió, hombre, y déjame, que no tengo humó pa na; déjame, hombre, yo te lo pido, que to eso, me va á mí poniendo la lengua amarga.

Se retiró Ramona, dejando á Pequillas con un palmo de boca abierta, por el asombro. Iba á irse detrás de ella, sin encomendarse á Dios ni al demonio, pero le contuvo la presencia de su amo, que salía otra vez. Los ojos de Alfonso brillaban de felicidad; su semblante parecía animado y alegre; su espíritu reflejábase como á través de un cielo vaporoso y dulce. Todo era resultado de la carta que acabó de leer. Era de Carlota, dándole una cita para las once de aquella misma moche. A esa hora en punto debía estar ante un postiguito excusado que había espalda de la casa.

Digitized by Google

XV

¡Entre penumbras!

Era una noche fría como aquella del baile en que Carlota y Alfonso hablaron por primera vez. Hallábase Alfonso sumido en inquietud mortal que no se explicaba; salió muy temprano y cada minuto le parecía un siglo. A las once era la cita, y no puedo yo explicaros lo que pasó por aquella imaginación en las tres horas de que dispuso, para discurrir á la ventura por las calles, mientras llegaba el instante temido.

Sí, Alfonso lo temía, y él se explicaba su

Digitized by Google

miedo; parecíale imposible que su corazón resistiese tanta felicidad: verse junto á Carlota, allí, en su misma casa, en el misterio de su gabinete, solos, en coloquio de amor, parecíale tan distante de la realidad, que sufría para convencerse que no era sueño.

Subió, al salir de su casa, por la Carrera del Darro; deslizábase el río, con aquel doliente plañir, que movía al rezo; hacía luna aquella noche; luna llena, á cuyo fulgor, parecían algunas veces, reverberar los objetos; los rayos de la luna quebrábanse en las aguas del río; los ojos de Alfonso se fijaban vagamente en los altos muros; creía ver asomadas á los huecos sombríos de los ajimeces, caras deformes, envueltas en blancos armiños; en algún hueco de ventana, distinguía confusamente, tiestos de flores y doblábanse las flores como para dar la bienvenida al transeunte, y saturarle con su aroma. Alfonso lo aspiraba, y con el olor suave y puro, poníase su pensamiento con más fijeza en aquella figura de mujer, dulce, gentil, hermosa; aquella mujer que le aguardaba en el callado silencio de una noche que pare-

Digitized by Google

cía cantada por el amor, con aquellas ambrosías de los cármenes granadinos y aquellas canciones del Darro y el Genil.

A las once en punto, se encontró ante el postigo que Carlota le había indicado; al vibrar las últimas campanadas de las once, el corazón de Alfonso contuvo trabajosamente sus latidos; en aquel segundo, todo lo que ante sus ojos advertía, presentábase de otro color, de otra forma, bajo otro aspecto; no era de ningún modo, lo que él vió antes; los golpes del corazón, sentíalos en la garganta; pensó como nunca, que todo lo que le sucedía fuese sueño, y un estremecimiento poderoso de espanto le invadió. «¿Sería posible?»

En esta pregunta estaba, y crugió el postigo levemente; se le heló á Alfonso la sangre; sudor copioso bañó su piel; la felicidad, lo mismo que la desdicha, eran en aquel trance, motivo para él de congoja recia.

Antes que se hubiese repuesto de su emoción profunda, al *sentir* la realidad de que el postigo se entreabría, cogiéronle de una mano; se dejó conducir como un niño; si en aquel

Digitized by Google

instante le hubiesen puesto un puñal sobre el corazón, no hubiera tratado de defenderse, ni se hubiera dado cuenta tampoco del peligro; hallábanse en un estrecho patio; se metieron después en unos corredores muy oscuros. Era una mujer sin duda, la que le guiaba: esto lo pensó Alfonso, por la suavidad de aquella mano, y por el vago perfume que de la mujer se desprendía; creyó por un instante que fuese la misma Carlota, y sintió oprimírsele el pecho; detúvose vacilante, y como si ella comprendiese lo que le estaba sucediendo, exclamó en voz baja, muy temblorosa:

—Soy yo, Alfonso; por el cielo te pido que seas prudente.

Alfonso no pudo contestar; embargábale la emoción todas sus facultades: si aquello era felicidad... con la felicidad se sufre horriblemente. Salieron al otro patio, bellísimo, lleno de flores, y empezaron á subir, de puntillas, las escaleras de mármol; aquellas, de la estatua; aquellas donde Carlota se detuvo un instante, la noche en que la conocisteis, cuando empezó en su pecho la gran lucha terminada, al caer

Digitized by Google

de rodillas junto al reclinatorio de su alcoba.

Encontráronse, al fin, en las habitaciones de la dueña de la casa. ¡Qué instante tan solemne para los dos! Al encontrarse ella en el gabinete, pareció que salía de un gran peligro; como si el valor le faltase cuando ya el peligro había pasado, cayó como desfallecida sobre un asiento, allí junto aquella mesa donde la visteis la noche del combate. Quedó Alfonso de pie al lado suyo. Parecíale estar hundido en una profundidad, á donde nunca llegaría la luz del sol; y sin embargo, el sol estaba allí, junto á él; con tender la mano un poco solamente, lo podía tocar. ¡Oh, qué contrastes! En aquel segundo de silencio solemne, los dos quisieron hablar y ninguno lo logró.

La habitación no estaba á oscuras del todo; de allá, de entre las junturas de los cortinajes que colgaban en la puerta de la alcoba, se introducía un hilo de luz, de una lamparilla de plata, que había sobre la mesa de noche, junto al reclinatorio; aquella suave raya de luz, ayudada con otra de la luna, que se introducía también blandamente al través de los cristales

Digitized by Google

Taller - Mart

del balcón y de los visillos, daba á la habitación una claridad muy vaga, propia ciertamente de la escena y del ánimo de aquellos dos corazones. Conturbados hallábanse en la semi oscuridad de la estancia, y sin atreverse á levantar la voz. ¿Qué hubiera sido ¡Dios padre! á la luz franca y firme que los iluminase y los pusiera frente á frente?

En medio de aquellas grandes indecisiones, tormentos para mejor decir, sentía Alfonso un placer íntimo, profundo, infinitamente sobrenatural; un gozo supremo, que no sintió nunca, que no había soñado en toda su existencia, ni aun en aquellos grandes éxtasis de sus horas solitarias, teniendo en su imaginación perennemente la figura ideal del ídolo, más amado cuanto más imposible. Otra vez volvió á lo mismo, de repente; otra vez volvió á la idea, de si no sería un sueño lo que le estaba pasando: ¿comprendéis ese dolor terrible, de estar en el goce de una dicha verdadera y turbada tristemente por el pensamiento, de si no será esa dicha, real una ficción de nuestros propios sentidos? Esto pasaba á Alfonso en aquel instante.

Digitized by Google

¿Qué haría él para convencerse? ¿Qué haría para no dudar? Como el ciego que busca la luz, avanzó un paso, sin conciencia de lo que hacía. ¡Estaban tan cerca! Su pie tropezó al instante con el de ella; ella lanzó al leve contacto un ligero grito que pareció de asombro, como si la sacasen también de algún otro sueño, que le atormentaba el corazón llenándoselo á la vez de alegrías recónditas. Alfonso extendió una mano, y como ella estaba más baja, porque sabéis que se sentó, la mano del joven, temblorosa y ardiente, encontró su sedoso cabello; no retiró la cabeza entonces, y él dejó allí su mano, dulcemente, saturándose á la par del suave perfume de los cabellos.

Aquella mano se sintió cogida por otras dos muy pequeñas, muy finas, que abrasaban. A su contacto se estremeció Alfonso de inquietud; el ardor de aquellas manos era de fiebre; de una fiebre tan grande, tan poderosa, que parecía comunicársela á él, con hondos escalofríos.

Entonces se pronunciaron las primeras frases; fué Alfonso quien las pronunció; fué Alfonso, preguntando, acongojadamente:

Digitized by Google

—¿Estás enferma?

—¡Oh, por Dios! déjame, no sé, dijo ella. ¡Ay Dios mío!

Fué su acento, apagado, tembloroso; entrecortábase, á cada sílaba, con el continuo chocar de los dientes. ¡Sí, era la calentura!

Alfonso corrió entonces hacia la alcoba para entrar por la luz. Ella se levantó, rápida, y pudo alcanzarle.

—¡No, por el amor de Dios!—dijo en desgarrada súplica;—¡que no dé la luz en mi rostro! ¡bastante vergüenza tiene ya, aunque se oculte en la sombra!

El volvió atrás; sentíase conmovido, profundamente, no sólo por su amor, sino por los hondos dolores de la desgraciada mujer.

—Oye, le dijo ella, volviendo con él hasta un pequeño sofá: no pienses que yo no quiero que me mires; sí, lo quiero; quiero que me veas y me verás; pero tú no puedes comprender lo que hay dentro de mí; te lo dije la otra noche y te lo digo ahora: yo soy más mala que todas las mujeres, haciendo esto que hago: habrá quien engañe á su marido, y ya con eso,

Digitized by Google

merece la infamia y el baldón que sobre sí misma se echa; yo soy más mala todavía, y todos me creen buena; nadie ve, bajo mi exterior sereno, estas hondas batallas que empezaron en una noche dolorosa; nadie ve el pensamiento del crimen, bajo la diafanidad de mi frente; nadie ve la liviandad, bajo la serena y humilde luz de mis ojos engañadores. Tú solo, tú nada más y tú me lo perdonas. Pero ¿serían todos como tú?

De tan acongojada querella, sólo escuchaba el hombre un eco profundo de dolor que quería endulzar; respetuoso, digno, díjole así:

—Por Dios, Carlota, te ruego yo también que no te entregues á tus sentimientos de esa manera; vas á matarte y me matarás, pero mi vida no importa; la tuya es lo que yo quiero; oye la súplica de un hombre que así está dispuesto, sin vanos alardes, á dar por tí su vida; serénate, y hablemos; no tengas temor alguno, Carlota de mi alma; te amé porque Dios lo quiso; pero mi amor es una prueba á que Dios mismo sometió mi alma; á tu lado estoy, ya lo ves, y diga el mundo lo que quiera, y

Digitized by Google

digámoslo también nosotros mismos, honrada eres, pura estás; yo soy recto como tú; en mi corazón no cabe bajeza, pero después de los hondos martirios que sufrí desde que empecé á amarte y después de los no menos hondos que tú estás sufriendo, me parece un rigorismo terrible, que tú te creas y te crea yo inferior por esta grande comunidad de nuestras almas. Si nuestro amor ha de ser una eterna pesadilla que nos azote y nos flagele; si por nuestro amor hemos de contemplarnos á través de un velo sombrío, que haga imposible á la postre ese mismo amor, ¡basta! Corazón valiente tenemos. A cumplir, tú con tu deber; á cumplir, yo con el mío. Lejos el uno del otro, sí, que esa distancia, con ser mucha, no se interpondrá entre los dos, como aquel velo de sombras en que los espíritus se envuelvan, con un amor que nos averguence.

Estas hondas palabras de honor y de generosidad conmovieron á Carlota más que todas las grandes protestas de cariño imperecedero: la sintió Alfonso temblar, no sabía ya, si por la calentura, ó por la alegría de aquello que escuchó.

Digitized by Google

—¡Oh Alfonso! exclamó en un suspiro profundo de éxtasis. ¡Cuán noble te ha hecho Dios y cuánto te amo! Por decirte que te amo nada más, he sido infame y loca y merecí la maldición del cielo y el oprobio de las gentes; pero bendita sea mi locura, bendito sea mi oprobio, si al caer sobre mí, oigo en cambio esas grandes palabras de tu corazón de hombre.

—¡Oh Carlota! ¡Qué corazón tienes tú! exclamó Alfonso, extasiándose también de oírla. ¿Por qué no somos felices? ¿Qué hemos hecho para que tan honda desgracia nos agobie?

—¡Ningún pecado has cometido, Alfonso, y tú serás feliz!

—Pero, ¿y tú? ¿Y tú, desgraciada? ¿Cómo seré yo dichoso sin que tú lo seas?

—¡Dios es bueno! ¡Dios castiga y premia!

Pronunció Carlota sus últimas palabras de un modo que se grabaron para siempre en el corazón de Alfonso, como no se grabaron hasta entonces ninguna de las que le oyó decir; ansiaba Alfonso hablar y no le fué posible; hubo un silencio que pareció de tumba, durante algunos segundos; después empezaron á oírse

Digitized by Google

allá, lejos, muy lejos, los rumores del Genil; como si el río hubiese sido trasladado de pronto á gran distancia por algún genio de la noche, los rumores perdiéronse de nuevo, llevados por el aire; dentro de la alcoba, se oyó de pronto el chisporrotear de la luz. Después, nada: aquella quietud, aquel silencio abrumador; allí, en el sofá, aquellas dos sombras, inmóviles... y de repente, frases confusas, ahogadas, un ¡ay! un grito contenido, un beso... ¿Quién tuvo la culpa? ¿A qué averiguarlo? No hay que hacer protocolo. Los dos... y quizás ninguno. La ley humana. Lo que ha de ser, será siempre; se impone; cuanto más alto va el espíritu, más pronto quema sus alas y más pronto se hunde. ¿Qué fué de la noble frase? ¿Qué, del firme y casto propósito? De últimos impulsos sirvieron, para precipitarlos. La vergüenza sería luego mayor, es verdad; pero ¿quién pone ojos á la carne para ver anticipadamente la herida que al alma ha de inferir? ¡Ah románticos!

Súbitamente se oyó en la casa un gran ruido, como de muebles que caen, y gritería ho-

Digitized by Google

rrible. Carlota se irguió con fiereza, plantándose de un salto en medio de la estancia: así escuchó un segundo. El ruido cesó al instante, pero ella salió á ver lo que sucedía.

Esperó Alfonso con la intranquilidad que supondréis; oíase aún el rumor de las enaguas de Carlota, cuando se levantó él del sofá y anduvo, á tientas casi, hasta llegar al balcón; quedó allí, fija la mirada en las sombras de los árboles del paseo, y en aquel horizonte diáfano lleno de estrellas; sacó un pequeño revólver, que tenía costumbre de llevar, y empezó á sentir vergüenza; lo guardó inmediatamente, pensando que si algún hombre disparaba un tiro en aquella habitación ó en aquella casa no debía ser él, sino el hombre á quien ofendía. Tranquilo ya por su parte, por la resolución que había tomado de no defender su vida, sólo pensó en Carlota, en su situación, en la desgracia de ambos.

Aumentábase su inquietud; Carlota no regresaba; volvió hacia la mesita y detúvose allí un instante, indeciso, con intención de salir á proteger á Carlota, y con miedo horrible tam-

Digitized by Google

bién de comprometerla si salía. Al irse á apoyar ligeramente en la mesa tocó un pañuelo; le pareció así y lo era efectivamente. A Carlota pertenecería tal vez; lo demostraba un vago perfume muy parecido al suyo; se lo quedó en la mano, queriéndolo guardar como recuerdo de aquella triste y feliz noche.

Se oyó en aquel punto nuevamente el ruido anterior, con más fuerza; á seguida, pareció á Alfonso que empezaba el movimiento, como de la servidumbre al levantarse, y á seguida también, volvió Carlota; cogió á Alfonso á tientas de una mano y le condujo por el mismo camino por donde hasta el gabinete llegó.

—Silencio, silencio, por la Virgen, decía ella espantada.

Dejábase conducir Alfonso; no intentó pedir explicaciones siquiera; no tenía en su alma otro sentimiento que el de que Carlota se comprometiese; llegaron al postigo, lo abrió ella, estrechó por última vez su mano.

—Adiós,—dijo, apresurada y angustiosa, sabrás de mí, y te lo explicaré todo. Cerró el postigo.

Digitized by Google

Alfonso quedó allí, azorado, como si acabase de salir de un sueño.

—¡Ah! exclamó al fin—nada puedo hacer; todo lo que hiciera conduciría al escándalo y á su deshonra, porque mi presencia no más bastaba.

Pensó Alfonso en el marido y se estremeció profundamente.

—¡Dios tendrá piedad de nosotros!—murmuró alejándose.—¿Qué es esto? añadió al instante.

Hízose la anterior pregunta porque se dió cuenta entonces del pañuelo que llevaba en la mano; se lo llevó á la boca queriéndolo besar y notó el crujido de un papel que se envolvía en el pañuelo; ni un solo farol había encendido; la luna habíase ocultado ya también; encendió un fósforo apresuradamente, allí, al pie de un árbol, del mismo árbol quizá, junto al que ya leyó otra carta de Carlota; vió el pañuelo primeramente, con gran atención; era de batista riquísima; en uno de sus picos tenía las dos iniciales de Carlota: *C. M.;* lo besó otra vez, impregnándose de aquel aroma embriaga-

Digitized by Google

dor que antes sentía llegar á su alma, emanado de la misma mujer. Encendió otro fósforo, empezó á leer la carta; al concluirla, nubláronse sus ojos, latió su corazón como con golpes de cíclope y exclamó roncamente cayendo de espaldas: —¡Infame!

Digitized by Google

XVI

¡Sorpresas!

Hallábase sola Teresa en su gabinetito de las Rejas de don Gómez; Paco estaba con la niñera en otra habitación; ni aun las monadas del chiquillo sacaron á Teresa en toda la mañana de la inquietud en que parecía sumergida; no hacía más que mirar el reloj como para atraer una hora con ansias mortales; asomábase al balcón á menudo y se metía dentro más inquieta y más nerviosa aun.—¡Si le habrá pasado algo, Dios mío!—exclamaba:

Sus expresivos ojos alzábanse al cielo al ha-

Digitized by Google

blar así y alzaba también las manos en ademán de súplica. Volvía á salir al balcón. ¡Qué soledad en la calle! ¡qué quietud tan pavorosa! No se oía una pisada, ni un pregón; las campanas de las iglesias tampoco parecían dar esas alegres señales de vida de las poblaciones donde hay, como en Córdoba, muchos templos.

Hubo un instante en que Teresa no pudo más con aquella inquietud que le agobiaba, y se dirigió á las habitaciones donde estaba Paquillo con la niñera.

Cuando la vió el niño, le tendió los brazos; ella le cogió, y besó acongojadamente sus manitas de rosa.

—Dios quiera,—dijo, nublados los ojos por las lágrimas—que no ocurra algún lance fatal; Dios quiera, niño de mi alma, prosiguió, estrechándole con ternura, que no te quedes sin padre cuando apenas si puedes pronunciar su nombre.

—Papá... exclamó el chiquillo, entrecortadamente, alargando los brazos como si entrase Ernesto en aquel punto.

Por un instante tuvo Teresa tal ilusión y vol-

Digitized by Google

vió la cara rápidamente, creyendo ver entrar á su marido.

¡Qué decepción más grande! No llegaba, no era él; sintió unos pasos entonces en la calle y corrió al balcón precipitadamente otra vez, sin soltar el niño.

Tuvo otro desengaño; no era Ernesto, era un hombre que pasó presuroso, así, como azorado, metiéndose en un portal que se cerró con estrépito. Después nada: aquella quietud de muerte, aquel silencio pavoroso.

Teresa lloró ya sin consuelo; no era que desesperase de ver á su marido, era que le agobiaban el corazón unas muy grandes opresiones. Cuando más entregada hallábase á su inquietud, sonó la campanilla.

—¿Quién será? dijo, estremeciéndose bruscamente.

Un criado se presentó al punto con una carta dirigida á su nombre.

—¡Dios mío! exclamó la mujer, viendo la letra: ¡si es de Carlota!

Leyó precipitadamente el contenido de la carta y preguntó luego con ansiedad al criado:

Digitized by Google

—¿Quién ha traído esto?

—Un mandadero del Hospital de la Misericordia.

—¡Del Hospital! repitió ella temblando. ¿Se marchó ese hombre?

—No, que está ahí; espera contestación.

—Que suba, que suba inmediatamente.

Se presentó á poco un hombrecito de cabeza gris y de cara rugosa.

—¿Fué V., le preguntó, fué V. quien trajo esta carta? ¿Quién se la dió?

—Sor María de San Carlos.

—¡Cómo! ¿una hermana de la caridad?

—Eso, una hermana, sí, señora. Una hermana hermosa como la luna.

—¿Hace mucho tiempo que está ahí?

—Poco; tres ó cuatro días nada más; pero ya sobró tiempo para que todo el mundo se hinque de rodillas al hablar con ella. ¡Vaya una madrecita, buen Dios!

—Pero señor, ¿qué significa esto? exclamó Teresa estupefacta; ¿qué es lo que sucede aquí? Espere, espere, añadió dirigiéndose al hombrecito.

Digitized by Google

Cambió de traje apresuradamente, y acababa de vestirse en un minuto cuando se le ocurrió de pronto esta idea:

—Pero, ¿y si viene Ernesto? ¿y si viene, después de tantos días de ausencia y no me encuentra aquí? ¡Ah! pero es preciso que yo vea á Carlota; le dejaré la carta que me ha enviado, bajo un sobre, y leyéndola él, si viene antes, comprenderá dónde he ido y porqué no estoy aquí para recibirle.

Lo hizo como lo pensó, metió el billetito de Carlota bajo un sobre, dejándoselo á la niñera, para que lo entregase á Ernesto si volvía antes que ella volviese y recomendándole mucho cuidado con el niño.

Salió después acompañada del hombre y con la imaginación llena de estupendas figuras por todos aquellos incidentes extraños que iban aglomerándose sin que se los pudiese explicar; detúvose al poco tiempo ante la gran puerta del Hospital de la Misericordia; quedó indecisa allí un segundo como si le pareciese que el primer paso que diera al entrar sería para caer en un abismo; tan exaltada hallábase su imaginación.

Digitized by Google

No supo cuándo entró, no supo por dónde, no supo á qué lugar la condujeron ni tuvo conciencia para otra cosa que para abarcar, de repente y en conjunto, la noble figura de su amiga con sus hábitos santos que hacían aumentar su belleza.

—¡Oh, Dios mío! Carlota de mi alma, ¿qué significa esto? exclamó acongojadamente, ¿qué ocurre? ¿por qué te veo así después de tu largo silencio? ¡Oh! no puedo más.

Y se arrojó en los brazos de Carlota, estallando á la vez en profundos sollozos.

—¡Pobre Teresa mía! respondió Carlota tiernamente, estrechándola contra su corazón y llorando con ella. No te figures nunca que yo fuí ingrata contigo; ni contigo, ni con nadie; la ingratitud es un veneno de que no pueden saturarse las almas buenas, porque como antídoto á ese veneno está el aroma de Dios que entra allí para contrarrestarlo; otra que no me conociese, tal vez tomaría á ingratitud mi sostenido silencio á tus consoladoras cartas; yo sé que tú no me crees así, ¿es verdad? dímelo, Teresa, dímelo, repetía con aquella voz de acorde ce-

Digitized by Google

lestial, besando al mismo tiempo á su amiga.

—Besa, sí, besa mis lágrimas, decíale la mujer de Ernesto. A tí te toca secarlas aunque sea con el calor de tus besos; á tí te toca, que por tí solamente derramé yo lágrimas en mi vida. Yo soy feliz con mi Ernesto y con mi niño; el recuerdo sólo de que tú no lo eres, es lo único que turba esa felicidad mía.

—¡Mi pobre Teresa! murmuró Carlota en voz baja.

Parecieron á Teresa aquellas frases un ritmo vago que brotó de no sabía dónde; un misterioso eco de la voz misma de la Virgen. Pasóle de repente á Teresa, por la imaginación, una idea que hubo olvidado desde el instante en que recibió la carta de Carlota; la idea de que Carlota no fuese ya pura; la idea del pecado que sobre su amiga cayó; el sambenito de que, á los ojos de los demás, hallábase cubierta; todo esto lo pensó con torturas del alma al oír aquella voz de perdones y rezos.

—No, no, murmuró temblando, si no puede ser, Dios mío, si no puede ser.

Digitized by Google

Sin desprenderse de los brazos de Carlota y sin permitir que Carlota se apartase de los suyos, echó la cabeza hacia atrás y quedó mirándola fijamente.

—Mírame, le dijo, pon tus ojos en los míos, no le hace que yo esté llorando y tú también; el velo de mis lágrimas no estorbará, de seguro, para que yo entre hasta el fondo de tu conciencia á través del velo de las lágrimas tuyas.

—Ya te miro, contestó Carlota; ya te miro como me pides; dichosos los que pueden levantar al cielo la mirada, aunque ellos sufran en la tierra.

Fué un instante aquel, solemne y misterioso; ni la una ni la otra hablaron; los ojos de Teresa, fijos en aquellos otros, nobles y serenos como la tranquilidad de Dios; permaneció Teresa con los ojos clavados en los de su amiga y los suyos no se ofendieron; no sintió rubor de contemplarla; su corazón honrado no se empañó de nube alguna, su espíritu de castidades no aleteó inquieto al encontrarse con aquel otro espíritu que creían manchado: la mirada inquisitorial primero de Teresa, ansiosa

Digitized by Google

y profunda á la vez, fué dulcificándose y serenándose lentamente al ver aquellos ojos negros, suaves, de infinitas y castas dulzuras, al ver aquella frente diáfana y tranquila como altar donde se santificaba el misterio, la pureza misma de algún ángel; aquella frente que parecía hecha para las inmarcesibles auréolas; vió la boca fresca, virginal... El beso del pecado nunca pudo mancillar aquella boca de candores; el conjunto de aquel rostro, encerrado en la blanca cofia, le pareció que se desmaterializaba lentamente adquiriendo la suave diafanidad, la bendita trasparencia del rostro de los místicos. Se sintió Teresa embargada de una profunda emoción que la cogió toda, quitándole el pensamiento de lo que no fuese aquella grave y noble figura que ante sus ojos tenía. Su espíritu doblegóse ante ella sumisamente, como ante el señor el esclavo; profundos respetos embargáronle por aquella á quien condenaban como pecadora, y sin comprenderlo, sin estudiarlo, sin definirlo, como un acto inconsciente de su voluntad, como una necesidad cuya explicación no podía darse sino por la causa de

Digitized by Google

la necesidad misma, se inclinó y besó una mano de Carlota.

—¿Qué haces? preguntó Carlota, sorprendida.

—Déjame, no sé lo que hago, no lo hago yo, lo hace mi alma porque le es preciso. ¡Cuánto tiempo sin verte, Carlota! meses hace ya, años. Yo, te he tenido en el pensamiento siempre como antes eras y sin adivinar cómo serías ahora. Mis cartas eran de niña, cómo lo éramos nosotras al separarnos; no te creí ingrata nunca, pero en el fondo de mi corazón te culpé porque no me escribieses, sin pensar, como en este momento lo hago. ¡Cuánto me acordé de nuestra existencia pasada, cuando tú con solícita dulzura me ayudabas á saltar por las rocas del Espigón en las playas malagueñas, hasta hundir nuestros pies en las espumas de las olas! cuando el rayo ardoroso del sol brillaba sobre nuestros cabellos; cuando en aquellas noches tranquilas de estío, á la vuelta de Málaga, allá, en el huerto de tu casa del Albaycín, empeñábame yo en contar las estrellas que, como lámparas misteriosas, alumbra-

Digitized by Google

ban con la luna nuestros juegos infantiles. Yo quería arrancar las hojas de las flores para que me dieses un beso por cada una que arrancase. Yo quería contar las estrellas para que me dieras un beso por cada una que contara. Carlota, yo te seguí tratando siempre como te traté desde niña; lo mismo fuí en mis cartas; aunque ya era mujer y tenía hijos, siempre traté á mi Carlota cual á una niña como yo; pero yo no sé ahora lo que me ha pasado: te he visto, te he visto un instante con fijeza, y sin dejar de quererte lo mismo, yo no sé qué sentimiento de respeto me postra ante tí y hace que me ruborice.

Coloreáronse ligeramente las facciones de Carlota, y quedó confusa un instante sin saber qué decir. Teresa la cogió de las manos entonces, la hizo sentar tratándola en aquel punto verdaderamente como á una niña, se sentó á su lado después y dijo ávidamente:

—Pero, habla, habla, cuéntame todo lo que te sucedió.

Carlota cerró los ojos al oír estas palabras, y la suave coloración de sus facciones

Digitized by Google

se tornó súbitamente en lividez de cadáver.

Teresa que la observaba, se alarmó, se arrepintió de haber hecho su pregunta.

—No, espera; no te inquietes, exclamó Carlota con ese blando reposo de las almas que acogen al dolor como amigo y hasta parece que se nutren de él. Yo te lo diré todo; es preciso que te lo diga; es mi deber también. Lo que no hice hasta hoy, por temor de que te inquietara ó de que sufrieras, lo haré en este punto como si fueses mi confesor, y ¡quién sabe si para que me perdones también!

—Perdonarte... exclamó Teresa muy pálida, nublándose su vista de repente al recuerdo de las cartas de Alfonso; perdonarte... repitió. ¿Qué puede hacer una santa que se le tenga que perdonar?

—No soy santa, repuso Carlota, sonriendo, soy una pobre mujer como tú y como las demás; ¿qué digo? más débil, más pobre, más indigna que todas.

Teresa temblaba, temblaba de oír hablar á su amiga; por otra parte, tenía la convicción de no haberse equivocado, juzgándolo bien.

Digitized by Google

—Vamos, dijo, no quiero oírte hablar así, Carlota; contéstame, ante todo, á una pregunta: ¿desde cuándo estás en esta casa?

Se ocultó Carlota el rostro entre las manos al oír aquella interrogación y permaneció en tal actitud breves instantes; apartándose luego las manos del rostro miró á Teresa con resignación y dijo:

—Estoy aquí desde hace cinco días; desde que supe que me quedé viuda.

Digitized by Google

Digitized by Google

XVII

Carlota y Teresa

Figuraos el estupor de Teresa cuando oyó la noticia que Carlota le dió de ser viuda. Aquellas últimas palabras de Carlota bastaron solamente para llenar otra vez su cerebro de un mundo de ideas que le asaltaron á la par combatiéndola y encadenándola.

Carlota era viuda; la idea de su falta pasó por Teresa entonces, pensando que, caso de haberla cometido, tendría más disculpa; luego desechó eso indignada, sólo con haber mirado otra vez

Digitized by Google

aquel semblante pálido y sereno de la amada mujer de Alfonso.

Carlota no podía pecar de ningún modo; Carlota era buena siempre, lo mismo de viuda que de casada; Carlota no necesitaría jamás la indulgencia de nadie; ¿por qué ella, Dios bendito, lo había pensado?

Cuando salió un poco de la impresión recibida, preguntó tímidamente, con los ojos fijos en Carlota, como si no creyera aún la noticia que le dió:

—Pero, ¿y cuándo ha sido eso?

—Ni ocho días siquiera hará que yo lo supe. De lo demás, ¿qué he de decirte? El obispo de Córdoba, era pariente lejano de mi madre; me conoce y me estima. Vine, le expuse mi deseo de pasar el luto con este hábito y en esta casa; lo he conseguido y aquí me tienes.

—Pero explícate, mejor, hija mía, explícate, que me estoy aturdiendo y me voy á volver loca. Habla y vengamos á parar con tu discurso á este instante en que yo te veo con esos hábitos que, con tus ojos de piedades y tu cara misericordiosa y divina, te hacen aparecer á los

Digitized by Google

míos como una santa. Estos hábitos que te completarán y todo, pero que están llenándome el corazón de terrores.

—Oye, pues, Teresa; oye de una vez para siempre; oye, para que nunca más hablemos de lo mismo. Ya te acordarás de nuestra tristeza al separarnos; nuestras flores del huerto del Albaycín quedaron solas; me he conmovido mucho acordándome de aquellas noches estivales cuando oíamos las campanas de Santa Isabel y de San Cecilio en concierto con las coplas de las mozuelas de allá; con la esperanza de verte muy pronto me separé de tí, viajamos mucho, á nuestra vuelta á Madrid empezaron mis relaciones con Andrés, que fué luego mi marido; era amable, complaciente, muy educado, con apatía para todo, según pude observar luego, que solía confundirse con la tranquilidad de un alma bienaventurada. A mí me agradó; supo cautivar mi ánimo con las relaciones de sus viajes; el principal aliciente que para mí tenía en todo aquello constituíalo la afición que revelaba por las empresas nobles, y sus pensamientos, que me parecieron desde

Digitized by Google

el principio muy elevados; me pareció bueno; me pareció leal, y cuando mis padres me consultaron sobre si le aceptaría yo por esposo ó no, con inocencia que podrá extrañar, pero que yo no pude remediarlo porque era y soy así, me encogí de hombros y acepté.

—¡Oh, mi pobre Carlota! ¿y no le amabas de seguro, es verdad?

Carlota sonrió con mansedumbre.

—¡Amar!... ¡si tú supieras, Teresa mía, cuántas veces estuve para preguntarte en mil cartas que no llegué á dirigirte lo que significa amor!

—¡Ay, Carlota! ¿pero qué me estás diciendo?

—Yo, prosiguió Carlota lentamente, le amaba según el amor lo entiendo; yo le amaba con un sentimiento que Dios puso en mí para repartirlo por igual en todas sus criaturas. Yo le amaba como á tí te amo, como á mis padres amé, como al pobre que se me acerca en demanda de una limosna, como al niño que la Virgen María tiene en sus brazos y como al niño andrajoso que se revuelca en tabuco miserable.

Digitized by Google

—¡Qué miedo me das, Carlota!

—¿Miedo de qué?

—De que no hayas sabido hacer feliz á tu esposo.

—Calla, calla, por Dios, Teresa, no digas eso nunca; que yo no te lo oiga más; tú, sin saberlo, has tocado duramente la llaga de mi corazón, ensangrentándola; si yo fuí pecadora, por el cielo te pido que me escuches hasta el final, ya que es una confesión lo que te estoy haciendo.

—¡Pecadora! ¡Oh, hija mía, cómo me estás haciendo padecer!

—Al poco tiempo de verificarse mi matrimonio, con intervalo de muy pocos meses, y eso tú ya lo supiste, murieron mis padres; ¡pobres! ¡qué tranquilos murieron, con la seguridad de que ya no me hacían falta alguna! Pero yo me encontré en un desamparo muy triste desde el instante mismo en que me separé de ellos para ir con mi esposo. Cambió Andrés completamente en un solo día; esta mudanza la observé yo después; por muy poca experiencia que tuviese, por inocente que fuera, había algo en mí, una voz que sonaba yo no sé dónde, diciéndome que no

Digitized by Google

era lógico aquello que sucedía. Yo no recuerdo haber recibido jamás una noble caricia de él, añadió Carlota sonrojándose hasta lo blanco de los ojos como la más tímida doncella.

—¡Cómo! exclamó Teresa asombrada, no atreviéndose á creerlo.

—Sí, desde el momento mismo en que nos cobijó un mismo techo, en que hubo un mismo hogar para que lo santificásemos, él se entregó á una vida libre, completamente, de toda valla y de las preocupaciones que deben existir en un hombre que entrega su mano y su apellido á una compañera; gastó en muy poco tiempo más de la mitad de mi dote, y, al morir mis padres, casi toda la fortuna heredada por mí. Yo no me quejé, ni me he quejado nunca; quizás era un funesto principio en mí, pero yo creía, y sigo creyendo aún, que al ofrecerme á él delante de Dios como suya para toda la vida, todo lo mío había de ser suyo también con mucho más motivo, y que yo tenía que someterme sin protesta á todo aquello á que él me sujetara. Quise volver á mi país y le pedí autorización para ello; me la concedió en seguida, con

Digitized by Google

aquel tono afable y aquella urbanidad que nunca desmintió y por lo que tanto renombre tuvo. Volví á Granada pensando en tí, y te habías venido ya á Córdoba; empecé á recibir tus cartas llenas de ternura, y preferí callar, y aun parecer ingrata, á llenarte el corazón con las penas del mío.

Guardó silencio Carlota breves instantes y la contempló Teresa con triste piedad; ansiaba hacer una pregunta á su amiga; procuró resignarse, segura de que ella en el progreso de sus explicaciones llegaría adonde Teresa quería que llegase, á hablar de Alfonso. Carlota, en tono más dulce que nunca, como una suave nota que ejercía misteriosa influencia en el corazón y en el cerebro de la asombrada amiga, prosiguió así:

—Una gran congoja empezó á morderme entonces: ¿tendría yo la culpa de que Andrés viviese tan apartado de mí? ¿habría yo hecho algo sin saberlo? ¿consistiría quizás en mi carácter reconcentrado siempre y lleno más bien de la idea de otros mundos que la del mundo en que vivimos? Esto me hizo llorar

Digitized by Google

mucho y pasar muchas noches en vela; pero ¡cómo, Dios piadoso, haría yo para atraerle, si no encontraba en mí condiciones ningunas por más que yo misma estuve siempre buscándolas! No sé; no podría yo explicarte nunca los tormentos que sufrí, y no sé decirte tampoco que no eran tales tormentos por los despechos, por las cóleras, por las ceguedades de que yo oí hablar, que sentían ó sintieron otras mujeres al saber que sus maridos las dejaban sin amparo, abandonándolas á sí mismas, no; por lo que yo creo que sufrí, verdaderamente, fué por otra cosa, fué por la piedad inmensa que había en mí para él, fué la pena de que, reconociendo yo en mí, alma y corazón suficientes para endulzar la vida, si fuera posible, de toda la humanidad al ir á hablarle no encontrara yo tonos dulces á mis palabras, tonos que le atrajesen, que le encadenasen, y no podrás figurarte nunca qué agonías pasé con esa pesadilla eterna.

—Sí, Carlota, sí, me lo figuro, contestó Teresa compasivamente: no solamente me lo figuro, sino que lo sé mejor que tú. Yo te expli-

Digitized by Google

caré de un modo muy sencillo lo que tú no supiste explicarte nunca; la explicación está en eso mismo que de tí me has contado; el que tú encontrases en tu corazón alientos y grandeza para el amor de toda la humanidad y que quisieses ahí también meter á tu marido, confundiéndolo todo en un mismo sentimiento. El amor á la humanidad es el amor á Dios; pero el amor á Dios, no es el amor que al marido se tiene, aunque esté impregnado de un hálito puro que emane en verdad de Dios mismo.

—Me confundes, Teresa; no sé lo que siento en mí, después de haberte oído.

Teresa se removió impaciente, y aproximándose más á Carlota, dijo así:

—Vamos á ver, hija mía, vamos á ver; lo que me dices es muy interesante y muy conmovedor, y muy verdad sobre todo; pero no veo muy clara esa confusión tuya. Aquí hay que poner los puntos sobre las íes, si yo he de saber á qué atenerme, porque he de decir, para que tú lo sepas, que las metáforas son, en ocasiones, más perjudiciales que la verdad monda y lironda. Vamos á empezar de nuevo, aunque

Digitized by Google

ahora sea mucho más corto. Te casaste con aquel hombre. Bien, ¿y qué?

—Pero Teresa, ¿adónde vas á parar?

—No te importa; dime tú muy clarito adónde fué á parar él la noche de tu casamiento, que es lo que se necesita para yo estar segura de lo que pasó y pueda juzgar en la causa.

—No te comprendo, hija.

—¿Pero tú estás en el limbo?

Miró Teresa á un lado y otro como para cerciorarse de que no eran oídas, y añadió muy bajo, sin titubear, aunque poniéndose un poquillo colorada:

—Así, como si confesaras delante de la buena Virgen de las Angustias; nadie nos oye; dime una palabra no más, aunque sea muy difícil: tu impresión al quedar sola con tu marido por vez primera.

Enrojeció Carlota hasta parecer que la sangre le estallaba.

—¡Qué preguntas haces! dijo.

—Pero, ¿por qué tiemblas?

—De miedo, de cólera, no sé, de vergüen-

Digitized by Google

za quizá. ¿Por qué has recordado esa noche?

—Pero ¿y después? preguntó Teresa implacable.

—Nada: nunca más entró en mi dormitorio.

—¿Lo quisiste tú?

—No, él, yo me sometía.

—¡Ah, granuja! gritó Teresa, sin acordarse del lugar donde estaba: no hables más, que ya le conozco.

—Ha muerto, exclamó Carlota con gravedad solemne.

—Y si estuviera vivo le diría en su cara lo que te digo á tí. Que fué un canalla, que enfureció su sangre tu hermosura y creyó tenerte como una de sus lobas, en las bacanales á que siempre se entregó; encontrándose una cosa para él desconocida, la castidad de la hembra que vive de sus sueños, la virtud, los pudores de la virgen, te despreció vilmente porque no te parecías á las otras. Déjame, y no me digas una palabra siquiera, porque me enciendo y no voy á responder de mí. ¡Y todavía te inquietabas! ¡Y sufriste por él! ¡Como si lo viera! Con ese corazonazo que tienes, á los tres días olvi-

Digitized by Google

daste la ofensa, para pensar sólo en tu culpa de no haberle sabido hacer feliz. No, Carlota, no; levanta la cabeza; la mujer no ha de avergonzarse del marido: el sentimiento que le inspire ha de ser suave, consolador, benévolo; ha de mirarle como un apoyo, como un amigo y como un maestro. Desde el instante en que un hombre no sepa inspirar á la mujer esa convicción, la mujer no debe sufrir porque no le ama; bastante tendrá con lamentarse de su poca suerte por no haber hallado en el compañero de toda su vida un talismán contra las penas, y un guardador de su fe. No sufras por no haber amado ni haberte hecho amar de tu marido, que así fuiste buena. Levanta la frente y no olvides esto último: amándole hubieras sido tan infame como él.

Carlota no levantó la frente, la inclinó con pena y se echó á llorar.

Teresa sintióse con un malestar profundo. Viendo aquellas lágrimas habíase acordado de Alfonso.

Digitized by Google

XVIII

¡Viva la libertad!

En los tres cuartos de hora que duró la conversación, en nada pensó Teresa, que no fuese aquello mismo de que se estuvo hablando: habíala sorprendido tan grandemente la inesperada presencia, allí, de sor María de San Carlos; la impresionó después de un modo tan profundo lo que de sus labios oyó, revelándose ante ella el carácter verdadero de su amiga, que por un instante olvidó todas sus anteriores inquietudes, que tanto la molestaban.

Pero al separarse de Carlota, todo lo recordó

Digitized by Google

otra vez; avanzó aceleradamente hacia las Rejas de don Gómez. El mismo hombrecito que fué por ella, acompañábala ahora también. Llegó, y apenas podía respirar. Subió jadeante, como si la vida le faltara.

—¿Ha venido? preguntó al primer criado que tuvo á la vista.

—No, señora.

—¡Oh! es preciso ir á preguntar á la estación, exclamó, cruzando las manos, angustiada.—Pero añadió después: es imposible, no lo sabrán. ¡Quién sabe si no vendrá hoy! ¡Quién sabe si vendrá en un expreso!

Hízose las últimas reflexiones resignadamente, entrando en la habitación donde la niñera estaba: le recogió el billete de Carlota; abrazó y besó al niño, y le miró largo espacio.

—No, dijo al fin, ella es honrada; aquellos ojos miran como estos.

Cambió de traje otra vez, poniéndose el que antes tenía: terminando estaba, y oyó el rodar de un coche: se abalanzó al balcón, el coche se detuvo á la puerta, la mujer lanzó un ¡ay! de felicidad. Ernesto salía del coche, tomó

Digitized by Google

Teresa el niño en sus brazos, y salió después á la escalera á esperarle. Subió Ernesto, y envolvió en un abrazo á la madre y al hijo.

No hablaron; hay felicidades á las que estorba la palabra, como al dolor mismo estorba la vida: el niño acarició con sus manecitas sonrosadas la frente de Ernesto, y él se estremeció; la frente aquella, que acababa de tocar la mano del niño, se preñó de arrugas, á la vez que los ojos del hombre se llenaban de lágrimas.

Lo observó Teresa y tembló de espanto.

—¡Ernesto! ¡Ernesto!—dijo,—¡Cuando tú volvieras, debía ser eso...!

—Y será, contestó el marido, lentamente.

Teresa quedó muda, inmóvil, fría, con los ojos fijos, como si alguna aterradora imagen, visible solamente para ella, la aplanase con su siniestra fascinación.

—¡Valor, Teresa mía! es un mal rato, que pasará pronto.

—Sí, sí, es verdad; exclamó Teresa, queriendo combatir contra aquel extraño terror

Digitized by Google

que la invadía. Y luego, Ernesto, después de vacilar un poco, pero como si quisiera apartar á su mujer, á costa de lo que fuese, de aquella gran impresión que había experimentado, añadió en tono ligero:

—¡Cómo, Teresa! ¿no me preguntas por tus amigos de Granada!

Indiferente al parecer, esperó ansioso la contestación de Teresa.

Pero Teresa se tranquilizó algo: la figura de Carlota, dulce, suave, resignada, se apareció ante ella: recordó sus palabras, inspiradísimas, su evangélica mansedumbre, su valentía, su resignación, su santa impasibilidad de mártir, y cobró aliento.

—Vamos,—dijo,—cuéntame, cuéntame todo lo que en Granada hiciste. ¿Tienes tiempo?—añadió mirándole fijamente.

—Tal vez no me sobre mucho, contestó él sonriéndose; pero no le hace, abreviaré: mira, una cosa te digo.

—¿Qué?

—Que no vas á oír nada bueno, ni consolador, ni alegre, ni cosa que lo parezca.

Digitized by Google

—Habla, exclamó la mujer; habla, que tengo yo que darte á mi vez una noticia, cuando concluyas.

—Los compromisos que contraje al ir á Granada, eran muy sagrados: no me pertenecía, y no pude dedicar un minuto siquiera á negocios particulares míos, aunque el alma y la vida se me fuesen de dolor. De mi serenidad, de mi cuidado, de mi sigilo, dependían muchas existencias: me limité, así, á desempeñar mi misión, sin darme á conocer á Alfonso tampoco. Celebróse nuestra primera entrevista en una posesión que la marquesa tiene en Valparaíso: para no excitar sospechas, dió la viuda un baile que pasó como una de sus extravagancias. Allí estuvo Alfonso; le ví algunas veces, á dos pasos de mí; hubo un instante en que me costó esfuerzo grandísimo no descubrirme á él, y no abrazarle.

—Pero él ¿no te conoció?

—Lo original del baile, consistía en que era de máscaras, porque aquel diablo de mujer, lo previno todo; y no es solamente eso, sino que con su manía contra González Bravo, que todo

Digitized by Google

el mundo le ríe, pregona que no parará hasta que le eche del poder, y que conspira furiosamente, para ayudar á conseguirlo.

—¡Qué mujer, Virgen mía!—exclamó Teresa admirada.

—Bueno, pues ese mismo descaro, le sirve de parapeto, y nadie cree que conspire de verdad, sino aquellos á quienes ayuda. Hablando con Alfonso estaba ella, cuando yo me aproximé: le dejó para hablar conmigo; pasó Alfonso por mi lado, al retirarse. ¡Qué extraño me pareció su rostro! ¡Debe sufrir mucho por esa mujer!

Teresa no dijo una palabra; quería oír hasta lo último: le extrañó ya que su marido no hubiese empezado por decir, que todo era una ficción y que la mujer á quien Alfonso amaba, no tenía que ver en absoluto con la madre sor María de San Carlos; pero Ernesto parecía muy distante de lo que á su mujer bullíale en la idea; rápidamente, pues conocíase que le apremiaba el tiempo, se explicó así:

—Mientras estuve hablando con la marquesa, no perdí de vista á Alfonso: anduvo como

Digitized by Google

aturdido por el salón, y observé luego, que se le aproximó una máscara: no llevaba disfraz alguno: un traje negro elegantísimo, un antifaz del mismo color y una rosa blanca en el pecho. Comprendí inmediatamente que era Carlota, y tuve un pesar muy grande. ¡Ah! no fué por ella ciertamente, que fué por tí.

Se me perdieron de vista, y terminé yo con la marquesa; les busqué afanoso, y cuando ya se me iba la esperanza, vi dos sombras en un balcón, al través de los cristales; me escondí entre las cortinas, y allí estuve hasta que me cercioré: hablaron largamente; se estrechaban las manos en alguna ocasión; ella, besó de pronto una mano de Alfonso y pareció que lloraba. Me acordé en aquel punto de lo que me había dicho la marquesa antes. «Amigo mío, eso no tiene cura: yo se lo aseguro á usted, créame, que no me equivoco: para que eso termine, es preciso que alguien muera: conozco á Carlota perfectamente; no le digo á usted que es una santa, pero puedo decirle que le falta muy poco: á Alfonso le conozco mejor todavía; cuando ella se lanzó de tal manera, dada su rectitud,

Digitized by Google

su mesura y su corazón grande, es porque ha batallado mucho y no ha podido más: aquí lo que hay que hacer, como último recurso, es no hacer nada; callar y fingir que nada se nota; yo sondeé á Alfonso; inútil trabajo. Alfonso está loco, no me lo ha dicho, ¿pero necesita una mujer, acaso, que le digan esas cosas?»

Me hizo toda esta relación la marquesa, porque yo la puse al corriente de lo que sucedía, desde Córdoba, pidiéndola que velase por Alfonso, ya que no podía yo hacerlo; á pesar de su ligereza aparente, es una mujer de corazón, que hace lo que le es posible por sus amigos. Todo esto lo recordé, cuando ví á Carlota con Alfonso en el balcón del carmen de la marquesa.

Separáronse, y yo quise asegurarme más todavía. ¡Y si era otra mujer! Tenía en la memoria más que nada, el vigor de tu defensa, pensamiento que podía mucho en mí; dejé á Alfonso y seguí á Carlota; se metió en un carruaje de alquiler, que la llevó á la entrada misma del paseo donde vive; bajó del coche, y anduvo con rapidez; rodeó la casa hasta dete-

Digitized by Google

nerse ante un pequeño postigo que detrás hay; no debe tener confianza en nadie; á nadie reveló su secreto sin duda; ella misma abrió la puerta y la ví entrar, quedándome con el dolor que tú puedes suponer.

—Pero ¿y el marido? exclamó Teresa, siguiendo toda aquella relación ávidamente.

—El marido está en París,—contestó Ernesto.

—En el baile,—añadió,—nos pusimos de acuerdo para nuestras reuniones siguientes, y te digo que sin darme á conocer á Alfonso, velé cuanto pude por él; alguna noche, temí que sospechase de mi presencia en el paseo, aunque me recataba mucho; no podía estar tranquilo; me era imposible; entré un poco en calma en cierta ocasión, porque pude observar que otro hombre velaba por mi amigo sin que él lo supiese; le creí enemigo suyo; me aproximé á él en el paseo, notando que se recataba y le interrogué con ánimo firme; pude respirar un poco, te he dicho, al saber entonces que era un criado suyo, que le cobró gran afecto, y le defenderá de cualquier peligro á costa de su sangre.

Digitized by Google

Pasaron así los días, con más confianza yo, pero al cuidado siempre; llegué á tomar opinión del criado, que se apoda Pequillas, y supe que había recibido Alfonso ayer tarde un billete; por lo que pude comprender, era una cita lo que en el billete se le daba; yo me alarmé, no sé qué presentimientos me cogían amargándome y haciéndome mucho mal; le busqué, decidido á descubrirme á él, para que tomase mi consejo, aunque no suele tomarlos quien ama ciegamente; no pude hallarle; con la esperanza última de verle en el paseo, allá fuí; no encontré á Alfonso, pero encontré á Pequillas. Le pregunté.

—Ha entrado, me contestó lacónicamente.

En tal punto, oí gran alboroto en la casa; Pequillas se dirigió allá corriendo; yo me retiré desesperado; ni aun el peligro de la vida de Alfonso, podía hacer que yo cometiese una locura; á las pocas horas debía yo salir de Granada con el mayor secreto: un lance cualquiera, una detención por parte de la justicia, aunque no fuese más que de algunos instantes, podría ocasionar desdichas crueles á milla-

Digitized by Google

res de criaturas comprometidas. Volví á la hora, recatándome mucho; inspeccioné los alrededores y no me fijé en cosa que pudiera inquietar. Puede que aquel ruido no tuviese relación alguna con el asunto de Alfonso: ni Alfonso ni su criado estaban en el paseo. ¿Habrían vuelto á su casa? Fuí: hice que me abrieran, me informé; ni Alfonso ni Pequillas habían llegado aún: eran las cuatro de la mañana; figúrate mi inquietud; llegó la hora de marchar y sólo tuve tiempo de suplicar á la marquesa que no desamparara á mi amigo. Me vine, aquí me tienes y me voy al instante, porque ya oyes... ya oyes como hago falta en otro sitio.

Cuando Ernesto decía las últimas palabras, iba Teresa á gritar:

—Pero desgraciado, ¿cómo podía Alfonso tener anoche una entrevista con Carlota, si Carlota hace ya una semana que está en Córdoba?

Pero no lo dijo, no pudo: sintió de pronto que la sangre se le helaba en las venas: habíanse oído *¡mueras!* tremebundos y pasos precipitados; los pasos convirtiéronse en carre-

Digitized by Google

ras alocadas; asomábanse los vecinos á los balcones á medio abrir, pálidos los rostros y con miradas de terror; oíanse ruidos de puertas al cerrarse con estruendo y choque de sables y fusiles; aumentó la gritería: vibraron las campanas de los templos, como en una inmensa sinfonía de locura; con las campanas y los gritos, oyéronse las músicas que atronaron los espacios, con himnos patrióticos; algunos de los vecinos que se asomaban á los balcones, eran reclamados por los grupos de la calle, para que se uniesen á ellos; aquello fué por todas las calles de Córdoba; esta vez iba de veras; la Revolución presentábase terrible, grandiosa en su inmensa monstruosidad.

—¡Dios mío, Dios mío,—exclamó Teresa cayendo de rodillas,—vela por mi Ernesto de mi alma, vela por nosotros!

Ernesto no parecía oír: en un minuto se colgó al cinto, sobre la misma chaqueta de viaje, una espada; empuñó un revólver, abrazó á Teresa, besó al niño amorosamente, y en dos saltos se plantó en la calle.

Teresa dió un grito entonces; pálida, convul-

Digitized by Google

sa, febril, desencajados los ojos, cogió al niño en sus brazos y corrió al balcón. Salía Ernesto en aquel instante. Una aclamación inmensa se oyó, lanzada por los diferentes grupos de hombres armados, que allí se detuvieron: era el saludo del pueblo, á uno de los hombres que les guiaría á la libertad.

El miedo de Teresa desapareció de pronto; llorando de emoción y orgullo, levantó al niño en sus brazos para que el padre le viese; la multitud apiñábase al pie de sus balcones. ¡Ah, Teresa! fué un segundo de vértigo, de su buena sangre—¡Viva la libertad! gritó ansiosa,—y besó al niño después. Ernesto contuvo un sollozo de satisfacción, y en toda la calle vibró un rugido poderoso de sentimiento.

Digitized by Google

Digitized by Google

XIX

¡Luchana y Alcolea!

González Bravo dió al trono de D.ª Isabel II el último golpe al presentar en las Cámaras su Ministerio, después de la muerte de Narváez. El conde de San Luis se retiró también de la política, después de entonar su oración fúnebre al partido moderado que se enterraba con el ataúd del duque de Valencia. Los generales Serrano, López Domínguez, Echagüe, Serrano Bedoya, Dulce, Zabala y otro grán número, eran presos. Entretanto realizábase la coalición de los partidos en lo que ponían toda su alma Jovellar,

Digitized by Google

Rivero, López Roberts, Olózaga... ¿A qué enumerarlos? Aquello no fué una revuelta política. Aquello fué el destino. Tenía que ser y fué. El primer grito de la revolución lo dió en Cádiz la fragata Zaragoza con una salva de cañonazos. Esto fué el 18. El 19 desembarcó Prim, y hacíase público el manifiesto que redactó Ayala, con las firmas del duque de la Torre, Prim, Dulce, Serrano Bedoya, Nouvilas, Caballero de Rodas, Topete y Primo de Rivera. Sevilla se pronunció el 20, y encaminándose Serrano á Córdobá, librábase el 28 la batalla de Alcolea. Siguió el pronunciamiento en Madrid, fué declarada estrepitosamente la caducidad del trono español, y algunas horas después refugiábanse en Francia Isabel II, con su familia. Era el día 30 de septiembre de 1868.

El triunfo había sido fácil, es cierto, pero ¡cuántos años y cuánta sangre costó llegar hasta allí! La última valla puesta por el absolutismo á la libertad estaba en Alcolea y precisó destruirla á bayonetazos. Encuéntrase el puente á unos diez kilómetros de Córdoba. Las

Digitized by Google

horas que habían precedido á la batalla fueron de mortal inquietud para los jefes del levantamiento. Serrano hallábase en la casa del Capricho, donde estableció su cuartel general. La casa del Capricho corresponde á una gran posesión de los marqueses de Benamejí, y hállase situada en una eminencia cuya base arranca del puente, por donde tenían que pasar las libertades para enarbolar sus banderas de hoy, ó el absolutismo, más duro, más cruel, más terrible, para erigir el cadalso donde muriesen los hombres de la Revolución. Llegó la hora. Las vanguardias habíanse encontrado primero, al otro lado del puente. ¡Fué en Pendolillas!

Con vibrar poderoso cuyos ecos fantásticos repitiéronse en las gargantas de los montes, corriendo por la llanura y estremeciendo las almas, acá y allá retumbó la corneta órdenando romper el fuego. ¡Qué segundo es ese que existe entre las vibraciones del clarín para que empiece la batalla y el primer tiro que suena! Todas las funciones vitales parecen suspendidas en tal punto; toda la existencia parece vibrar en el latido inmenso de nuestra garganta, en

Digitized by Google

el examen solemne, que dura un solo segundo, de toda nuestra vida anterior!... Retumban allí las descargas, sucediéndose unas á otras con la rapidez de aquellos que desean aturdirse, unísonas, estruendosas. Pronto se rompe esa tremenda monotonía. Sucédense á las descargas nutridos fuegos de una parte y otra. Con las primeras detonaciones forman concertante doloroso los ayes de los heridos, que empiezan á caer. Nadie cede, nadie ceja. Echevarría, por cuyo mandato empezó el fuego el medio batallón de las guerrillas de cazadores de Barcelona, va notando ventajas sobre los revolucionarios. ¿Por qué no los empuja Serrano por los flancos y la retaguardia, como pudo muy bien hacerlo? La tibieza que nota Echevarría en sus enemigos, parece alentarle. Nota además el espantoso número de bajas que sus cazadores hacen en los otros. Tiende la vista y ve al conde de Girgenti, en la margen opuesta, con un gran golpe de caballería. Escucha á la par el cañoneo que le anuncia el avance de Novaliches, y todo lo ve claro, fácil. No tiene duda, rebosa de orgullo, se embriaga, despéñase

Digitized by Google

como el torrente, y, saltando de su posición con sus tropas, arrojado, brioso, espanta y fascina. Salva con rapidez los arroyos de Buenagua y las Loveras, y el choque es terrible. El fuego se apaga; los guerrilleros de la Revolución, sombríos, firmes, silenciosos, pujante el brazo y calada la bayoneta, están allí; y de repente, la avalancha encuéntrase contenida por el robusto murallón. El ruido de aquel tremendo ataque retumba en la inmensidad. Los bravos leones de uno y otro ejército se agarran, se confunden, se destrozan; parece el gran turbión de hombres juntos un mar de olas terribles que se inclinán y saltan en las sinuosidades de la sierra. Confúndese la maldición con el lamento, las voces de los jefes, el golpe de los fusiles que saltan rotos, el vibrar de las cornetas, los tiros de revólver. Ruedan los cadáveres por la escabrosidad, saltan los hombres las cañadas, y allí, sobre el borde de los derrumbaderos, se abrazan, rugen, húndense las bayonetas en el corazón del contrario, la sangre lo enrojece todo, y el sol ennegrece las caras, negras ya por la ira y por la pólvora.—¡Viva la reina!—

Digitized by Google

gritan unos.—¡Viva la libertad!—gritan otros. Y esos gritos, que se lanzan en el fragor de la contienda, es acicate que imprime doble fuerza á los corazones para que rujan de entusiasmo y de cólera. El encono crece, la lucha se agiganta, ninguno ceja. No obstante el feroz ímpetu con que se arrojaron las tropas isabelinas, detiénense ante la recia muralla del enemigo; los de Isabel son menos numerosos. En el primer momento, la erizada línea de bayonetas contiene el gran golpe... Pero, ¿qué será eso para calmar la furia del huracán que todo lo arrolla? Aquella vanguardia isabelina es la fatalidad que pesa sobre los infelices soldados de las guerrillas liberales. Terrible, brava, ciega, todo lo vence al fin, todo lo destruye, y avanza victoriosa: oficiales y subalternos besan allí el polvo. La vanguardia ha vencido; la derrota es segura. El teniente coronel García no puede contener el resto de su batallón, que corre en retirada. En esta retirada son arrastrados los batallones de Tarifa y de Simancas. ¡Oh dolor! ¡oh cólera! ¡La libertad muere! El coronel del segundo batallón de Cantabria, Díaz Berri,

Digitized by Google

quiere que lo envuelvan también; arranca la bandera del regimiento de manos del alférez,—¡Viva la libertad!—grita, y se arroja sobre el enemigo. Muchos valientes le siguen, pero la vanguardia isabelina es una montaña de acero que rueda para aplastarlos. Nada es posible contra ella; es el destino. Todos procuran enardecer á los soldados liberales que retroceden. El brigadier Salazar y el brigadier Manso por un lado, oficiales y jefes por todas partes, y el general Caballero de Rodas, loco de furia, hacen esfuerzos de valentía y de elocuencia para volver las tropas á las posiciones.

Desde la casa del Capricho mal puede Serrano saber la desdicha de su vanguardia. Envía un ayudante y otro, que tardan en volver. Está inquieto, preocupado. Llega en tal punto un ayudante de Caballero de Rodas. Cuenta á Serrano lo que ocurre, entrecortadamente, con gran emoción. Serrano se apresura, da órdenes, dos brigadas corren en el acto, saltan los soldados, como lobos, el Yegüeros, coronan la mesa, y hacen desde allí espantoso fuego en columnas cerradas por batallones. Ante la gran

Digitized by Google

acometida, los isabelinos se revuelven iracundos. Veíanse victoriosos y la sorpresa desaliéntalos súbitamente, la confusión se inicia, échanse atrás, retroceden, huyen. Echevarría, que todo cree haberlo conseguido, brama de cólera. No escarmienta, da sus órdenes, rehace á sus soldados, á quienes los liberales no han querido perseguir, y, quedando en el jaraloncillo de Pendolillas, por el arroyo de la Buenagua, en el acirate del río, los arenga, corre en su caballo de un lado á otro, y el fuego de fusilería empieza otra vez. Suena allá el cañón de tarde en tarde, y ni sabe Novaliches lo que ocurre á Echevarría, ni Echevarría lo que ocurre á Novaliches. El fuego de las vanguardias va otra vez haciéndose rápido, nutrido. La fiebre empieza de nuevo. La brava sangre española enciéndese con prontitud. Los soldados no necesitan arengas para pelear ni órdenes para morir. Los cazadores de Madrid son los primeros que se lanzan á la bayoneta. Los batallones de Gerona y de Barcelona, por las dos alas, les siguen, les secundan, rebasando nuevamente los dos arroyos de Buenagua y de Yegüeros, y aba-

Digitized by Google

lánzanse unos y otros con tremendo ímpetu. En los repechos, en las hondonadas, en los arroyos, en todas partes hay muertos otra vez; en todas partes, heridos. Otra vez el combate se hace rudo, loco. Los de una parte y otra son tigres que braman. Los alaridos de *¡Viva la reina!* y *¡Viva la libertad!* se mezclan. Caballero de Rodas, que, pasada su anterior fiereza, se muestra ahora digno general, ha permitido que avancen, y sucede lo que sucedió antes: reune sus batallones y los hace retroceder ante un número de tropas excesivo. No basta aún, y Caballero de Rodas da otro ataque en el que entra un batallón de marina y su aguerrida escolta de carabineros. La carga es horrible. Las tropas liberales lo arrollan todo al grito de *¡Viva Serrano!* Los de Novaliches son seguidos por las bayonetas de la Revolución, que los despedazan. Todos huyen á una, dejando en el suelo sin fin de heridos. El comandante de Barbastro, Zabala, llora de ira y cae prisionero con otros muchos oficiales y compañías enteras. Todo parece que concluyó. Por segunda vez la libertad luce; pero Echevarría, ese bravo loco vive aún;

Digitized by Google

aparece de pronto donde todavía se sostienen algo sus tropas, y, con dos compañías de reserva no más, lánzase como un torbellino. Cae de pronto sobre el batallón de Cantabria; vienen también por otro lado los cazadores de Madrid al ejemplo de Echevarría. Pero aquella es ya una lucha desigual, horrenda, astuta, monstruosa, de muerte, sin cuartel; eran muchas compañías, y un batallón, y otro, ayudándose, defendiéndose, muriendo, matando, levantándose, cayendo. El batallón de Cantabria va á perecer, copado casi por las compañías del general de la vanguardia isabelina y el batallón de Madrid; pero el de Borbón cae entonces como un torrente sobre el enemigo que quiere despedazar á Cantabria y ya lo consigue. *¡Viva Prim! ¡Viva la reina! ¡Viva la libertad! ¡Viva Serrano!* Los gritos se confunden, las fragosidades de la sierra parece que entonan horrendos cánticos de muerte. El sol se oculta, la noche empieza, los fuegos de fusilería van apagándose. Todos los de Echevarría huyen ya locamente. Echevarría cae prisionero y logra escapar, y cuando el estruendo de la guerra allí ha cesado,

Digitized by Google

se oye la voz del cañón, imponente y aterradora, por la parte de Pan-Jiménez, retumbando en la inmensidad como una gran voz de los cielos.

Novaliches había permanecido, mientras, apoyándose con su flanco izquierdo en la cuesta de la Rinconada, con su derecha en la margen izquierda del Guadalquivir, con su retaguardia en los declives del cerro de las Cumbres, con su frente en la orilla derecha del arroyo de los Tejedores y su retaguardia en la llanura de la Casa Blanca, formando el conjunto un magnífico golpe de vista. Allí permanece en la inactividad horas y horas, descansando tranquilo. No piensa en las ventajas que podría conseguir poniendo el grueso de sus tropas en movimiento, y recibe un doloroso desengaño. Después de un Consejo de generales, cuando un ayudante de Lacy le entera de la prisión de éste, de su libertad, de la tardanza de Echevarría, está él á más de una legua de distancia de Alcolea. Veníase todo encima de golpe, pues se consintió, sin duda, en que Echevarría y los brigadieres Lacy y Trillo le franquearan el paso

Digitized by Google

para entrar sin más en Córdoba, triunfante. Del Consejo de generales resultó que se aplazaría su gran jornada para el día siguiente, mientras que parte del ejército murió despedazado y sin ayuda, sin que ellos tengan noticias de lo que ocurre. Avísanle en este punto sus batidores de caballería de que se oyen tiros hacia la otra parte del Guadalquivir, y es que allí empieza el combate ya descrito. Van con los batidores á asegurarse de ello Vega Inclán, Jiménez de Sandoval y el general Sartorius. Unos aseguran que sí, que se oye tiroteo allá, otros que no se oye nada, y queda el ejército en la misma cruel ineptitud. Al fin se convencen de que hay batalla, porque se escuchan distintamente los disparos y se ve el humo de la pólvora que gira lento en los aires como grandes y ondulosos crespones fúnebres. Triste situación para el general; ni puede acudir á tiempo en auxilio de los suyos, ni puede atacar tampoco por el puente, porque se figura, con razón, que cuando consiga ponerse en actitud de ataque ya habrá todo terminado allí. Está dudoso, inquieto, sin saber lo que ocurre. Llega al fin un ca-

Digitized by Google

pitán y le anuncia que Echevarría rompió las hostilidades. Pónele al corriente de todo. El caso urge, y manda al coronel de infantería del Príncipe que salga escapado con su batallón y repase el Guadalquivir. En esto, el coronel Girgenti, yerno de la reina, sin órdenes ningunas, sin consultar á nadie, viendo la incertidumbre de unos y la poca decisión de otros, parte á galope tendido con sus húsares. Gran número de soldados se entusiasman y le siguen. Corre detrás la caballería. Novaliches se disgusta grandemente de aquella insubordinación del conde, que obra por sí solo; y siéndole ya imposible hacerle retroceder, hace adelantar mucha tropa de infantería para que vaya en su apoyo. Pasan las tropas al fin el puentecillo del arroyo de los Tejedores, formándose después en la gran llanura de la Casa Blanca. Treinta y dos piezas de artillería avanzan en secciones, mandadas por Camus y Alcalá. Por el centro, y á su derecha é izquierda, los batallones de infantería de Mallorca, de Málaga, del Rey, de Gerona, de Asturias y de Iberia, á las órdenes de los dos generales Sartorius y Carcía Paredes. Estos seis

Digitized by Google

batallones forman tres grandes columnas de combate, escalonadas correspondientemente. Van después cuatro regimientos de caballería: los de Montesa, de España, de Talavera y de la Reina. Los manda el general Vega Inclán y los brigadieres Vega y Lacy. Caminan en grandes alas por escuadrones, y cierran, en fin, la marcha la guardia civil y rural. Es un espectáculo que impone al corazón puros sentimientos de grandeza y lucha. Todos los desfiladeros de las montañas están cuajados de curiosos de los pueblos de las inmediaciones. La admiración impónese al miedo, y allí quedan extasiados y confundidos ante aquel gran cuadro de miles de hombres que serpentean de un lado á otro. Parecen las puntas de las brillantes bayonetas inmensa y movible lengua de acero que confunde su curso y sus irradiaciones con el curso y las irradiaciones del Guadalquivir.

Ante la arremetida de Girgenti, que llega como huracán desbordado, repléganse presurosas las avanzadas del ejército liberal desde Pan-Jiménez. Los unos replegándose y los otros avanzando forman un pavoroso estruendo, que ha-

Digitized by Google

ce retemblar toda la campiña. Las pisadas de los caballos, los gritos de los ginetes, el rodar de los cañones, el relincho de las mulas, las voces de los soldados, es un ronco vagido interminable, sin concierto, febril: son las entrañas de la tierra desgajándose en hecatombe monstruosa. Detiénese el conde á escasísima distancia del puente, dispara sus cañones, contestan á ellos de la cuesta del Capricho las baterías de López Domínguez, reina un profundo silencio y las baterías de Novaliches avanzan á paso largo, rompen el fuego y todos los cañones de las tropas liberales entran en fuego también. El combate es ahora de artillería solamente. Se precipita Novaliches hacia Girgenti, infórmase de todo por sí mismo, retrocede, da órdenes y van unas baterías con gran refuerzo de infantería hacia la carretera vieja y salen por allí precipitados para ganar la dehesilla del León. Todas las demás piezas desplegadas rompen el fuego avanzando hacia el puente. Generalízase el combate de artillería y se cruzan las balas de cañón llenando el espacio. El día va extinguiéndose y las llamaradas de los cañona-

Digitized by Google

zos iluminan rápidamente una y otra vez, como grandes bocas de infierno que de repente estallan. Una y otra artillería hacen terribles estragos: la de Novaliches precipita el avance y las detonaciones. Fatalmente, los cañones, con los infantes de refuerzo que van hacia la dehesilla del León, encuéntranse con otra batería que el prevenido Serrano puso en la cuesta de la Ermita de los Angeles. Rompen desde allí el fuego hacia la carretera y no la permiten llegar. Un cañón se les vuelca y rugen allí los hombres desesperados. Un certero proyectil hiere á Esteban, teniente coronel de Estado Mayor, y mata á cuatro artilleros.—¡Adelante!—grita el general de la Reina. Girgenti se oculta detrás de los paredones del cortijo de Pan-Jiménez. López Domínguez obsérvales. De un fatal disparo arroja allí un proyectil, cae en la casa, revienta, prende fuego, huyen todos y todo queda allí reducido á cenizas.

La tarde avanza, la luz del día se pierde, los disparos van extinguiéndose, la noche empieza. Es una noche triste y fría. Pasó esa hora solemne de la oración: la hora en que el campe-

Digitized by Google

sino, cansado de las faenas del día, vuelve al hogar en busca de la quietud, entre los suyos; la hora solemne de las melancolías y las meditaciones; la hora de la paz y los pensamientos de religión. Las campanas tañen, plañideras y quejumbrosas, santas plegarias que conmueven; las aves elevan sus últimos trinos desde los brazos de la cruz donde se recuestan como en el regazo puro de una madre, y la campiña está en silencio. La Naturaleza, espantada por la cólera insensata de los hombres, parece que no volverá ya á la vida. No se oyen ni esos ruidos casi imperceptibles del campo, esos ruidos que llegan hasta nosotros como el hálito de vida de la tierra. Surge la luna é imprime un beso triste á todos aquellos lugares de desolación y muerte.

No está contento Serrano aun. El casi repentino silencio de las baterías contrarias inquiétale. Pregunta, de pronto, las fuerzas que custodian el puente; le dicen que unos cien carabineros de la comandancia de Cádiz. Entonces, aunque nada se escucha en el campamento de Novaliches, ordena inmediatamente al general Izquier-

Digitized by Google

do que refuerce aquel lugar con bastante tropa. Izquierdo lleva una compañía de infantes, y ciento cincuenta carabineros; dos piezas de artillería, después, apoyadas por el batallón de Valencia, dejando de reserva, el de Bailén; otros dos cañones, pusiéronse en el paso á nivel, ocuparon desde la ermita hasta el Guadalvarbo tres batallones, y el resto de las tropas de la extrema derecha se replegó allá, por el arroyo de Yegüeros. Previniéndose contra un ataque por retaguardia, se ven las bocas de otra batería que ha reforzado la que ya tenía el general Rey en la llanura del Encinar, que principia en la espalda del Capricho, y la caballería ocupa una llanura inmediata á la carretera. ¿Qué presentimiento tuvo el general de la revolución? Ni era propicia la hora por sostener un combate, ni lo esperaba ninguno á pesar de la corazonada de Serrano disponiendo que las tropas ocuparan con apresuramiento las posiciones para la defensa del puente. El mismo Serrano, que lo dispuso, estaba muy lejos de suponer que pudiera aquella noche dispararse un solo tiro. Iba haciéndose más clara la luz de

Digitized by Google

la luna y hacía resaltar entonces los objetos vigorosamente, iluminando las bayonetas, los cañones, los relucientes cascos y armaduras de la caballería, y arrancándoles destellos que herían los ojos siniestramente. Toda la extensión hallábase sembrada de enormes hogueras que daban á la campiña aspecto original y fantástico. Los hombres paseaban como errantes visiones de un lado á otro, y la calma que siguió al silencio de las baterías no sospechó nadie que pudiera por ningún concepto interrumpirse.

Pero no. Aquella calma pavorosa interrúmpese de repente como por el rugir de la tormenta. Roncos vítores se escuchan hacia la parte del campo enemigo. El grueso del ejército de Novaliches pónese súbitamente en movimiento, formando tres grandes columnas cerradas. Vibran á la vez todas las bandas militares, y los bélicos himnos resuenan en la inmensidad y repercuten en las gargantas de los montes. Las tres columnas avanzan al puente de Alcolea, y otra columna dirígese al puente de hierro. Aquellas músicas y aquellos vítores lanzados por las tropas realistas á la libertad, al ejército,

Digitized by Google

á Serrano y á Prim, confunden á los liberales, que no se dan cuenta, al principio, de lo que ocurre. Después se alegran y palpitan de entusiasmo. Ya son todos unos; ya no se verterá sangre. La revolución termina gloriosamente con un noble abrazo de su ejército y el ejército que la combatía. Una brigada de cuatro batallones, entre infantería é ingenieros, va hacia el puente del ferrocarril, y sobre el de piedra lánzase otro, destacándose de las columnas reales que siguen avanzando á retaguardia. Entra por el puente fatídico, mandada por el capitán de estado mayor Pérez de Meca, y siguen aún vitoreando, dando aclamaciones á la libertad y á Serrano. Cállanse de pronto, los detienen aún, y los carabineros con quienes van á tropezarse no saben qué hacer: están inquietos y alegres á la par, y en esta duda, casi desprevenidos. El capitán Sawas, de las avanzadas de Serrano, con objeto de convencerse de las intenciones de los que ya están á pocos metros, —¡Viva la libertad!—grita. Responden de allí con un atronador—¡Viva la Reina!—¡Fuego!—replica inmediatamente el bravo capitán. Retumba una

Digitized by Google

descarga. Caen muertos Pérez de Meca, su caballo y gran número de hombres. A esta descarga siguen muchas: el tiroteo se hace horrible de un lado y otro; el humo de la pólvora parece un triste paño luctuoso que eclipsa los rayos de la luna. Al oir la primera descarga, el Duque de la Torre da un grito de sorpresa y de cólera, monta á caballo, se lanza como un torbellino al frente, y queda allí anhelante, envuelto en el humo, bajo una lluvia inmensa de proyectiles, sin ser conocido de sus tropas hásta que trascurre algún tiempo. La rabia de las tropas liberales, por el artificio de que se valió la columna de Novaliches para llegar hasta ellas, les dá asombroso ímpetu y arrollan á los que habían ganado ya la mitad del puente. Pavía, yéndosele ya la última esperanza de entrar en Córdoba, revuélvese airado y grita á Sartorius:—¡Al puente! ¡A tomar el puente y avanzar todos!—Entonces, en una carga horrible, rehaciendo á los que retrocedían, avanza á la embocadura del puente, y allí la lucha toma un impulso más grande, más pavoroso aun que en Pendolillas. El combate, que á la par se efectúa

Digitized by Google

en el puente de hierro, nada importante es con lo que en el puente de Alcolea pasa. Aquí está la decisión: es lo último, es lo desesperado de la cólera de ambos ejércitos. Son las descargas tan frecuentes, que el estruendo de una apaga el de la que sigue, y retumban á una cuatro ó cien. El puente retiembla como para hundirse, y en la atmósfera palpitan hálitos de sangre y rabia. Adelantan aún las tropas isabelinas. Les llueven proyectiles de todos lados, pero no cejan. Los cadáveres sirven ahora de parapeto. Estremece el arrojo de los isabelinos al acometer y la sangre fría de los liberales defendiéndose. Novaliches entra también en el puente. Los dos generalísimos de ambos ejércitos están á pocos metros uno de otro. Los dos quieren avanzar á encontrarse despreciando á sus oficiales generales, que les suplican, por la salvación del ejército, que se retiren para velar por sus tropas. Aquello es grandioso, magnífico, espanta. El fragor de la lucha aumenta, los disparos se hacen ya á quema ropa, la sangre se precipita en el río por los desaguaderos del puente. Todo el grueso del ejército de Novaliches se agolpa

Digitized by Google

sobre la embocadura en pos de sus generales. Serrano despide á todos sus ayudantes con órdenes, y vienen en carrera vertiginosa la caballería, la artillería, los batallones de reserva y los carabineros. Aquello es una confusión inmensa de las dos embocaduras del puente y de ambas orillas. Sobre el ejército de la reina caen las balas desde la cuesta del Capricho, desde las ventas y ventillas, desde todos los lugares aquellos. Es un gran nublado que se deshace súbitamente, sobre los isabelinos, sobre la llanura, sobre el puente, sobre el río; y sin embargo, Novaliches, como la fatalidad, avanza. Su caballo se encabrita y bota, saltando por encima de los cadáveres. Los suyos le siguen. Serrano se lanza también. El combate se recrudece, los hombres rugen, la fusilería atruena, caen hombres y caballos como prado de espigas á la avalancha impetuosa de un río de fuego. Son heridos y muertos infinidad de oficiales de las tropas isabelinas, pero no ceden. Sartorius es herido también. Tira la espada:—¡Adelante, hijos!—Y no desalientan aún, y continúan peleando como leones. Pero también cae No-

Digitized by Google

valiches, y un punto de cruel desaliento enfría la calentura de la sangre de aquellos bravos. Aprovéchanse los otros de ese instante de vida ó muerte, y cargan con espantable furia. Cunde el terror y entra ya la indisciplina: retroceden; los otros aprietan iracundos, y el ejército isabelino precipítase atrás, de todos los puntos que había ganado. Aquel estruendo que se formó por la retirada, reproducíase tétricamente en los corazones, porque era el último estallante crugido del trono de una reina que caía hecho pedazos. ¡Oh destino! ¡Aprended lo que una santa y dolorosa filosofía nos enseña! Lo que entre flores y entre perfumes nace, en olor de santidad ha de morir; lo que con sangre se cimenta, ensangrentado morirá. Es imposible recordar las víctimas de Alcolea sin que el corazón se detenga á consagrar un recuerdo á las víctimas de Luchana. En el puente de Luchana se consolidó un trono, para caer con estrépito de mundos en el puente de Alcolea. ¿Tembláis? Sí; fué recordando, sin duda, la historia de ese trono, desde la gran tragedia de su nacimiento hasta el gran festival de su muerte. Murió como

Digitized by Google

había nacido. ¡Misterio profundo y triste como el de aquella luna alumbrando la azulada campiña, iluminando los cañones rotos, los árboles caídos, reflejándose en las enrojecidas aguas de la corriente, que seguía su curso con sollozante murmurar de rezos y salmodias, y depositando el noble beso de bendición en la ensangrentada frente de los cadáveres, que parecían mirar al cielo protestando del orgullo y de la soberbia de los poderosos!

Digitized by Google

Digitized by Google

XX

La ambulancia de Caridad

Era al mediar de la noche. Silencio lúgubre más imponente que todos los ruidos, reinaba en la campiña; aquel silencio aplanador interrumpíase por la risotada de un soldado, allá lejos, como chillona algarabía de voces que saliese de las gargantas de las sierras. Otra vez interrumpía la abrumadora calma un ¡ay! infinito. Alzábanse rígidamente sobre los aleros de los bardales los jaramagos que amarilleaban

Digitized by Google

al resplandor de la luna, y las alcaparreras festoneaban el pie de los muros como enormes gazapos preparándose á escalar aquellas vetustas paredes. A la derecha, por unas grandes sinuosidades á que dan sombra las ventas de Alcolea y los recios machones de piedra del puente, erguíanse unos grandes álamos. La luna entraba por allí poniendo fantásticos dibujos en el suelo, y los caprichosos rayos de luz, al entrar por los calados de las hojas, dejaban en la tierra signos indescifrables pero que el alma los presentía como fatídicos. A la izquierda divisábase, como informe montón cenicienco, la casa del Capricho; á la derecha y á poco trecho, el primer arco medio cegado del puente, y el río se deslizaba subyugando el corazón, con no sé qué impresiones, á sus fantásticos murmullos. Se ocultó de repente la luna y allá, por el fondo, en todas direcciones, viéronse luces que iban y venían como estrellas caídas de aquel luctuoso cielo. Eran las luces de las ambulancias de Caridad.

Una de estas ambulancias, encontrábase á la hora que indiqué, junto el cortijo Pan-Ji-

Digitized by Google

ménez; el incendio, no extinguido aún, iluminaba un gran espacio á la redonda; los individuos de la ambulancia distinguíanse perfectamente á la intensa claridad: eran cuatro hombres; dos, conduciendo una camilla y los demás les precedían, inclinándose á menudo sobre los cuerpos inmóviles.

Avanzaron así con lentitud hacia el puente, sin que los dos individuos primeros dejasen de reconocer uno solo de los que yacían por tierra; cuando la luz del incendio no fué bastante porque se alejaban de él, valiéndose de un farol que cada uno llevaba.

Detuviéronse como para orientarse, y uno de los hombres preguntó con inquietud:

—Pero, ¿tú estás seguro?

—Vaya si lo estoy, contestó el otro; ¡que la ¡ánimas bendita carguen conmigo, si no! Aquí mesmo ó un poco ma jarriva fué, que yo estaba atosigao co nel humo y la pólvora y el aguacero de vala que mos caía, y no lo pue meí con compá. ¡Vigen del cielo, qué hombre má jechao palante, y cómo iba el probetico erecho á que lo mataran á cosa jecha! Se-

Digitized by Google

ñorito Ernesto, digasté que las mujere, manque sean güenas como Dió, siempre han de meté la pata, y la pata de una mujé é más peó que un cuerno del imonio.

—Bien, adelante, amigo mío, un minuto que perdamos podría ser la vida de Alfonso.

—Alante, por vía é Dió, que er cabayero dijo que no era verdá lo del queré que yo labía tomao y miren ahora que me se están cayendo lagrimone como er puño.

—Te portaste muy bien, amigo y tu recompensa tendrás. Vamos.

Siguieron hacia el puente, con las mismas precauciones, y Pequillas, siguió hablando mientras, de este modo:

—Callosté y no me toque á la digniá, que po el interé no lo jice: po el interé no hubiera yo dejao á Ramoncilla. La probe ¡que dirá! ¡Que soy un pillo! ¡Figuresosté! Como que ni siquiera tocamo en la casa. Salió el hombre dallí, de donde osté sabe, y yo me juí detrá, detrá, ma jescamao que la mesma una, dende que ascuché la pelotera aentro, pero resollando mejó... asina... en fin, ya osté sabe, de pensá que er

Digitized by Google

cabayero no poía pasále na, porque se salió de la ratonera. Estaba tó má joscuro que boca é lobo, encendió un misto, se puso á leé un papé... ¡pataplum! y cayó reondo en contao; yo ¿qué jice? Me juí corriendo pa ayuale y ¡ná! con lo ascuro que estaba y con lo atorrullao que yo me puse no daba pie con bolo. ¡Jesucristo, qué esasón! Po osté verá: asina astuvo, con el suponcio, un rato grande y empezó aluego suspirá y á llorá y á decí que labían engañao. Aluego, rechinaba los diente y empezó á darme puñetazo. ¡Por vía é Dió, y vaya unos puño que tiene! Yo ¿qué iba á jacé? Me queé achantao y dije, digo:—¡Güeno! pos que pegue á ve si se esajoga, y se cura. Aguanté sin resoyá siquiera, hasta que se jartó. Pero aspérate, que se empercata de pronto de lo que jacía, y ¿qué va y jace? se echá á llorá otra ve y me abraza; entonce ya no púe yo resistí y suelto tamié el trapo, porque se me encogió el corazón de la pesaúmbre. Aluego, ¡ná! se va sin desí güeno sojo tiene, como yegua esbocá, gritando:—¡E mejón morísel—Yo me juí endetrá, y no sabosté la sora

Digitized by Google

que estuvimo anda que te anda yo endetrá y é endelante, porque é lo que yo digo: ¿Cómo iba yo á dirme po un lao y dejá que se juera po el otro, en aquella expositura?

—Pequillas—exclamó Ernesto, muy conmovido,—tienes un corazón noble; venga esa mano.

—¡Por vía é Dió! ¿Qué queríasté que yo jiciera?—respondió Pequillas ahogadamente. Po de pronto ¿sabosté lo que se le puso? Como estaba to arregüelto y decían que si pacá, que si pallá... que si pito, que si flauta, de revolución y de tropa que venía de Madrí co ne gerená Novaliche pa meté pa entro el resuello á Serrano y á los demá, dice de pronto el probe señorito: «¡Uuuu! voy allí; no me mato porque é juna vergüenza, pero allí me matarán. ¡Uuuu!»—To esto, en mitá é la calle, ¡no vaya osté á creé! Mira el reló y ná; ya no piensa é notra cosa; jala, jala, á la estación; aluego, al coche, y yo endetrá... y le digo:—Páguemosté el viaje, que yo tamié quiero dir... Y llora y me lo paga y llegamo y se viene en contaito ar gerená Serrano y sabrazan: ¡no sabosté! Se-

Digitized by Google

rrano lo esconocía mucho de endatrá. Po zeñó, que habran un poco, y Serrano dijo, dice:—Güeno, hombre, po jaz lo que tú quieras...—Y yo vide tó esto, porque lo que é ja mí, ni Dió me espegaba de mi señorito. ¡Figuresosté! ¡Como que en dándole un arrechucho, y en matándose, aluego estaría yo siempre isiéndome:—Yo tuve la curpa que no lasujeté. ¡Por vía é la Vigen, hombre! ¿Y decía er cabayero que no era verdá lo de la ley que le tomé?... Ramoncilla, Ramoncilla, que estará aguardándome ontavía, lo pué isí.

Mientras hablaba, inspeccionáronlo todo detenidamente, junto á los árboles, en las sombras de las altas hierbas que crecían en las cañadas, y reconociendo los cadáveres de los pobres soldados. La luna salió otra vez, y entonces la triste faena fué menos difícil. Pequillas hizo una pausa, y Ernesto interesadísimo, como supondréis, preguntó impaciente:

—¿Y qué sucedió después? acaba.

—Po naita, que dieron un caballo ar señorito y fué pacá y pallá como otro ayuante. ¡Y vaya bien que iba el probe, en su caballo! ¡Má

Digitized by Google

jamarillo que la cera, pero con una jagalla que de pensálo na má me entran tembrores. ¡Mirosté! yo no masusto, porque tamié he servío al rey y estuve en Africa matando moro, que era más peó que lo que aquí ha pasao; pero lo que é joy, como fué asina, tan de sopetón, no sabía yo lo que jaseme. Me se figura que estoy viendo otavía llegá é la suidá tropa y más tropa y que se vienen tos erechitos al puente. Po el camino de Villafranca, que está en la sierra, se echó pacá, como arma que lleva er diablo, er gerená Echevarría, un fantasmón que creyó tragase ar mundo y que se fué corriito y co ner jopo entre pierna. ¡Qué va na decime á mí, que soy perro viejo! Llega endispué de mucha peripecia y mucha enquietú á la Ribera Arta. ¿Qué se encontró entonce? A la izquierdita, toa la margen del río sembrá con los batallone de Novaliche; abaja má, y ve á Lacy; er probecito le cuenta, entre suspiro y lágrima, lo que la pasao: que jué por lana y que salió con trasquilone que era una esdicha; que salió é Montoro con su tropa, que fué á Villafranca consentío en que er puente lo habían tomao las de la

Digitized by Google

Reina, y que se encontró de güena ja primera con Caballero é Roas cerrándole er frente, domblándole los flanco y estrechándolo en un barrancón que metía susto, y que po el ferrocarrí se reunieron más soldaos que Dió, con Serrano á la cabeza, acabándolo de copá; en fin, la ensalá é Dió que iba ya preparándose. Tani mientra, Echevarría estaba por la jaltura de Juagalzar, mirelasté, la mesa que estasté allí viendo; por la izquierdita forma las jásperas vertiente de la sierra, allá er po el acirate del río y por la erecha er principio de paso Largo, que es to aquello que está allí atestaíto de encina y que se escurre jasta la falda de cerro Jaralón. ¡Si to esto lo conozco yo como cualisquié rinconcico de la Alhambra! Los casaores de Barcelona, con cuatro compañías esplegás en guerrilla, se vinieron á cubrí la línea izquierda dende la altura de las vertiente del río. Las otras cuatro compañía, con la música que sonaba jaciendo echá chirivita já la sangre de deseo de peleá, vienen detrá, reluciendo los fusile co ner só, que osté no puede figurase; y la bandera se mecía co nel viento, dando ga-

Digitized by Google

na de llorá, de los probecito que iban á morí por ella. Dos compañía de los casaores de Madrí espléganse tamié en guerrilla por la erecha de aquéllos jasta el principio der puente del arroyo de la Buenagua; otras dos compañía están á la reserva de las que se esplegaron; y las cuatro que queaban de este batallón, é ner centro de la línea, lo meno jochenta ó cien paso á la retaguardia. Los casaores de Barbastro toman la misma positura, en derecho tamié de los de Madrí; y el batallón de infantería del regimiento de Gerona, chiquitico porque eran seis compañía (ma cuerdo que lo vide como se ve uno los deos de la mano) puso dos compañía en guerrilla cubriendo er frente, así, un poco torcías, sobre aquel terreno que se levanta á la orilla izquierda del arroyo de las Lovera. To esto, como osté se está enterando, fué á la orilla izquierda de la Buenagua y de las Lovera. Güeno; osté verá. Por el otro lao del arroyo de la Buenagua se estuvieron cuatro compañía del regimiento de Segorbe. Los casaore de Tarifa estaban tamié, y los de Simanca, y compañías de la guardia ceví. Toa esta gente de

Digitized by Google

Serrano estaba allí mu tiesa y mu prevenía enfrentico de lo sotro, repartiéndose entre la orilla del río y la de Buenagua po la mesa de los Yegüero. De lo que ma cuerdo más que to, era de unos cañone grandes como limonios, puestos á la bajá de la cuesta del Capricho po el generá Lope Domingue. Eran dos baterías mu requetebién arreglás pa jacer polvo á los soldaos de Novaliche, que estaban como un jormiguero en el cortijo de Pan Jimene. Allí, juntaíto la ermita de los Angeles, en el montecillo que está conforme se escomienza la carretera de Córdoba, se alevantó otra batería pa dejá sin aliento á la tropa que mangoneaba po la carretera vieja de Madrí y la dehesilla de León. Los caballos detrá de la paré de Ribera la Baja, preparáos pa dir donde Dió quisiere, y allá, en la llanura del Montón de la Tierra, una brigá reservaíta. Los demás batallone corrían como furias, chorreantes de sudó, al puente de Alcolea... Mi amo estuvo en Pendolilla primero, donde fué lo gordo... ¡Por vía é Cristo!... ¡Vaya un hombre! Allí estaba yo co né, pero aluego en el puente no púe, porque con

Digitized by Google

el cabayo me ganaba, y cayó... Yo sé que cayó...

Pequillas se interrumpió de pronto, y lanzó un juramento formidable.

—¡Si yo lo decía!—añadió luego, entrecortadamente.—Aquí está.

Y al mismo tiempo alumbraba, con la luz de su farol, el cuerpo acribillado de heridas, y el rostro rígido de Alfonso de San Juan.

Digitized by Google

XXI

¡Es él!

Tan memorable como aquel sangriento día, será en Córdoba la caridad y el amor de que los cordobeses dieron muestra. Ricos y pobres probaron su desprendimiento y generoso corazón, precipitándose á socorrer á los heridos, mientras, allá, al pie de alguna encina ó en lo más espeso del bosque, cavaban fosas para enterrar los cadáveres.

Las mujeres cordobesas hicieron prodigios aquella noche y en los días siguientes, sin alardes, sin balumbas, como allí se dice,

Digitized by Google

como la cosa más natural del mundo. Hubierais visto á las grandes damas de la ciudad, y á las haraposas mujeres del pueblo, arrodilladas delante de la camilla de algún herido, uniéndose estrechamente con el sello de la sangre de aquel desgraciado, que moriría de seguro pensando en su madre ó pensando en su novia. La estación del ferrocarril trasformóse súbitamente en hospital. Algunas señoras ricas ofrecieron casa, fortuna y servidumbre para el mismo objeto. La casa del Capricho, donde Serrano acampó, llenóse de camas también y de infelices soldados, cuyas heridas graves no permitieron que se les condujese á Córdoba.

Teresa, sin alarmas ya, por lo que á su marido se refería, recobró el ánimo resuelto y la vivacidad de costumbre. Siéndole imposible ofrecer su casa, porque no era grande, mientras Ernesto auxiliaba á los heridos en el campo, ella, inseparable de Carlota, y admirándola siempre, ayudó á las Madres, como lo hicieron otras señoras, y trabajando como ellas en el Hospital.

Digitized by Google

¿Y sor María de San Carlos? Iba de un lado para otro, serena, sonriente, solícita. Teresa, quedábase en suspenso y como si en su vida hubiese visto cosa tan particular. En las faenas de más apuros, cuando más precisión tenían de socorro los pobres heridos; cuando con razón más grande hubiérase supuesto que Teresa sólo pensaba en aquel cuadro de dolor tristísimo que ante la vista tenía, parábase ante Carlota, para exclamar haciéndose cruces:

—Pero ¡ay!... ¡Si parece imposible!

Era que no pudo comprender aún lo que pasó, aunque tan á la vista estaba; las grandes escenas que se sucedieron después de su conversación con Carlota, no habían sido suficientes para borrar de su memoria las impresiones causadas por la súbita presencia de aquella amiga. Al contrario, los mismos acontecimientos grandes por sí, para hacer época en la vida de una persona, hacían que la figura de Carlota se le agrandase más; al sostener la cabeza de un enfermo, para que bebiese la pócima; al poner un vendaje, al pronunciar una palabra de consuelo que fortaleciese

Digitized by Google

al herido, de cualquier modo y en todas partes, veía á Carlota siempre, con su mirar sereno, con su rostro pálido, hasta parecer de cera, con su sonrisa grave... ¡Y aquella cofia blanca que envolvía su cabeza gentil!... ¡Y aquel traje severo, oscuro!... ¡Dios mío, pero ¿cómo podía creer que aquella hermana de la Caridad, aquella sor María de San Carlos, fuese una Carlota Miranda, que estuvo con ella en el colegio, que hacía palotes como ella, y que como ella entreteníase muy ufana, en pintar en el papel, exornándolo de camino con grandes borrones, la caricatura de la directora del colegio, con unos dientes de á vara y una nariz larguísima, larguísima, como el palo de un cónsul?... Y en sus consoladoras frases á los heridos; en el caldo que suministraba solícita; en el apósito que ajustaba suavemente, con graciosa frivolidad, creía seguir viendo una vez y otra el nombre y la figura de sor María de San Carlos...

Después pensaba en Alfonso... en aquella historia extraña que todavía no se pudo aclarar, y su confusión era grandísima. Una sola

Digitized by Google

vez, y muy rápidamente,—pues los acontecimientos no lo permitían de otro modo,—habló con su marido de tal asunto. En ese instante le contó lo que de Carlota sabéis. La sorpresa de Ernesto fué mucha: resultaba ya inverosímil aquella historia... ó Alfonso de San Juan estaba loco.

Así fué como Ernesto pensó al principio. «¡Carlota en el Hospital desde hacía una semana, allí, en Córdoba, pudiéndolo atestiguar todo el mundo... y él había visto entrar á su amigo dos noches antes en casa de Carlota, á una cita que ella le daba!» Pero señor, ¡qué ocurría!... Y no se pudo hablar más, ahí estaba todo.

En la misma casa benéfica, allí, en la gran tribulación de los heridos que llegaban; en el ir y venir de las madres; en la gran pavura de aquel inmenso cuadro de muerte, Teresa tuvo ocasión de decir á su marido señalándole á Carlota:—Mírala, esa es.—En cuanto á Carlota, no dijo nada; al oír á Teresa, alzó los ojos, vió á Ernesto, sonrió modestamente, y bajando la cabeza de nuevo, siguió en su tarea imposible

Digitized by Google

de conseguir que tomase un caldo un pobre cazador de Simancas á quien una bala de cañón arrancó á cercén una pierna, y que rugía de dolor pidiendo que le llevasen á su madre.

Tuvo Ernesto ocasión de verla otra vez. Otro lecho, otro herido, otra pierna que hay que amputar; el cirujano, los ayudantes, el serrucho, con horrible crugir, sajando carnes y huesos; sor María de San Carlos, que sostiene una luz para iluminar la formidable escena, y que deja la otra mano en las del herido para que se la estruje convulso hasta hundir en ella sus uñas... La vió sonriente, con lágrimas que quemaban su rostro, y lívida, más lívida que los muertos de acá y acullá, que ya no lloraban, ni rugían, pidiendo con horrible grito desesperado y amoroso, por sus madres ni por sus novias.

¡Ah! Teresa supo lo que sostenía. Aquella mujer no engañó á Alfonso, ni engañó á nadie. Lo dicho; era para enloquecer. Pero ¿qué había pasado entonces?

Volvió á Alcolea. Había terminado la batalla del puente, la segunda, porque hubo dos; la primera podía llamarse de Pendolillas. Habló

Digitized by Google

algunos instantes con Serrano y el duque de Hornachuelos, con idea de volver inmediatamente á ayudar á las ambulancias: ya no era Ernesto un liberal; ya no era un revolucionario. Era un médico. Salió y encontróse de repente con Pequillas. Aunque habían sido muy cortas las relaciones de los dos en Granada, fueron también muy buenas, cuando se convencieron de que deseaban mutuamente el bien de Alfonso.

Fué providencial el encuentro, y podréis figuraros la sorpresa que experimentarían. A las primeras palabras del criado, corrió Ernesto con otros dos hombres en busca de Alfonso.

Teresa no creía ver ya á su marido hasta el día siguiente; pero se le presentó de pronto, y en voz muy baja le dijo:

—Lo traen ahí.

—¿A quién? preguntó palideciendo.

—A Alfonso. Está herido.

—¡Jesús!

—Llegó antes de empezar la batalla, pidió á Serrano permiso, y ha luchado como el primero.

Digitized by Google

—¡Virgen santa!... y tú ¿cómo lo sabes?

—Encontré á Pequillas, que no le ha querido abandonar: ya te contaré lo que Pequillas me contó. Horrible. Lo hemos encontrado, después de dos horas...

—Y esa herida ¿es grave?

—Son varias: da compasión; pero ninguna de peligro. Mucha pérdida de sangre y nada más.

Aparecieron los hombres que conducían la camilla en que estaba Alfonso. El novio de Ramona iba delante, con su gran sombrerote en la mano y con cara sumisa, como para congraciarse y que no lo echaran. ¡Como que había tenido ya una quimera al entrar, y dió un puñetazo á uno! «Por vía é Dió, las cosa que tenían que jacé lo sombre, pa poé está á la vista der cabayero.»

—Segura, doctor Segura,—decían entonces al otro lado de la sala.

Al oírse nombrar por su apellido, Ernesto volvió la cabeza. Llamábanle, para ver á otro herido. Se negó porque estaba «aquel primero» y nada más. Solamente que, al volver la cabe-

Digitized by Google

za, había visto pasar á Carlota,.. Y como si una idea súbita se le ocurriera, exclamó:

—Aquí, hermana.

Volvióse Carlota, y llegó luego apresuradamente. El marido de Teresa, añadió para sí, mientras Carlota acercábase:

—Ahora veremos, sor María de San Carlos.

Con ayuda de Teresa y de Carlota, púsose al herido en la cama que se le destinó.

—Agua, vendas, hilas, dijo Ernesto. Se alejaron las dos, y al instante, halláronse de vuelta.

—Hermana, prosiguió Ernesto, lave V. esa sangre del rostro, á ver si tiene alguna herida. Tú, Teresa, ayúdame aquí.

Teresa temblaba. Su marido la miró furtivamente, y le comprendió al instante.

Lo de más peligro estaba en el hombro derecho: no era herida, era una gran inflamación: la sangre habíase ennegrecido como de rabia de no poder salir, cuando tantos caminos abiertos pudo encontrar en las numerosas heridas del pobre Alfonso. Carlota á la izquierda, lavaba la sangre del rostro, delicadamente. Ernesto,

Digitized by Google

al otro lado cortó, con ayuda de Teresa, el paño de la cazadora, el lienzo de la camisa, la camiseta interior, é inspeccionaba el hombro hábilmente.

—Un golpe tremendo, decía; la pisada de un caballo tal vez,—y miraba de reojo, como lo hacía Teresa, el semblante sereno de la hermana de caridad.

Ella continuaba en su obra con tranquila resignación. Sin mirar á Ernesto, había preguntado:

—¿Es grave lo que tiene? ¿Curará?

—Creo que sí, exclamó Ernesto, conmovido. ¡Ojalá no me equivoque! ¡Es un gran corazón! Mi compañero de la infancia! ¡Mi hermano casi!

Carlota oíale con cierta distracción. ¿Qué recuerdos iba despertando en su memoria el rostro del herido, conforme ella hacíase cargo de sus facciones correctas, de su frente despejada, de su boca, un poco grande, de labios gruesos? Siguió contemplándole atentamente, y Ernesto, mientras curaba á su amigo, añadió:

—Un buen muchacho, un soñador, un mundo infinito, preso en la triste envoltura carnal.

Digitized by Google

¡Pobre Alfonso! ¡Tal vez una pasión funesta! Pero ¿cómo vino á hacerse matar tan inesperadamente, de allí, de su encantado vergel de Granada?

Carlota ahogó entonces una exclamación, y Ernesto y su mujer pudieron oír á seguida con mucha claridad, la siguiente frase, que pronunció temblorosa y suspensa:

—¡Es él... Dios mío!

Digitized by Google

Digitized by Google

XXII

Tras la pista

No, Carlota no podía ser culpable; Ernesto, con satisfacción grandísima de Teresa, concluyó por creer en Carlota, tanto como su mujer creía.

Cuando tuvieron un segundo libre, dijo Teresa:

—Pero ¿de qué conoces tú á ese hombre?

—Repara que no es ocasión de ocuparse de tal asunto, Teresa.

Así contestó Carlota, como si quisiese evadir

Digitized by Google

la pregunta; pero Teresa no se intimidó por tan poco; al contrario, insistió enérgicamente y fué replicada como sigue:

—No he hablado con él jamás: lo ví en Granada muchas veces y la última, dos días antes de venir á Córdoba. Fué una noche; iba yo con D. Joaquín, mi viejo mayordomo; me contrarió que me viese y casi estuve para volver atrás. A tí puedo decírtelo todo: iba á ver á una de mis pobres, y no conociéndome él, temí que pudiera sospechar algo malo. Se lo hice presente á D. Joaquín, y me tranquilizó, diciendo:—Con la conciencia tiene V. bastante; no debemos desperdiciar la ocasión de hacer un bien por miedo de que los necios lo interpreten mal.—Esas palabras me bastaron y seguí. No he vuelto á verle.

—Pero ¿cómo guardas de ese modo su imagen en la memoria, no habiéndole hablado nunca?

—Te he dicho que le ví con mucha frecuencia. Para que lo sepas de una vez; me seguía á todas partes y me lo encontraba á menudo en la iglesia, en el paseo y en el teatro. Al fin, voy á hablar de lo que yo nunca hubiera querido,

Digitized by Google

añadió Carlota algo contrariada. La vista de ese hombre me recordó una terrible hora de prueba...

Quedó así la conversación, porque tuvieron que separarse; nuevas víctimas reclamaban sus auxilios, y pasó la noche de este modo. Teresa tuvo que irse; tenía á Paquillo solo en poder de criados, y hacía falta en su casa. Ernesto, llegó á eso de las nueve del otro día, tranquilo por la vida de Alfonso.

—Oye, díjole Teresa, dame las cartas de tu amigo.

—¿Para qué? preguntó Ernesto, temiendo que su mujer cometiese una ligereza.

—Dámelas, yo no dejo así las cosas:tú no puedes dirigirte á mi amiga, con la confianza que yo, y esto debe arreglarse; aquí hay un misterio que es preciso aclarar, porque ese misterio cae como sambenito sobre una mujer, con la triste condición, además, de no saberlo ella.

—Exponemos la vida de Alfonso.

—¿Y qué? contestó Teresa bravamente. ¿Qué vale la vida de un hombre, si va en ella la

Digitized by Google

honra de una mujer? Y luego... que no se trata de tu amigo.

—Pero, Teresa, sé prudente. Yo confío en la virtud de Carlota, tanto como tú; sus palabras, ¡qué digo sus palabras! con haberla visto una sola vez, tengo bastante para jurar en este punto, y jurar siempre en cualquier lado, que no es pecadora; pero es preciso, hija mía, no apurar los límites. Con la convicción que tenemos y todo, podría Carlota haber delinquido, sin dejar de ser buena; una obcecación... un instante... ¡una ráfaga, que después nos ciegue para toda la vida! Hay que estar en todo... Si fuera así, ¿no sería un mal que tú, enseñándole esas cartas, le arrojases al rostro su delito?

—Tráelas, repitió Teresa fríamente.

Ernesto no habló más; fué á su despacho y volvió con las cartas.

Aquella tarde, viéronse Carlota y Teresa.

—Mira, Carlota, dijo la última; esta situación va á concluir.

—Pues ¿qué pasa? preguntó Carlota, sorprendida.

—Tenemos que hablar.

Digitized by Google

—¡Me estás asustando!... ¿Cómo voy á desentenderme ahora de esos pobrecitos que todo lo necesitan?

—Ven, es un instante; se trata de un asunto que te interesa mucho.

—¿Más que socorrer al enfermo?—preguntó Carlota con sonrisa serena.

—Más, contestó su amiga enérgicamente.

Hablando así, quería apartarla con suavidad del lecho de Alfonso, al que habían ido acercándose.

Alfonso volvió en sí la noche anterior, gracias á los cuidados de su amigo, á quien pudo reconocer. Estaba muy débil, quería hablar, pero se lo prohibió el médico en absoluto.

—Tiempo hay, díjole; ahora, á tomar fuerzas; aquí te dejo esta noche; por la mañana haré que te trasladen á otro sitio más reservado.

En el punto en que Teresa trataba de apartar de allí á Carlota, hablaba Alfonso con Ernesto, que no podía ocultar su inquietud. Habíale contado Alfonso en muy pocas palabras la escena de su entrevista con Carlota; lo

Digitized by Google

de aquel formidable ruido; lo del pañuelo que guardó; su salida de la casa, y Ernesto, á su pesar, oía atentamente. Contábale Alfonso que al salir se llevó el pañuelo á la boca; que encontró un papel; que encendió un fósforo para leerlo.—¡Y era una carta de otro... de otro amante... insultándola y amenazándola soezmente, por celos que tenía de mí...!

—Pero ¡desgraciado! exclamó Ernesto, ¡si es imposible! ¡Si tú no te puedes figurar lo que ha ocurrido después!

—En mi cartera, busca en mi cartera, dijo Alfonso de San Juan, sombríamente.

Ernesto buscó la carta; la leyó.

—Bien, iba á decir, la dirección estaría en el sobre; aquí no hay ninguna, y esta carta ha podido escribirse para otra mujer...

Pero lo que sucedió entonces fué rápido, triste, grande. Carlota, como dominada por un superior impulso, se acercó al lecho, con idea de informarse del estado del herido. Ernesto, que acababa de leer, contuvo un grito de sorpresa, al contemplar á su amigo. ¿De dónde fué la sangre que le subió al rostro, hasta encen-

Digitized by Google

dérsele? ¿De dónde cogió fuerzas para incorporarse con furia en el lecho, sobre el mismo brazo que no podía mover? ¿Qué inmensas cóleras centelleaban en sus ojos, apagados antes por la debilidad y la fatiga? Señaló rígidamente á Carlota, que llegaba entonces, y sólo pronunció esta palabra, sin gritar, pero que vibró de un modo formidable en el alma de los tres:

—¡Esa!

Lanzó un gemido á seguida y cayó exánime. Ernesto se inclinó á él para socorrerle: Teresa, aterrada, tiró de Carlota, cuya alma habíase hundido en no sabía qué caos, desde que oyó pronunciar aquello que le sonó á maldición.

—¿Vendrás ahora? interrogó Teresa exasperadamente.

Pero ya no se negó Carlota; la siguió dócil; hallábase confusa, presentía como algo inmenso que fuese á aplastarla, no siéndole posible guardarse. Encontráronse á poco en la celdita de Carlota.

—Vamos, dijo Teresa al punto, ¿qué es lo que te sucede? Lo supongo. A cualquier hijo

Digitized by Google

de cristiano le pasaría igual. Que te has hecho cruces de oír á ese hombre, ¿no es cierto? ¡Es claro! Y tú estarás diciéndote:—Pero ¿por qué aquel ademán amenazador y aquella palabra que pareció un anatema tremebundo?—Mira, Carlota, vamos por partes: sígueme contando lo de anoche; sí, lo de anoche. Aquello... empezabas á decir que su vista te recordó una horrible hora de prueba. ¿Qué prueba fué esa?

Carlota cruzó las manos y exclamó ingenuamente, con una sinceridad que no admitía réplica:

—¡Ay, Dios mío! pero si yo no hablé nunca con él.

—Tonta; eso ya lo sabemos. Ea; es necesario que lo cuentes todo.

—Teresa, no sé lo que me sucede. Lo que te iba á decir es muy sencillo: ese hombre me escribió una carta, la recibí una noche, á solas, cuando sentía como nunca, sin saber porqué, la ausencia de mi marido. Me la entregaron con la última tuya, ¿sabes? aquella, donde me preguntabas si era feliz, si tenía hijos... ¡Oh,

Digitized by Google

qué noche! Empecé la lectura de la otra: me la dió Carmen...

—¿Quién es Carmen?

—Mi doncella: una joven poco mayor que yo, hija de mi nodriza; mis padres la educaron, me acompañaba desde que me casé...

—Bueno, sigue.

—Empecé la lectura de la carta, y se la devolví, para que á su vez la devolviese; luego ardió en mi alma la tormenta; ¡la única vez! ¡lucha horrible! Comprendí entonces que mi corazón estaba ansioso de algo que yo no conocía; si no de amor, de saber por lo menos lo que el amor significaba; creí volverme loca; sentí el vértigo; hubo un instante en que me expliqué el suicidio; luego he pensado, espantada, que estuve á punto de perderme, no en la materia, que hubiera sido imposible porque es lo más fácil de dominar, sino en el espíritu; no á los ojos de los demás, sino á mis mismos ojos. ¿Qué era amor? Yo lo preguntaba á Dios, al cielo, á las estrellas, al agua de la fuente, cuyos rumores parecían rezos. Nadie me respondió. ¡Me acosté! ¡Me ahogaba! ¡Siempre lo que yo quería olvidar!

Digitized by Google

¡Siempre la misma interrogación! Abrasábame la calentura... Me levanté de pronto. Llamé á Carmen, le pedí la carta... ¿A qué preguntar tanto lo que era amor? ¿No había un hombre que me amaba? Él me lo diría. Cogí la carta, y su contacto nada más pareció calmarme; volví en mí, y en vez de leerla, la hice pedazos. Me arrodillé y dí gracias á Dios porque había vencido!

—¿Y es eso solamente lo que ha pasado? preguntó Teresa.

—¡Me extraña tu pregunta!

Esto dijo Carlota, pero en un tono tan grave, tan noble, que la mujer de Ernesto se arrojó á ella, y abrazándola estrechamente, exclamó llorando:

—Pero ¡infeliz! Es que todo el mundo cree en Granada, que tú has tenido un amante.

—¿Qué dices? exclamó Carlota rechazándola de una manera brusca.

—Sí, entérate de esto, ¿lo oyes? de esto, que está escrito por el que se supone amante tuyo, ¿entiendes? he dicho por el que *se supone;* porque yo nunca lo creí, y Ernesto, míralo,

Digitized by Google

aquí está.—Ernesto entraba en aquel punto.—Ernesto no lo dice tampoco. Es una infamia, ya lo sé, continuó Teresa, encendida de cólera, es una infamia, pero á ese hombre es preciso probarle que vive equivocado, aunque se muera. Primero eres tú que nadie.

Conforme Teresa iba hablando, Carlota pasaba la vista rápidamente por las cartas que Alfonso dirigió á Ernesto.

—¡Dios mío, exclamó al fin, y este hombre escribe con un acento de verdad!... ¡Si es para volverse loca!

—No, dijo Ernesto, hay que tomarlo con calma, y la luz se hará de ese modo más fácilmente: por mi parte he concebido una horrible sospecha. Lea V. eso, Carlota, lea V.

—Sí, ya leo, pero es falso... ¡falso! ¡Dios mío, cuánta infamia! Mira, Teresa, encuentro detalles, á pesar de todo, que yo no podría negar, porque son exactísimos. Aquí recuerda una tarde en que yo subía al coche; nuestras miradas se encontraron y mi rostro se encendió... Sí, de vergüenza: no ví á mi marido en todo el día, ni en la anterior noche, y me indig-

Digitized by Google

naba encontrarme siempre con los ojos de otra persona, al buscar yo los que no me miraban á mí... ¡También mis flores! ¡Pobre rosal mío! Fué mi único compañero durante algunos meses. ¡Oh, aquí habla de la carta! Ya se lo dije á Teresa. ¡Qué noche! Yo la hice pedazos sin cuidarme más de ella y no contesté. Otra cosa hay aquí que no puedo negar; mi encuentro con él en la iglesia de las Angustias. Dí, Teresa, dígamelo V., Ernesto, ¿qué pensaría yo de un hombre respetuoso que jamás hizo nada para que mi indignación pudiese revelarse; que me escribió, pero que nunca más fué importuno? Me miraba, hé ahí su delito; ¿me escribió? mi silencio debió demostrarle que era rechazado dignamente. Hallémelo esa mañana en la iglesia, lo recuerdo muy bien: distinguíase á la débil luz que se introducía por uno de los ventanales. Yo nunca ví llorar á un hombre, y os digo ahora, que si en alguna ocasión he sentido sobre mí el yugo á que la mujer tiene que sujetarse en circunstancias, sólo por su condición triste de mujer, fué en ese caso, por mi imposibilidad de

Digitized by Google

hablarle, de sonreírle, de ofrecerle consuelos, como á cualquiera de los pobres que una encuentra en su camino. Me miró, le miré también, y había en mi alma piedad profunda. Si hice bien, no lo sé; si hice mal, no me arrepiento.

Carlota hablaba con cierta animación, que fué aumentando gradualmente. Su palidez habíase exornado de un ligero matiz de rosa, muy suave, que realzaba aquella noble hermosura. Ernesto y su mujer oíanla con admiración, y ella, sin observar que era observada de aquel modo, prosiguió así:

—Pero no, esto es horrible, y él mismo se confunde: recuerdo perfectamente la noche de que ahora habla; en el teatro... sí... un drama de adulterio. El detalle de la flor... Efectivamente, yo aplaudí. Luego... la flor... la flor, pero ¿qué sé yo lo que fué después de esa flor desdichada que él encuentra en su cuarto, sobre la mesa de noche? Tardé en llegar á mi casa, porque supe en el mismo teatro, que mi nodriza empeoró; Carmen, la misma Carmen me lo dijo; lo supo por su hermana Ramona.

Digitized by Google

—¡Cómo! exclamaron Teresa y Ernesto á la vez. ¿Ramona es hermana de Carmen?

—Sí, exclamó Carlota tristemente; y añadió dirigiéndose á Ernesto: por lo que se comprende aquí su amigo de V. vive en la casa donde Ramona tiene la portería con su madre.

Llamaron en este punto y asomó la cabezota del insigne Pequillas. Con rostro de alarmas y grandes aspavientos, exclamó entrecortadamente:

—Ostés perdonen...

—¿Qué hay? preguntó Ernesto sorprendido.

—Pq ná, que á la probe Ramoncilla la vide abajo, ahora mesmo, llorando como una Maalena, porque no puede entrá.

Digitized by Google

XXIII

La hermana de Ramoncilla

¡Flores perfumadas de la sierra cordobesa! ¡Susurro de los bosques! ¡Lirios y campanillas azules! Inclinaos y sonreíd, que otra graciosa flor andaluza, de los vergeles granadinos, está con vosotros; inclinaos y sonreíd, que por las calles de Córdoba, balancéase robando corazones, el cuerpo saleroso de Ramoncilla la portera.

Pero, no sonriáis, que la flor de la Alhambra está llorando. ¡Su madre ha muerto!

Pequillas, el gran Pequillas, fué quien pri-

Digitized by Google

mero la vió, por encontrarla dichosamente en la puerta del Hospital de la Misericordia.

Amarillo estaba el rostro de la porterita de la carrera del Darro, amarillo y triste; pero al tropezar su mirada con la del gran Pequillas, todas las rosas de Oriente parecieron volcar sus colores en aquellas mejillas aterciopeladas, y de tal modo fué, que el ángel tutelar de Ramona hubo de comprender, mohino y mal humorado, que no era su palidez por la muerte de su madre sólo y por otras muy lloradas desdichas que no se contaron aún, sino por la ausencia inexplicable del insigne y adorado varón granadino, del gran estrellado de pecas.

—¿Qué jase tú aquí, co nese vestio negro?— preguntó Pequillas, con una emoción que no es para contada.

—¡Que sa muerto mi madre! Pero ¿y tú? ¿Por qué te encuentro yo aquí? preguntó Ramona, con un ceño que tampoco es para contado, sino para que mi lectora y amiga lo hubiese visto.

—Cáyate mujé, que tú no sabe lo que pasó.

Pequillas le hizo un discurso sobre historia,

Digitized by Google

y la muchacha se echó al fin á llorar como una Magdalena. Interrogóle el novio otra vez, y contestó entrecortadamente:

—Vine con mi hermana.

—¿Cuá, la de en cá la señorita Carlota?

—Sí, pero se puso mu mala, ¡ay Dió! Que me dejen dentrá, Pequiya, que está ahí y yo quiero verla.

Pequillas corrió á Ernesto, como sabéis, y Ernesto hizo entrar á Ramona. Lo que dijo la muchacha arraigó las sospechas de Ernesto. Sin embargo, hubiera sido mucho, y no se atrevió á hablar. Súpose, en resumidas cuentas, que hacía algunas mañanas, la siguiente de la noche en que Alfonso entró oculto en el cuarto de Carlota, se presentó en la portería Miguelito Adames, á quien el lector no conoce, ni conocían Ernesto y Teresa, pero sí Ramoncilla y Carlota; que Miguelito iba loco de furia; que tuvo con la portera una conversación muy triste; que se fué, renegando del cielo y de la tierra; que la pobre mujer, empeorada en su enfermedad, desde dos días antes, con el berrinche que le dió Miguelito, *samilanó*, *samilanó*,—

Digitized by Google

palabras textuales de Ramoncilla, como estas que siguen:...—Y á las venticuatro hora, ¡pum! ¡En el sitio! ¡Ay, señorita, no sabosté lo que sufrí! A to esto, Carmen llegó, y se tiraba del pelo gritando que ella tuvo la culpa, pero sin decí qué culpa fué: abrasaba á la probecita muerta, yenándole la cara de beso, hasta que la púe separá. ¡Ay, madrecita!—prosiguió Ramona desgarradoramente,—se fué á lotro mundo, sin vé asté má. Cuando se le echó la tierra y mos pusimo el luto, Carmen díjome:—Vamo.—¿Adónde? le pregunté yo, llena de susto, de la cara que tenía.—A Córdoba, en busca de mi ama.—Mos vinimo, ¡y si vierasté! Ca minuto la veía yo de ponese más mala... ¡Y tosé y más tosé! así, de una manera, que me iba cortando la sentrañita cá golpecito de la tó. Mos llevó el ónibu á una casa de huéspede, y Carmen se puso de pronto con una calentura... ¡ya, ya! ¡á morirse! La trajeron aquí... yo quería verla... Me encontré con Pequilla... y Ramona concluyó su relación con un gran sollozo.

Teresa y Ernesto mirábanse estupefactos: tan grande era lo que entreveían, que no tuvie-

Digitized by Google

ron valor para pronunciar una palabra. Carlota fué quien primero pareció dominarse y exclamó disponiéndose á salir:

—Pero ¿dónde está? ¡Vamos!

—No, V. no, dijo Ernesto; quédese con Teresa y esta niña. Yo haré lo que corresponda.

Salió Ernesto, y preguntó inmediatamente por aquella Carmen. En la gran tribulación de la noche de la batalla y del día siguiente, nadie fijó la atención en la doncella de Carlota. Un enfermo de tantos. El marido de Teresa logró al fin saber que la habían llevado á la sala de los Agudos.

—¿De los Agudos? exclamó el médico sorprendido: entonces, es que no tiene cura. Fué apresuradamente y se encontró al fin ante el lecho de Carmen... Pero ¡qué Carmen! Quien la hubiese conocido, la noche que entregó á su señora la carta de Alfonso, en el gabinetito de la casa del Salón; quien la hubiese contemplado luego á medio vestir, adormilada, hermosa, rebosando vida y luz de sus ojos negros y de sus duras carnes de virgen, en el punto en que acudía al llamamiento de Carlota, aquella

Digitized by Google

misma noche, cuando ella le pidió la carta de Alfonso; quien la hubiese encontrado después frecuentemente en compañía de su señora, en teatros, en tiendas, en paseo, tan agradable, tan distinguida, tan airosa como su ama, y compitiendo á veces con ella, habríase impresionado dolorosamente al ver de pronto sus sienes sudorosas, sus pupilas brillantes, sí, pero con brillo aterrador de calentura, los labios secos, las mejillas hundidas, y los hermosos cabellos en desorden, húmedos por el sudor, pegándosele á lo largo del rostro hasta el pecho, que se alzaba y se deprimía trabajosamente, con alentar estertoroso.

—¿Es V. Carmen Menéndez? preguntó Ernesto compadecido.

—Sí, respondió ella, mirándole ansiosa. ¿Por qué me pregunta? ¿Quién es V.?

—Me envía su hermana. Soy médico y amigo de personas que la quieren mucho.

—De personas que me quieren... ¿Quién? ¿Quién me querrá que no sea mi hermana?

—¿Se olvida V. de su señora, hija mía?

Carmen cerró los ojos espantada: sudor de

Digitized by Google

muerte la inundó, su temblor convulso hizo estremecer el lecho. Luego, dijo, moviendo apenas los labios:

—¡Hasta sería capaz de no aborrecerme, de no despreciarme tampoco, después de lo que la ultrajé!

—Amiga, exclamó Ernesto, es necesario resignarse y tener calma: restablecerse, y después... á deshacer de la manera mejor posible el mal que hayamos hecho.

—¿Usted sabe?... preguntó ella de pronto, queriéndose incorporar... Pero no pudo y cayó desfallecida... No, añadió, entrecortadamente, porque la penosa respiración le quitaba el habla. Es imposible; V. es bueno y me anima, pero es imposible.

Ernesto quiso seguir hablando, pero Carmen le interrumpió con ademán de súplica y añadió desgarradoramente:

—Con V. no: por Jesús divino le imploro que venga ella. Con nadie hablaré como no sea con ella. ¡Con nadie!

Digitized by Google

Digitized by Google

XXIV

¡Amor!

Los últimos acontecimientos habían causado en Carlota impresión muy grande. A pesar de las emociones fuertísimas por que su espíritu atravesó con las escenas de hombres que fallecían maldiciendo; entre los ayes, entre las oraciones de las víctimas, entre todo aquel mundo que le aplanaba el corazón, zumbándole á la par en las sienes, secándole la garganta y humedeciéndole los ojos, no pudo olvidar un instante el diálogo que mantuvo con la mujer de Ernesto, el primer día que habló con ella. Nada

Digitized by Google

dijo luego á nadie, ni á su amiga tampoco. ¿Y qué decir, si ella misma no se dió cuenta aun de los nuevos y extraños ideales que la empezaron á iluminar?

Con las palabras de Teresa, quedó al principio como si se le hubiese revelado un mundo que hasta entonces desconocía; parecióle oír en sí misma una inmensa exclamación de asombro, de su naturaleza, por el vasto horizonte que ante su espíritu de repente se presentó. Ese horizonte que había entrevisto alguna vez, y que le impidió contemplarlo á su gusto la sombra de que se debía en alma y en cuerpo, en espíritu, en esencia, en voluntad, al hombre á quien la casaron, veíalo ahora perfectamente, porque desapareció la sombra, no con la muerte del marido,—porque aun después de muerto, el alma de Carlota le hubiese respetado,—sino con la seguridad que tuvo de que no cometió falta alguna, al no amarle. Luego, fué posesionándose de ella un reposo blando, tranquilo, una vaguedad extraña, inacción interna más dulce y bienhechora que las grandes sacudidas, ó los éxtasis á que la pasión

Digitized by Google

nos lleva. Miraba con serenidad aquel horizonte, y el alma se le sonreía como muchacho en festival solemne; el alma se le sonreía ante aquel horizonte vastísimo, como diciendo:—Allá iré yo cuando se me antoje, sin sombras que me detengan; soy libre, sé que hay un más allá, y ese más allá, podré ir á buscarlo en queriendo. Y no obstante, el espíritu aquel, encogido, ruboroso como avecilla que tiene el espacio por suyo, y que encoge á su pesar las alas, pareciéndole muy grande para ella, quedó quieto, alegre, alimentándose con la satisfacción de saber que era libre, y prisionero entonces, prisionero como nunca, no ya en la cárcel de sus anteriores dudas, sino en aquel mismo mundo sin límites: en el mundo de la mujer; en el Amor. Hasta entonces había amado á la humanidad: ahora estaba segura, con lo que Teresa le dijo, no de amar á ningún hombre, sino de poder amarlo.

Deseaba hablar con su amiga nuevamente; sentíase con extrañas impaciencias; vista ya la región nueva de luz, quería lanzar el vuelo, pero no sola, eso no, la ayudaría Teresa: lo

Digitized by Google

único que la pudo contener, estaba allí; en la misión sagrada que se impuso, de consolar á los afligidos; de socorrer á los enfermos.

¡Y entonces fué cuando vió á Alfonso! ¡Al hombre por cuya causa libró tantas luchas, ajena completamente á las otras luchas que irritaron antes el corazón de Alfonso hasta el punto de hacerle aborrecer la vida! Al lavar la sangre del rostro del herido, se le presentó la imagen de aquel hombre á quien no habló nunca, pero por quien sintió piedades alguna vez en su alma tranquila de diosa; y con profundo estremecimiento interior, de dicha, pensó en aquel instante que ya no necesitaba á Teresa para volar: el avecilla que contemplaba el espacio con miedo, abrió las alas de repente; rompiendo celajes subió al sol, fundiéndose allí en el espíritu de Alfonso. Su corazón, su alma, su sangre, su sér entero, deshiciéronse en regocijado y bello himno de amor, de que ella se dió cuenta en el propio acto. Su asombro fué inmenso al encontrar aquellas facciones, bajo la sangre que lavaba, como se hubiera contemplado, á ser posible en aquel punto, su corazón de

Digitized by Google

virgen, bajo su adorable rubor de mujer. Le amó.

Ay, ¡qué verdad es que el abismo nos parece mucho más hondo, si desde abajo se contempla el cielo! Vió después claramente que con ella se había cometido una infamia: Alfonso no pareció haber tomado parte, pero su enérgica rectitud le condenó desde el principio, implacable y cruel, condenándose á la par á sí misma. Quemáronse las pobres alas al llegar al sol. A nadie hizo partícipe de sus impresiones; rehuyó toda ocasión de hablar con Teresa, como se rehuye la palabra del peor enemigo; volvió á su silencio resignado, se encastilló en sí misma, y lloró á solas frecuentemente.

Ernesto no quiso que hablase con Carmen, y ella no preguntó por Carmen tampoco. La conversación que tuviesen, acabaría de matar á la una, y de explicar toda la extensión de la infamia de que fué víctima la otra.—¡Dios Santo! —dirá quien lea,—¿podrá decirnos el autor al fin lo que había sucedido?—Ahora lo sabréis.

Pasaron algunos días. Alfonso fué restableciéndose; también estaba con sus torturas y sus

Digitized by Google

incertidumbres, de si aquella hermana de la caridad fué ó no Carlota. ¡Pudo ser una triste alucinación de su alma enferma! No preguntó una palabra á Ernesto, ni éste le habló tampoco de lo mismo. Carlota y Alfonso, por lo demás, no volvieron á verse: él fué trasladado á una habitación reservada, y ella pudo andar á su albedrío de un lugar á otro, sin tener que ocultarse.

Era una noche triste: las salas del hospital infundían pavor; los enfermos, hundidos en sus camas como bultos informes, dejaban oír apenas sus ayes, entumecidos por el dolor, por el frío tal vez, ¡quién sabe si por la tétrica guadaña que les parecía ver bajar de aquellas techumbres para asestarles el siniestro golpe! Allá, en el fondo, sobre un tríptico, ardía una luz macilenta, que arrancaba destellos como de lágrimas, á la cara lustrosa y agonizante de un Cristo: otras lámparas de luces moribundas, pretendían alumbrar en este ó aquel lado, y formaban penumbras misteriosas, de donde salían á veces un gemido ó un sollozo; que la miséria y el dolor necesitan la oscuridad, como el diamante la luz, y Dios las plegarias. Sólo una

Digitized by Google

nota de consuelo y seráfica alegría, suavizaba la honda inquietud que producían aquellos lugares, como se tranquiliza el alma cuando asoma el primer lucero por entre un desgarrón de nube, después de la tormenta que dobló la encina é inundó los plantíos; la cofia y el peto blancos de la hermana de la caridad, esa golondrina santa que forma su nido en los rincones de los hospitales, como el castor lo forma sobre las hirvientes aguas, y la grave cigüeña en los altos campanarios de los templos del norte.

Sor María estaba en su celda; hallábase extenuada, sin alientos; aunque no quería descansar, su naturaleza rendíase: adelgazó notablemente. Su hermosura tomaba un aspecto extraño; el fuego de la fiebre parecía iluminarla como por una auréola radiante que hubiera enloquecido á cualquier hombre. Iba á echarse vestida sobre el mezquino lecho y llevároнla en aquel punto un recado urgente: una enferma de la sala de Agudos, pedía hablarla, por la Virgen. Carlota se irguió de pronto, llevándose la mano al corazón, como para que no se le rompiera.

Digitized by Google

—Lo temía—dijo, y quedó inmóvil luego, como sujeta por un poder superior. ¡Lucha terrible mantúvose durante algunos instantes en su alma! Lucha más breve sí, pero más grande tal vez, que aquella otra de la noche en que la conocísteis.

—Adelante, dijo al fin; y se encaminó á la sala de los Agudos.

Digitized by Google

XXV

La confesión

Estuvieron juntas al fin; veíanse con dificultad á la mortecina luz de un gran farol cuadrado pendiente del techo; las dos hileras de camas perdíanse en el fondo, alguna madre iba de acá para allá silenciosa como un fantasma que pisase apenas el suelo, por el callejón formado con aquellas dos líneas de camas de espeluznante simetría.

No hubo explicaciones entre las dos mujeres; fué un instante terrible, un minuto; una se incorporó alargando los brazos, se arrodilló otra para estar más cerca; sollozos que se

Digitized by Google

entrecortaban, respiraciones anhelantes y este diálogo rapidísimo, febril: —¡Perdón! —¿Qué has hecho, desgraciada? —¡Estuve loca! Lo voy á pagar ¡Dios mío! Y á seguida, copioso llanto y murmullos de confesión. Luego, la voz de Carlota:

—Sin yo saber lo que era, lo presentía; no quise venir, porque la duda, matándome y todo, era mejor que la certeza. ¿Fuí mala contigo? ¿Qué te hice?

Carlota se echó á llorar también, estrechó tiernamente con las suyas las manos huesosas de la enferma y confundieron las dos sus lágrimas. Carmen dijo entre sollozos:

—Loca, sí, desde antes siquiera que V. sospechase que ese hombre existía; loca, sin yo saber la causa de esa locura: él se enamoró de V., lo comprendí, cuando ya le había dado yo en silencio y sin que él lo supiese, mi corazón y mi vida; le ví en casa de mi madre y él nunca se fijó en mí; cuando iba yo por las mañanas, hablábame Ramona de él; subíame á su cuarto con mi hermana algunos instantes con pretexto de ayudar en la limpieza, y entraba allí

Digitized by Google

como lo hubiera hecho en el camarín de la Virgen. ¿Por qué le amé sin conocerle? ¿Sin hablarle? Yo no lo sé, yo no quiero averiguarlo... ¿Por qué sin conocerla y sin que hubieseis hablado jamás, él la quiso á usted?

—¡Pero es infame lo que has hecho! Es infame,—repitió Carlota, sintiendo odio en aquel punto hacia una criatura, por primera vez en su vida.

—Quiero contarlo todo, prosiguió Carmen, estremeciéndose como si aquellas palabras que iba á pronunciar, supiese que iban á ser su sentencia: no tengo perdón, pero escúcheme, yo le pido que me escuche. Una tarde se acercó á mí; creí morirme, le oí temblando, me dió una carta para V. ¡Ay, cómo sabe fingir la mujer que ama! Yo fingí ante V. que no sabía lo que le escribió. Lo sabía y me encargué con gusto de entregar la carta por mi convicción de que V. iba á desengañarle; desengañado él, se marcharía y todo hubiera concluido. Así lo creí yo; pero cuando á media noche me llamó V. y me pidió otra vez la carta, me volví loca, tuve celos, sí; V. le amaba también.

Digitized by Google

—¡Desgraciada! ¿qué dices?

—¡Perdón! yo lo creía; ¡perdón! después me convencí de lo contrario... ¡pero era tarde! Segura de que V. jamás le hablaría, yo le escribí con su nombre de V. ¡Cuán fácil hubiera sido averiguar mi infamia! pero ya lo dije; yo me volví loca: hubiera dado mi vida por hablar una vez con él, aunque fuera engañándome á mis ojos mismos, con el encanto de que era á mí realmente á quien creía dirigirse y no á usted. ¡Loca, mil veces loca! V. apenas se fijaba en sus ojos; mis celos, sin embargo, creían adivinar por aquellos ojos lo que su alma apetecía cuando miraban á V. Por eso, una noche que estábamos en el teatro la induje á V. pérfidamente á ir á mi casa después de la función porque mi madre estaba enferma; fuimos; cogí la rosa que V. soltó descuidada; subí furtivamente á su cuarto y la dejé donde la encontrase; aquella flor fué mi cadena; dado el primer paso, seguí ya por la pendiente.

—Pero infeliz, ¿y Miguel Adames?—preguntó Carlota con espanto.

—¿Y qué me importaba aquel hombre desde

Digitized by Google

que yo conocí al otro? replicó Carmen ardientemente. No nos ligaba compromiso alguno. Abrigué intención en muchas ocasiones de decirle que todo había concluido entre nosotros; no me atrevía, tenía miedo á que Miguel se lo contara á V. todo y que V. me casara contra mi gusto. Me dirá V. que Miguelito era honrado, que V. le protegía como á mí, que era hijo de su mayordomo de V. y que hubiéramos sido muy felices. Sí, pero yo creía amarle y me engañé. Y luego, Miguelito es celoso, cobarde, brutal. ¡Ah! me ahogo... ¡Dios mío! Me ahogo y quisiera concluir... Miguelito me espiaba siempre, y ya en dos ocasiones me puso en compromisos terribles. ¡Quién sabe si no ha tenido Miguel la culpa de todo lo que pasó! Cuando más celoso se volvía, era más déspota... Pero no; dejaré eso... Me decidí á dar una carta al otro, ¡A él!... ¡Oh! ¡qué mala he sido! Aquella carta la firmé con su nombre de V. La tuve oculta en el pecho, estremecida, sin valor para consumar mi crimen y de seguro no se la hubiera dado á no haber recibido otra de Miguel citándome fuera de la casa. Yo jamás accedí á

Digitized by Google

ninguna de sus citas, y aquella noche lo hice por miedo; salí, haciéndole antes una seña con la luz á través de los cristales de su habitación de usted... á los pocos pasos encontré al otro... á *él*... ¡Ay! no quiero pronunciar su nombre. Me siguió y quedé aterrada; para acallar sus dudas, le dí en nombre de V. la carta que antes había escrito.

Carlota, de rodillas en el suelo, inmóvil, con los codos apoyados en la cama y la cabeza entre las manos, permanecía inmóvil; al oír aquello, gimió. Su suplicio era mayor que el de Carmen.

—Sigue, dijo.

—Voy á morir, que me perdone, pídale usted que me perdone, que se acuerde del ofrecimiento que me hizo de otorgarme un favor que yo le pidiera. ¡Le pido que me perdone!

—Sigue, repitió Carlota secamente.

—Ví á Miguel, y tuvimos una reyerta; yo, queriéndole calmar; él, desesperado; me amenazó aquella noche, y no pudiendo ya contenerme, le dije que no le quería: juró matarme, yo corrí, pero no me siguió, y entré en la casa con

Digitized by Google

zozobras crueles de que V. me hubiera echado de menos.

Detúvose Carmen; Carlota no habló tampoco. La cabeza parecía quererle estallar; en medio de su calentura reflexionaba, que Carmen iba dando la explicación, muy triste ciertamente, de todo lo que el de San Juan había dicho á Ernesto en las cartas que Teresa le dió á leer. Miguelito Adames era sin duda el hombre que Alfonso vió en el paseo rondando también su casa.

Carmen iba á seguir, pero Carlota la interrumpió; sentía piedad profunda por su criada; pero el dolor de su herida era tan grande como la compasión que por aquella mujer estaba sintiendo.

—Basta, díjole, todo es lo mismo; ya lo sé, y si no lo supiera, lo presumiría: vengamos á lo último. ¿Cómo estás aquí?

Y Carmen prosiguió:

—Una noche que V. fué con D. Joaquín á ver á una enferma, yo aproveché la ocasión. Ansiaba hablarle sin que me conociese; le dí una cita en el baile de la de Aroles; me puse

Digitized by Google

un traje de V., fuí, hablamos y olvidé quien yo era, figurándome por un cuarto de hora, aunque mi despertar fué luego más horrible, que Carmen Menéndez no existía; que era Carlota Miranda quien estrechaba entre sus manos las de aquel hombre generoso y adoradísimo. Sirvió esto para que mi herida se hiciese mortal; quise hablarle otra vez, y no quería salir por miedo de encontrar á Miguel que podría estar espiándome; pero V. vino á Córdoba, y la libertad en que yo quedaba acabó de perderme: le dí otra cita, en su casa de usted. Respecto á Miguelito, aquella misma tarde me envió una carta soez, llena de insultos, diciéndome que le vendía por otro hombre. No hice caso; no sé lo que me pasaba. Los más serios peligros, parecíanme detalles sin valor. Acudió él; nos vimos, fué allí, en su mismo gabinete.

Carlota sintió desgarrársele el pecho: las palabras de Carmen le mordían como dientes de lobo.

—¡En mi cuarto! dijo.

Sí, yo no podía más; yo estaba dispuesta

Digitized by Google

á contárselo todo y pedirle que me perdonase, y tuve espanto del efecto que le causaría mi revelación. Figurábase estar con V. Yo tuve cuidado siempre, de que no me viese el rostro, cuando creía que era á V. á quien hablaba. Me fué muy fácil, con el antifaz la noche primera, y teniendo esta vez la habitación casi á oscuras. Iba á contárselo todo, digo, pero no pude, de pensar solamente que no oiría su palabra generosa y conmovida por el amor, aunque no fuese el amor á mí... ¡A tal punto conduce la irreflexión y la locura de la hembra liviana! Estuvo conmigo enamorado, respetuoso, grande... Fuí yo la que me entregué, no porque con su amor me sedujese... ¡ay de mí! que me entregué...

—¡Calla! gritó Carlota.

Hubo una pausa terrible: aquel silencio interrumpióse con la respiración estertorosa de Carmen. Carlota lloró calladamente, hundido el rostro en la cama. Luego, Carmen, en voz lenta y apagadísima, siguió:

—Sí... ¡callo! ¿Qué otra cosa diría? Que Miguelito se quedó aquella noche en la casa para

Digitized by Google

espiarme mejor. Quiso salir del cuarto donde se había escondido, encontrándose con que cerraron la puerta, inadvertidamente; su furia fué terrible, por figurarse que fuí yo quien lo encerré. No respetó nada. Golpeó la puerta con estruendo. Salí á ver lo que era; busqué por todas partes, y como cesara el ruido, volví al gabinete para sacar al otro. Cuando salía, el ruido se oyó otra vez con más fuerza; la servidumbre empezó á levantarse. Abrimos la habitación en que Miguel estaba; se arrojó sobre mí desesperado, ciego. Inútil hubiera sido defenderme. D. Joaquín, el único que le hubiera podido contener, fué aquella tarde á Dilar, y no volvería hasta la noche después. Cuando consiguieron sujetar á Miguelito, me había ya arrojado á tierra brutalmente: me pisoteó, yo no me quejé siquiera; yo pensaba en V. y en que merecía todo lo que me sucedía. Miguelito fué luego á mi madre, la insultó, dijo que yo era una perdida; que engañé á todo el mundo, que tenía amantes... ¡Horrores, que mi lengua no sabe pronunciar, aunque tantos haya yo cometido! Había empeorado la pobre mujer, y con

Digitized by Google

el gran disgusto y la vergüenza murió á poco. Yo me vine con Ramona á ver á V... ¡A contárselo todo! ¡A que me perdonase, pero Miguel me mató!... Cuando me pisoteaba sentí un golpe horrible en el pecho... desde aquel instante no he podido vivir... Me ahogo... Me ahogo... Ese D. Ernesto hizo cuanto pudo, pero es inútil... Ya sé que es inútil... ¡Ay! háblame V., por Dios! ¡Háblame V., que yo la oiga! ¿Moriré sin que se me perdone?

Lo último de esta relación, oyólo la hermana de la caridad difícilmente, y llegó hasta ella porque tuvo puesto el oído junto á los labios de Carmen.

—Sí, dijo abrazándola. El te perdonará y yo te perdono también, porque tú no has tenido la culpa, sino mis padres por la educación que te dieron, y yo por el cariño que te profesé; tu educación, tus gustos, el medio en que has vivido, no correspondían á tu nacimiento, á tu posición y á tu pobreza. Ambicionaste un bien que no podías encontrar en tus iguales; has deseado una vida que no te pudieron dar los otros. Tu imaginación, y tu impresionabilidad

Digitized by Google

han hecho lo demás. Yo te perdono con toda mi alma. Carlota no pudo seguir. Ahogáronla los sollozos; Carmen murmuró:

—Escribí todo lo que hice: aquí, debajo de mi almohada está. Yo quiero que V. me lo jure.

—¿Qué he de jurarte?

—Que esos papeles llegarán á él.

—¡Carmen, eso sería horrible para tí!

—Pero es la vindicación de V., y V. no ha pecado, que he sido yo. ¿Me lo jura?

—Te lo juro.

—¡Bendito seas, Dios mío!

Carmen no habló más.

A la mañana siguiente encontráronse á Alfonso sin sentido, á medio vestir, junto á la cama de su celdita, con unos papeles en la mano. Ernesto los cogió presuroso.

Eran la declaración de Carmen.

Al final, con letra diferente, muy menuda y con otra clase de tinta, leíase:

«El hombre que ama de verdad no cree nun-

Digitized by Google

ca que la mujer amada peque ni aun con él mismo.»

Se encogió Ernesto de hombros filosóficamente, pensando que la hermana de caridad había sido al fin mujer.

Digitized by Google

Digitized by Google

XXVI

¡Nostalgias!

Días, muchos días, una semana y otra, meses luego. Ved á Alfonso; como todos los humanos, tras el ideal siempre, tras el sueño. Allá va solo, como nunca, entre el bullicio de la multitud de las tardes de junio, en las alamedas de Granada. Parece que no ha recobrado aún la sangre que manó por las heridas que le abrieron en Alcolea, según la palidez cubre su rostro. Va hacia el Salón de los Tristes, repasando, como siempre, en su corazón, viejas historias. Y bien, ¿qué había conseguido dando gusto

Digitized by Google

á Ernesto? Viajó por todas partes, muriéndose de fastidio, un fastidio más profundo que todas las penas. ¿Y Carlota? Sintió ansiedades infinitas de ir á donde estuviese, pero no se atrevió nunca. Ya sabía él, por lo demás, donde la hubiera encontrado: con sus enfermos, pálida como él; grave, con su sonrisa de mansedumbre y su resignación de santa.

Pasó en aquel punto por delante de la casa en que vivió antiguamente... «¡La portera murió! Ramona vivía feliz, con su Pequillas... ¡Ah Carmen, Carmen! ¿Qué importa que Ernesto haya mandado á Ramona á Córdoba mientras yo esté aquí, para que con su vista no te recuerde, si vives en mi memoria y en mi corazón por contraste doloroso, como un anatema y como un rezo. como un demonio y como una mártir?» ¡Qué sentimientos tan extraños eran los suyos al pensar en aquel loco instante de olvido en el gabinete de Carlota y al pensar luego que con Carlota no fué! ¡Oh Carmen! ¡Él no la maldecía!

Llegó á la cuesta del Chapiz; fijáronse sus ojos distraídamente, á la derecha, en el cerro

Digitized by Google

de San Miguel, bordeado de chumbas; el camino del Sacromonte, y el otro cerro empinadísimo, con el Generalife en la coronación, blanco y alegre, y hundiendo su pie con abandono de bacante, en una montaña de hojas. Entre una y otra eminencia, distinguíase el valle pintoresco de Valparaíso, llamado en otras épocas *de la Salud;* la Silla del Moro en la cúspide, y más abajo... ¡Ay! el recuerdo, el recuerdo siempre. ¿Por qué volvió á Granada?... Más abajo, el carmen de la marquesa de Aroles con sus tejadillos pardos, y hundiéndose también en el follaje, como ruiseñor que se oculta en un nido de rosas. Subió con lentitud, sin que le sacara de sus abstracciones el monótono concertante de las aguas de un molino, y absorta la mirada en aquellos casucos, que parecían próximos á caer sobre los nopales y los arbolillos del inmediato declive.

«¡Oh, qué grande, qué doloroso era tener que resignarse sin lucha! Es verdad que Ernesto había hablado con Carlota, diciéndole que me moriría sin ella. Es verdad que ella consintió en casarse... pero no quise. Se casaba conmigo

Digitized by Google

por misericordia, de igual manera que hubiese curado una llaga, ó puesto un apósito en la herida del primer desconocido. ¿Por qué tuve orgullo entonces para rechazar un favor á que no había en el mundo nada con que corresponder?» Parecía á Alfonso ver aún el rostro de Carlota, serio, hermosísimo. ¿Cómo pudo nunca figurarse, ni por soñación, que aquella mujer le había pertenecido? ¡Hombres necios mil veces, que os dejáis engañar por el engreimiento solo, de que lo sois, con la satisfacción ficticia de que gozáis un bien, cerrando los ojos de propio intento para no ver que aquella dicha no es verdadera! ¿Por qué no comprendí yo, la noche de mi locura, que no podía ser Carlota la muque tuve en mis brazos? *El hombre que ama de verdad, no cree nunca que la mujer amada peque, ni aun con él mismo.* Esas palabras, que no oyó Alfonso decir á Carlota, pero que veía escritas, como con sangre de su mismo corazón, fueron su castigo. Estaba conforme. Carlota era realmente como había él soñado. ¡Una mujer como la que soñó, no es adúltera jamás!

Digitized by Google

Dejó á la derecha la casa del Chapiz, y conforme subía fué contemplando la imagen de Carlota, en los rincones, en las hondonadas, en los algibes hundidos, como capillas misteriosas para la veneración de las gentes, en las cruces pintarrajadas de los muros, en los redondeles corroídos y viejos, puestos á secar delante de algunas puertas, en las paredes medio derrumbadas, con revestimientos de hojas, en los semblantes graciosos de las muchachas, al asomar las rubias cabecitas por entre los tiestos de flores de las ventanas, en los grandes cercados de pedruscos, sobre los que rebosa del interior la verde yedra, como desbordamientos de alegría, y hasta creyó oír, el gran loco, el nombre de la Hermana de Caridad en los ruidos vagos de castañuelas y en los quejumbrosos cantares que salían de tal ó cual callejón, como surgen hálitos frescos, en las tardes de estío, de la negra boca de los algibes.

«¿Por qué no la podía olvidar? Era para volverse loco.» Así pensaba, y después: «¡No, si es que no quiero olvidarla!... ¡Infame!... soy un infame de haberlo pensado. Tenía razón Car-

Digitized by Google

lota: en cada detalle que recuerdo, hállome con una culpa que cometí, sin que hasta hoy hiciera cosa alguna por redimirla.» Se acordó Alfonso súbitamente de la noche que creyó ver á Carlota con un amante, y tembló de ira contra sí mismo; ira que pareció subirle á la garganta, y como si hubiera estado á punto de ahogarle. Se dominó. ¡Bah! Era preciso no pensar en aquello. Olvido, olvido siempre. No obstante... ¡Con cuánto placer se hubiera arrodillado en aquel punto á los pies de Carlota, para pedirle perdón con lágrimas en los ojos, y besar la orla de su vestido, como se besa la reliquia de un santo!

¿Dónde estaba? ¡No lo sabía! Procuró orientarse. En la cuesta del Salvador. Vió la torre del templo, cuadrada, de ladrillos rojos, á su izquierda, y San Miguel, con su ornamento de nopales quedó al otro lado. Salió por una calleja sin nombre á la plaza de los Estandartes ó de Bibalboudín, histórica, porque lanzaron allí los moros el primer grito de rebelión en 1568. Detúvose luego en la calle del Horno de San Agustín: otro se hubiera aturdido de asom-

Digitized by Google

bro, por la vista que el palacio árabe presentaba desde allí, con sus torres, sus ajimeces, sus árboles, sus acueductos, recortándose todo con vigor sobre las nieves del Hacén, ese gran monumento de la naturaleza, exornado por Dios con blanca túnica de armiño, que jamás se rompe.

¿Pero qué le importaba á él todo aquello sin Carlota, pero Calota enamorada, Carlota amándole, con amor como el suyo, y no con piedades, que le herían más que le hubieran herido sus desdenes? «¡No! ¡Imposible!» Miró á los cielos, á la campiña, á las aves que revoloteaban al rededor de los campanarios, al sol que se ponía, y le pareció que de todas partes llegaban hasta él blandas quejas, alientos invisibles, de aquel amor que henchía su pecho, y que le ahogaba... «No, estaba decidido, partiría aquella tarde, lejos, muy lejos, para no volver nunca.» Y anduvo en dirección de la casa de Teresa, por un dédalo fantástico de callejones, que yacían en silencio sepulcral. Interrumpíase el silencio alguna vez, con murmullo de voces, el ruido monótono de un telar, ó el rumor de

Digitized by Google

la ruedecita de una hilandera. Hacíase el silencio más imponente; semejaba el Albaycín, una población deshabitada; respirábase cierta molicie, que hacía entornar los ojos con desmayo; por alguna ventanilla, medio oculta en la yedra, veíanse las pupilas de una mujer centelleando entre las hojas, como diamante hundido en un fondo de terciopelo verde... Como el fuego fatuo, tras la siempreviva de una tumba.

Encontró al fin la placeta de San Nicolás; es larga, se extiende sobre un monte: hay hundimientos á sus pies, casi verticales, y se rodea por lo mismo de un pretil. A la izquierda, la torre del templo; más allá, los tejadillos azules de la casa de Teresa, y volviendo un poco, la gran armonía de las nieves, besando el cielo purísimo, y la Alhambra, la Alhambra con su conjunto de árboles, de torrecillas, del monte cubierto de verdor... Encanto de los cielos, que se rompe, se descalabra, se empequeñece, y sucumbe, en fin, con la nota horripilante del palacio de Carlos V, que asoma por allí, como mueca de envidia de algún mal engendro.

Digitized by Google

¡Allí estaba la torre de la Vela, airosa y linda, con su cortejo de arbustos, rodeándola como amantes dengosos! ¡La torre, con su campana famosa! la campana que en otros tiempos llamó á los vecinos para contener las arremetidas del invasor furioso; la que veló siempre por los buenos hijos de la tierra de Aixa-Lahorra; la que lanzó á menudo el quejumbroso alerta al divisar á lo lejos al enemigo, extendiendo sus alarmas por la ciudad y la campiña, como oleada sin fin de armónicos llantos; la que en los alegres regocijos, dejó la pesadez de los años, para endomingarse con la alegría vibrante de la juventud.

¡Dos de enero, dos de enero!
cuando el conde de Tendilla
enarbolaba en la Vela
los pendones de Castilla...!

¡Dos de Enero! ¡Festival solemne para los granadinos! La campana de la Vela, durante veinticuatro horas, es el punto de mira, el objeto de cariño de mozas y mozos. La mujer ó el hombre que durante ese día haga sonar la

Digitized by Google

gran lengua de hierro de la campana, contrae matrimonio sin duda en el mismo año. ¿Os explicáis ahora porqué es la campana de la Vela, durante el día 2 de enero, la ilusión inseparable de la graciosa muchacha granadina? Sobre el alto muro, parece desde abajo la cabecita modelada de la novia, un puntillo negro; desde abajo no se ven sus ojos; desde abajo no se ve su cara; pero subid á la torre; aproximaos á ella... y haced como que no la miráis, porque se aturdirá de otro modo: sonríe, enrojece; él la mira, y sus labios murmuran muy quedo, no sé qué cosas. ¡Serán muy suaves! ¡Serán muy gratas! La armonía de los arroyos y el susurro de las brisas serán, de seguro, menos gratos y menos suaves.

Al subir por el bosque, sintió ella los arroyos, sintió las brisas y no puso el oído; corrió su mirada por el extenso prado de violetas que se extiende como virgen ansiosa de halagos junto al arroyo, y ella no detuvo allí la mirada. Ahora pone toda la atención de su alma en lo que el hombre murmura. Ahora fija sus ojos húmedos de emoción en los ojos

Digitized by Google

del hombre. ¿Qué himnos serán más bellos que el himno santo de Amor? Callad, arroyos; callad, brisas; escondeos, violetas, para ver esas rosas que van brotando de las mejillas de la mujer. Callad, que el hombre habla. Ella sonríe, le mira, titubea, le mira otra vez, avanza un poco, vuelve á mirar, se decide, y mueve la gran lengua de hierro. ¡La campana ha sonado! No fueron sus sones como clamor de guerra, no como nuncio de catástrofes, no para anunciar el riego: fué una grandiosa sinfonía que palpitó en los aires, que llenó el mundo, que llegó á los cielos y entró en los poros de la tierra y en los cálices de las flores, cantando siempre: ¡Amor!... ¡Amor!

Y al llegar aquí, en sus ideas, contuvo Alfonso una exclamación de cólera. ¿Por qué pensar en aquello si á él no le amaba nadie?

Digitized by Google

Digitized by Google

Conclusión

Sentóse Alfonso en el pretil; tenía los labios secos, la frente le abrasaba. Miró á sus pies. ¿No sería mejor arrojarse por allí y terminar de este modo para siempre? Dirigió la febril mirada á todas partes, y de todas partes vinieron á él nuevamente, murmullos, quejas, canciones, rezos infinitos de amor.—¡Ah, Carlota! dijo. ¿Por qué Dios me mata así? ¡Mundos, cielos, naturaleza, que ante mis ojos parecéis temblar de amor, y comunicáis esos calientes hálitos misteriosos, á las flores que me sonríen al aso-

Digitized by Google

mar por los bardales, al arroyuelo que murmura, rodando por las piedrecillas, á las muchachas de cabellos entretejidos con jazmines, pasad y no me impregnéis, porque desfallezco y cometeré una locura!

Le sacó de repente de sus abstracciones, la voz de Ernesto. Llegaba apresurado y como si le aplanase una mortal inquietud.

—¡Ah, dijo, no te puedes figurar lo que ocurre!

—¿Una desgracia? preguntó Alfonso.

—Ven, apresúrate, prosiguió su amigo, cogiéndole y tirando de él.

Alfonso le siguió inquieto; preguntaba y no obtenía respuesta. Llegaron en un instante á la casita.

—Ven, ven, repitió Ernesto muy bajo. Hízole entrar, á empujones casi, en un gabinete de la planta baja que caía á la placeta.

Oyeron algunas voces en aquel punto, que parecían salir de otra habitación inmediata. Detúvose Alfonso, pálido, mudo, sin alientos. Habíala oído una sola vez, pero él no podía engañarse. ¡Carlota acababa de hablar!

Digitized by Google

Sintiéronse pasos, abrió Ernesto una puertecita de cristales, y volvió á tirar de él.

Entraron Carlota y Teresa en el gabinete, y hablaba así Carlota, como si contestase á una pregunta:

—No, eso no. Yo lo decía en mis cartas, esas cartas escritas en el rincón de mi celda, después de la labor aplanadora de todo un día y gran parte de la noche, oyendo aún, ó figurándome oírlo, el ¡ay! del que agoniza... Desengáñate, Teresa, no es el amor sólo, ni las nobles intimidades con el marido, lo que á la pobre mujer puede enseñar algo: hay otra cosa en que aprende mucho, y es enseñanza que no se olvida nunca. La experiencia que yo te digo está en el Hospital.

Teresa, dijo, echándose á reír:

—¿A que sales ahora con un discurso sobre lo útil que sería á la mujer casada, hacer un año de noviciado en los hospitales, para adquirir la experiencia suficiente?

—No iba á salir con ese discurso, exclamó Carlota sonriendo, pero es verdad que sería una cosa muy útil. Tú no sabes, Teresa, lo que allí

Digitized by Google

se oye y lo que allí se aprende: una hermana de caridad es un confesor; más aun, hay enfermos á quienes inspira más confianza la sonrisa piadosa de una mujer, que todas las exhortaciones de un clérigo. ¡Cuántas historias que hacen estremecer, Teresa! ¡Cuánto drama que pasó en silencio! ¡Cuánto sacrificio estéril que se ignora y que no se premia! ¡Cuánto motivo, en fin, para que una aprenda lo que la vida es, por poco observadora que sea, y ajuste su conducta en un prudente y razonado límite, que la separe un día de aquellos horrores que entrevió... ¡Vaya, pero es inútil que te hable de esas cosas! ¡Valiente hermana de caridad harías tú!... Pero hija, oye lo que te digo, y no te quedes mirando como una boba.

—Pienso, dijo Teresa, que estás muchísimo más guapa; eso primeramente; lo segundo, que todo lo que dijiste, fué porque no siguiéramos hablando de tu corazoncito, ni del otro que anda por esos mundos, suspirando y muriéndose por tí.

Alfonso hubiera caído sin fuerzas, á no sostenerle Ernesto, cuando oyó lo que Carlota

Digitized by Google

respondía. Fué una palabra no más, pero una palabra temblorosa, entrecortada. ¡Pobre Carlota! ¡Cómo le hacían todos traición! La frase que pronunció, fué esta:

—¿Escribe?

—Siempre, contestó la mujer de Ernesto, y para hablar de tí: no piensa en otra cosa. No te doy las cartas, porque no te acuerdes de las que ya te dí otra vez. Gracias á Dios, ahora no sufrirías como entonces.

Carlota guardó silencio; Alfonso no pudo resistir y levantó ligeramente un visillo de los cristales. La vió.—¡Ah! dijo, como si el aliento le faltara. Ernesto le sostuvo. Vió á Carlota junto al balcón, recortando con su noble y esbelta figura, aquel extrañísimo cielo de Granada, que por el balcón veía, como fondo único que la armoniosa imagen pudiera tener. Vió nuevamente con profundos escalofríos, los detalles de aquella hermosura que tenía grabada en el corazón; aquel rostro oval, blanquísimo; aquel cabello castaño; aquella frente de inocencias; las pestañas negrísimas; las arqueadas cejas; los ojos profundos, infinitos. ¡Aquellos

Digitized by Google

ojos de piedades, cuyas miradas creyó conseguir un día, y por las que tanto suspiró! Pudo ver de nuevo aquella boca que creyó haber besado, ¡miserable de él! Aquella boca virginal, grave; el cuello, en fin, carnoso, de tersura extraordinaria y el alma, el alma siempre, divinal, tranquila, asomando por sus ojos, como por el cielo asoma la luna. ¡Imbécil! ¡Se creyó dueño de aquella mujer!

Había inclinado Carlota la cabeza; su amiga, aproximándose más, díjole sonriendo:

—¿Le has perdonado?

Alfonso temblaba; no podía más. ¡Virgen del Consuelo! ¿por qué las mejillas de la adorada mujer, habíanse teñido de grana? ¿Qué contestación fué aquella? La dió muy bajo; pero la pudo adivinar el espíritu de Alfonso.

—¡Sí!

—Espera, espera, díjole Ernesto apresuradamente, y muy bajo también, Carlota añadía:

—¿Qué palabras fueron las tuyas, la tarde que nos vimos por primera vez en Córdoba? Quedé como si hubiese nacido en aquel punto. Todo me pareció nuevo entonces. ¡Qué feliz instan-

Digitized by Google

te! ¡Amor! así dijo mi alma, regocijada. No podía, desde que supe lo que era, vivir sin él... y al mismo tiempo, se me pareció aquel rostro al lavar yo su sangre. Teresa, aquella sangre parecíame la que mi corazón había vertido para llegar hasta aquel momento de ventura! ¿A quién amar, triste de mí, sino al hombre único que sin conocerme dijo que me amaba? ¡Al hombre del callado sacrificio y las mudas súplicas! ¡Al que ví llorar en la iglesia sin poder consolarle! ¡El cielo se abrió para mí... y después... fué horrible! Después la pena de que los demás me creyesen deshonrada y él también... ¡Deshonrada por él mismo! ¡Tú no sabes lo que es eso! Dios es tan sabio, que da los dolores á sus criaturas según éstas los pueden resistir. ¡Aquéllo no mató á la hermana de la caridad, pero habría matado á otra mujer!

—¡Pobre Carlota! exclamó Teresa, acariciándola.

—¿Me compadeces? Pues oye. ¡Fuí mala! Por primera vez en mi vida, no sentí el mal de otra persona. Hubo un momento en que creí aborrecerla.

Digitized by Google

—¿Pero la perdonaste, es verdad?

—¡Y tú me lo preguntas! Con toda mi alma. Pero entonces y ahora, no sabes lo que me sucede cuando lo recuerdo. No, Teresa; vale más no referirlo. ¿Y extrañabas tú que volviese á mi reserva anterior? Yo creí que era desprecio lo que hacia aquel hombre sentí. Me engañé y tuve que abandonarle... ¡Abandonarle, Dios mío! Cuando accedí á que nos casásemos, fué por compasión; cuando debí conceptuarme dichosa con su negativa, temblé horrorizada. Si yo, según vosotros, tenía misericordia en mi corazón para todo el mundo, ¿por qué entonces no se tenía misericordia de mí para comprender lo que en mi corazón pasaba?

La puerta se abrió de repente. Salió Alfonso pálido, vacilante. Carlota dió un grito, Teresa quedó inmóvil, detrás; Ernesto junto al portier.

Alfonso exclamó, como si desfalleciera:

—¡Misericordia!

¿Cuánto tiempo pasó? ¿Una eternidad ó un segundo? ¿Qué sabían ellos? ¡Un segundo como una eternidad! Carlota fué á dirigirse á Teresa, notando entonces que desapareció con

Digitized by Google

su marido. ¡Pobre Carlota, cómo temblaba!

—Si tan valiente fuí para el dolor, ¿por qué me hace temblar ahora la alegría? Esto dijo, cobrando alientos, y á la par, Alfonso repetíale en voz baja:

—¡Misericordia!

—Sí, contestó ella, tendiéndole las manos. ¡Misericordia! y que Dios la tenga de nosotros y nos haga felices.

—¡Pero si estoy soñando!—murmuró él.—¡Si no me atrevo á creer que seas Carlota! ¡Si el tormento de la duda, aun viéndote y hablándote, va á ser más hondo que el martirio del imposible!

—Ahora no te engañas, exclamó ella; ven.

Llevóle á la ventana y la miró él ansioso.

—¿Sería ella? ¿Le estaban contemplando amorosamente los ojos de mansedumbres de la hermana de Caridad? ¿Serían suyas al fin las miradas de aquellos ojos?

Tendió la vista á la placeta. ¡Soledad! ¡Silencio! Los árboles, medio perdidos en la sombra, como visiones de recuerdos amados; en el fondo la negra masa de algún muro... y de

Digitized by Google

repente, las campanas tañendo la oración.

Se acercó más á Carlota, y le dijo, quemándole las mejillas con el aliento:

—¿Eres tú? ¡Convénceme de que eres tú!

Las estrellas empezaban á salir; las campanas callaron; el último eco perdíase en los aires como un gran sollozo...

Y murmuraba ella:

—Yo soy... ¡sí! ¿Cómo te convenceré, Dios mío?

—Con un beso... Con un beso, para que yo no dude.

Se llevó Carlota las manos á la cara, como queriéndose arrancar no sé qué fuegos que la abrasasen, exclamando después valientemente:

—Para que no lo dudes...

¡Y le besó en la boca!

FIN.

Digitized by Google

Finished June 28 1898.

ÍNDICE

	Págs.
Al Sr. D. Francisco Seco de Lucena	5
I.—¡Sola!	9
II.—Dos cartas	21
III.—¡Sólo Dios es vencedor!	35
IV.—Confidencias	53
V.—El abogado de Carlota	62
VI.—Felicidad	75
VII.—Misterios	89
VIII.—Indagaciones	105
IX.—Complicaciones	123
X.—Un idilio	133
XI.—Decepciones	147
XII.—¡La conspiradora!	161
XIII.—La primera entrevista	173

Digitized by Google

XIV.—Cabos sueltos. 189
XV.—¡Entre penumbras!. 201
XVI.—¡Sorpresas! 217
XVII.—Carlota y Teresa. 231
XVIII.—¡Viva la libertad! 243
XIX.—¡Luchana y Alcolea! 257
XX.—La ambulancia de Caridad. . . . 283
XXI.—¡Es él! 295
XXII.—Tras la pista. 307
XXIII.—La hermana de Ramoncilla. . . . 321
XXIV.—¡Amor! 329
XXV.—La confesión. 337
XXVI.—¡Nostalgias! 351
Conclusión. 363

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Obras de Martínez Barrionuevo

EL DECÁLOGO.

Amar á Dios (2.ª edición).	1'50	ptas.
No jurar.	1'50	»
Santificar las fiestas.	1'50	»
Honrar padre y madre.	1'50	»
No matar.	1'50	»
No fornicar (3.ª edición).	1'50	»
No hurtar.	1'50	»
El falso testimonio.	1'50	»
La mujer ajena.	1'50	»
Los bienes ajenos.	1'50	»

La Condesita.	2	»
El Sepulturero de Aldoba.	3	»
La Generala (2.ª edición).	3	»
La Quintañones.	4	»
Señores de Saldivar. 2 tomos.	6	»
El Padre Eterno (2.ª edición).	4	»
Los grandes criminales. Cuaderno.	0'50	»
Andalucía, edición monumental. Cuaderno. .	1	»
Juanela.	3	»
Un libro funesto (12.ª edición).	1	»
De pura sangre.	3'50	»
¡Misericordia!.	3'50	»

Barcelona: Tipolitografía de Luis Tasso, Arco del Teatro, 21 y 23.

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google